

Confesiones Tomo II

San Agustín



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Confesiones de San Agustín. Tomo II

San Agustín

Ensayo

Se reconocen los derechos morales de San Agustín.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

CONFESIONES DE NUESTRO GRAN PADRE SAN AGUSTÍN

LIBRO VI

Explica las ansias de su alma que se fatigaba en la imaginación del mal: cómo llegó también a conocer que ninguna sustancia era mala: y que en los libros de los Platónicos halló el conocimiento de la verdad incorpórea y del Verbo divino; pero no halló su humildad y anonadamiento.

CAPÍTULO I

Cómo Agustín todavía imaginaba a Dios al modo de un ente corpóreo, que estaba difundido por todas partes y llenando unos espacios infinitos.

1. Ya todo el tiempo de mi adolescencia mala y perversa se había pasado, y comenzaba el de la juventud, siendo yo cuanto mayor en la edad, tanto más torpe en la vanidad. Aunque yo no acertaba a imaginar sustancia alguna, que no fuese corpórea y semejante a lo que suele percibir la vista; no imaginaba, Dios mío, que tuvieseis figura de cuerpo humano: porque desde que comencé a oír y saber algo de filosofía, siempre había huido de semejante pensamiento: y me alegraba de haber hallado esta misma verdad en la doctrina y creencia de nuestra madre espiritual vuestra Iglesia católica. Pero no se me ocurría alguna otra idea que poder formar de Vos; al paso que, no obstante ser yo hombre, y tan mal hombre, intentaba llegar a conoceros, siendo Vos el altísimo, único y verdadero Dios. Bien creía yo firmemente y con lo más íntimo de mi corazón, que Vos erais incorruptible, inviolable, incapaz de alteración y mudanza: pues sin saber yo de dónde o cómo tenía esta noticia, veía claramente y tenía por muy cierto que todo aquello que puede admitir corrupción no es tan bueno como lo que no puede corromperse: y lo inviolable o incapaz de padecer algún daño, lo anteponía sin duda alguna a lo que es violable o capaz de alteración: y lo que no padece mutación alguna, lo tenía por mejor que todo lo que puede padecerla.

Esta creencia hacía que mi corazón clamase con vehemencia contra todos los fantasmas o ideas materiales que yo formaba imaginando vuestro ser: con solo ese golpe procuraba espantar la multitud de especies inmundas y corpóreas, que, revoloteando alrededor de mi entendimiento, le confundían y ofuscaban. Apenas ellas se habían apartado de mí por un instante, cuando más amontonadas que antes volvían a presentarse, y arrojándose de tropel sobre la vista de mi alma, me la oscurecían y anublaban de tal modo, que aunque yo no pensase que aquel mismo Ser incorruptible, inviolable, inmutable, que yo prefería a todo lo corruptible, violable y mudable, tenía forma exterior de cuerpo humano; me veía precisado a pensar que era alguna cosa corpórea, que se extendía por todos los espacios y lugares, ya fuese infundida solamente en todas las cosas que hay dentro del mundo, ya también estuviese difundida por los espacios infinitos que se imaginan fuera del universo; porque todo lo que concebía sin orden y respecto a algún espacio, me parecía la nada sin ser alguno. Pero tan enteramente nada, que aunque no fuese como se imagina el vacío, que es como si un cuerpo se quitara del lugar que ocupa, y quedase el lugar vacío de todo cuerpo, ya terreno, ya acuoso, ya aéreo, ya celestial; sino que quedase

el lugar vacío enteramente y desocupado, como una nada con extensión, ancho y espacioso.

2. Yo, pues, tan material y espeso en mis pensamientos, que aun para conocerme a mí mismo no estaba transparente y claro, pensaba que todo lo que no se extendiese por algunos espacios de lugar, o no se ensanchase, o no se juntase, o no se entumeciese, o no recibiese dentro de sí alguna cosa de esta calidad, o no fuese capaz de recibirla, no tenía ser alguno, y absolutamente era nada. Porque mi entendimiento no formaba otras ideas o imágenes interiores, sino semejantes a las formas o especies que recibían mis ojos y demás sentidos corporales; y no advertía ni reflexionaba que la interior potencia y facultad con que yo formaba aquellas mismas imágenes o ideas, no era corpórea ni abultada; siendo no obstante alguna cosa grande, pues a no serlo, no podría formarlas.

Así, Dios mío, vida de mi vida, también imaginaba, que siendo Vos grande por infinitos espacios y lugares, llenábais y penetrábais por todas partes la gran máquina del universo. Que también fuera de ella, hacia cualquier parte que se considere, os extendíais por inmensos espacios, que no tenían fin ni término alguno: de suerte, que la tierra, el cielo, y todas las cosas os poseyesen, y por dentro y fuera estuviesen llenas y rodeadas de Vos, y dentro de Vos mismo tuviesen su fin y término, pero Vos no le tuvieseis por ninguna parte. Pues así como el cuerpo de este aire que está sobre la tierra no impide que la luz del sol le traspase y le penetre, no rompiéndole o dividiéndole, sino llenándole todo de su claridad: así juzgaba yo que penetrábais todos los cuerpos, no solamente del cielo, del aire, del mar, sino también de la tierra: y que todos ellos, en todas sus partes, grandes y pequeñas, eran respecto de Vos penetrables y como transparentes, para llenarse de vuestra presencia, que con oculta inspiración e influencia secretísima gobernáis todas vuestras criaturas por lo interior y exterior de todas ellas.

De este modo discurría entonces, porque no estaba en estado de pensar otra cosa; pero era falso lo que pensaba; porque si aquello fuera cierto, la parte mayor de tierra tendría en sí mayor parte de vuestra sustancia; y la que fuese menor, tendría menor parte de Vos: y de tal suerte llenaríais todas las cosas, que tanto más tuviese de Vos el cuerpo de un elefante que el de un pajarillo, cuanto el cuerpo de aquel es mayor, y ocupa más lugar que el cuerpo de este: así estaríais dividido en tantas partes grandes y pequeñas, cuantas hay en todo el universo, para comunicar y hacer presente a las grandes otra igual y tan gran parte de Vos, y a las pequeñas otra igual y tan pequeña parte vuestra. Pero no sois Vos así, aunque yo entonces no lo conocía, porque aún no habíais alumbrado las tinieblas de mi ignorancia.

CAPÍTULO II

Argumento con que Nebridio impugnó a los Maniqueos.

3. Bástame, Señor, contra aquellos hombres engañosos, y engañadores de otros, habladores mudos, porque no se oía de su boca vuestra divina palabra: bástame, digo, para confundir a los Maniqueos, el argumento que mucho tiempo antes, estando nosotros en Cartago, había propuesto Nebridio, que nos hizo mucha fuerza a todos los que le oímos. Porque preguntaba él ¿qué haría contra Vos aquella no sé qué raza de Tinieblas (que los Maniqueos dicen ser una gran masa opuesta a Vos), dado caso que Vos no quisieseis pelear contra ella? Pues si responden que todavía podía haceros algún daño, sería decir, que Vos no sois inviolable e incorruptible; si por el contrario respondieran que de ningún modo os podría dañar o hacer algún perjuicio; en tal caso no pueden señalar causa o motivo de reñir y pelear; y menos para pelear y reñir como ellos dicen, esto es, de tal modo, que una porción o miembro de vuestra sustancia, una producción de vuestra sustancia misma se mezclaría con las potestades contrarias a Vos, que eran naturalezas que Vos no habíais criado, y de tal suerte la corrompían y trocaban de buena en mala, que su felicidad y bienaventuranza se convertía en infelicidad y miseria, y venía a tener necesidad de auxilios que la librasen de aquel estado, y la purificasen de las manchas que había contraído. Esta porción de vuestra sustancia decían que era nuestra alma, a la cual viéndola así esclavizada, manchada y corrupta, la venía a socorrer vuestro divino Verbo, que había quedado libre, puro y entero; pero que también él mismo era corruptible, como de la misma naturaleza y sustancia que había sido corrompida.

Por lo cual si los Maniqueos decían o confesaban, que Vos o vuestra sustancia, sea ella la que fuese en sí misma, era incorruptible; se seguía claramente, que todo aquello que decían era falso y detestable; y si decían que era corruptible vuestra sustancia propia, ello mismo se daba a conocer por falso y abominable desde luego. Bastábame, pues, este argumento solo contra los Maniqueos, para desechar y arrojar fuera de mí toda la doctrina de que me tenían imbuido, y con que mi corazón estaba oprimido y angustiado: porque no tenían salida alguna que dar al argumento, sin que cayese su corazón y su lengua en el horrible sacrilegio de creer y proferir estas blasfemias.

CAPÍTULO III

Que el libre albedrío es la causa del pecado.

4. Pero aunque yo confesaba y creía firmemente que Vos, mi Señor y verdadero Dios, sois incorruptible, invariable, y por todas partes ajeno de mutabilidad y alteración, y que criasteis no solamente nuestras almas, sino también los cuerpos, y generalmente todas las criaturas; todavía no entendía yo bien claramente cuál es la causa del mal o de lo malo: eso sí, conocía que cualquiera que ella fuese, debía buscarla de tal modo, que no me viese precisado por ella a creer que Vos, Dios y Señor inmutable, erais capaz de alguna mudanza o variedad, para no hacerme yo malo a mí mismo, al indagar la causa de lo malo. Así la buscaba tan seguro de no dar en aquel desvarío, como estaba convencido y certificado de que no era verdad la doctrina de los Maniqueos, que huía y detestaba con todo mi corazón: porque veía claramente, que buscando ellos la causa y origen del mal, estaban llenos de maldad tan excesiva, que antes creían que vuestra naturaleza y sustancia malamente padecía, que el que la suya obraba malamente.

5. Yo me esforzaba cuanto podía para entender lo que había oído decir, esto es, que el libre albedrío de nuestra voluntad era la causa del mal que obrábamos, y la rectitud de vuestro juicio la causa del mal que padecíamos, pero yo no podía entender esto clara y distintamente. Y así, procurando sacar la atención de mi entendimiento de estas profundas tinieblas, volvía a sumergirme en ellas otra vez: y esforzándome repetidas veces a lo mismo, me hundía del mismo modo otras tantas veces.

Me levantaba algún poco hacia vuestra luz el saber yo con tanta certeza que tenía mi voluntad propia, como estaba cierto de que tenía vida. Así cuando quería o no quería algo, estaba certísimo de que yo mismo, y no otro, era el que quería o no quería aquello: y ya casi conocía que allí estaba la causa y principio de mi pecado. También veía que hacer yo alguna cosa forzado y contra mi voluntad, más era padecer que hacer: y esto juzgaba que no era culpa, sino pena, con la cual confesaba ser justamente castigado de Vos, a quien reconocía siempre como justo.

Mas otras veces decía: «¿Quién es el que me ha hecho? ¿Por ventura no es mi Dios, que no solamente es bueno, sino la misma bondad? Pues ¿de dónde me ha venido a mí el querer desordenadamente unas cosas, y ordenadamente no querer otras, de manera que esta repugnancia fuese justa pena de aquella voluntad injusta? ¿Quién puso en mí este veneno? ¿Quién ingirió en mi alma esta raíz de amargura, habiendo sido yo todo y totalmente hecho por mi dulcísimo Dios? Si el diablo es el autor de este mal; ¿quién fue el que le hizo a él? Porque si él mismo por su mala y perversa voluntad, de buen ángel que era, se hizo y se mudó en demonio; ¿de dónde le vino a él esa mala voluntad con la cual se hizo demonio, supuesto que todo él fue criado bueno por el Hacedor de todas las cosas, que es infinitamente bueno?»

Con estos pensamientos volvía otra vez a sumergirme en mis tinieblas, y ahogarme entre mis dudas; pero no me llevaban tan a lo hondo, que llegase a lo profundo del error de los Maniqueos, donde ninguno confiesa vuestra bondad infinita, cuando antes juzgan que Vos estáis sujeto a padecer males, que el que los hagan los hombres.

NOTA

1. Unde igitur mihi malé velle, et bené nolle, dice el Santo. Como antes deja dicho que el hacer una cosa contra su voluntad y con repugnancia suya, más propiamente era padecer que hacer: en el malé velle explica el mal de la culpa, y en el bené nolle el mal de la pena, que justamente se padece contra la voluntad propia, en castigo del otro mal de la culpa, que se hizo por su propia voluntad. Así el malé velle quiere decir querer malamente y pecando, o injustamente querer alguna cosa; y el bené nolle, quiere decir, que justamente, bien y ordenadamente padece y sufre aquella repugnancia de no querer alguna cosa, y hacerla como por fuerza (que más es padecer que hacer), y esto es justa pena de su voluntad injusta.

CAPÍTULO IV

Cómo necesariamente Dios es inviolable e incorruptible.

6. Del mismo modo procuraba entender claramente todo lo demás, así como había averiguado que lo incorruptible es mejor que lo corruptible: y por tanto confesaba que cualquiera que fuese vuestro ser y naturaleza, precisamente había de ser incorruptible. Porque nadie pudo ni podrá jamás pensar alguna cosa que sea mejor que Vos, que sois el sumo y perfectísimo bien. Y como es verdad certísima que lo incorruptible se debe anteponer a lo que es corruptible, como yo lo conocía y ejecutaba; si Vos no fuerais incorruptible, pudiera mi entendimiento hallar alguna cosa mejor que Vos. Con qué allí mismo donde yo advertía que lo incorruptible es mejor que lo que puede corromperse, era donde debía buscaros, y desde allí descubrir el origen del mal, esto es, el principio de la corrupción, de la cual no es capaz vuestra divina sustancia. Porque de ningún modo, por ninguna voluntad, por ninguna violencia, por ninguna casualidad, puede la corrupción manchar o inficionar la naturaleza de nuestro Dios: pues él es Dios, y todo lo que quiere para sí, es de la línea del bien, y aún él mismo es el mismo bien que quiere; pero el poder corromperse no se ha juzgado jamás por bien alguno.

Ni tampoco cabe en Vos, Señor, el ser forzado a cosa alguna contra vuestra voluntad, ya que vuestra voluntad no es mayor que vuestro poder, a no ser que se diga que Vos sois mayor que Vos mismo: porque la voluntad y la potencia de Dios son el mismo Dios. Finalmente, ¿qué casualidad puede haber impensada para Vos, que sabéis y conocéis todas las cosas perfectísimamente? Además de que ninguna naturaleza ni criatura alguna existe, sino porque Vos la conocéis.

Pero ¿para qué gasto tantas palabras en probar que la naturaleza de Dios no puede ser corruptible, cuando es evidente que si lo fuera no sería Dios?

CAPÍTULO V

Vuelve otra vez a inquirir de dónde proviene el mal, y cuál sea su origen y raíz.

7. Yo buscaba el origen del mal; y siendo así que le buscaba malamente, no echaba de ver el mal que había en el mismo modo con que le buscaba. Ponía yo delante de los ojos de mi alma todo lo que habéis criado, ya sean las cosas que podemos ver, como la tierra, el mar, el aire, los astros, los árboles y los animales: ya también todas las cosas que no vemos, como son el firmamento con todos los ángeles, y todos los entes espirituales del universo; pero también estas cosas las fue colocando mi fantasía en diversos y respectivos lugares, como si verdaderamente fueran cuerpos: de todo ello formé en la imaginación como una gran masa compuesta de los distintos géneros de cuerpos de vuestras criaturas; tanto de aquellos que eran verdaderos cuerpos, como de los otros que yo había fingido y apropiado a los espíritus. Yo imaginaba esta masa muy grande y extensa, no tanto como ella lo fuera en sí misma, que esto no podía saberlo a punto fijo, sino cuanto le pareció a mi fantasía; pero siempre me la representaba finita y limitada por todas partes.

Después os concebía a Vos, Señor, como una sustancia infinita sin término ni límite alguno, que rodeaba y penetraba por todas partes aquella gran masa: así como si el mar lo llenase todo, y hacia todas partes por espacios inmensos solo hubiese un infinito mar, y dentro de sí tuviese una esponja que aunque fuese muy grande, fuera limitada y finita; esta esponja verdaderamente estaría por todas partes rodeada y llena de aquel inmenso mar. Así juzgaba yo que todas vuestras criaturas, que son finitas y limitadas, estaban por todas partes circunvaladas y llenas de Vos, que sois infinito, y decía: veis aquí a Dios, y veis aquí todo lo que Dios ha creado: Dios es bueno, y su bondad excede infinitamente a todo el conjunto de sus criaturas; mas como él es sumamente bueno, todas las cosas las cría buenas, y ved ahí cómo todas las abraza y llena de su bondad. Pues ¿en dónde está el mal? ¿de dónde ha dimanado? ¿por dónde se ha introducido en el universo? ¿cuál es la raíz que le produce? ¿de qué semilla nace?

¿Acaso diremos que el mal no tiene ser alguno? pues ¿por qué tememos y evitamos lo que no hay ni tiene ser? Y si es que tememos vanamente y sin fundamento, sin duda que este temor ya es algún mal que inútilmente atormenta y despedaza nuestro corazón: y este mal será tanto más grave, cuanto más tememos no habiendo que temer. Por lo cual, o hay algún mal que temamos, o el mal que hay es que tememos. Pues ¿de dónde vino este mal? Porque Dios, siendo todo bondad, hizo buenas todas

estas cosas. El mayor y sumo bien hizo las criaturas que son bienes menores; pero así el Creador como las cosas criadas, todo es bueno. Pues ¿de dónde nace el mal?

¿Será acaso que la materia de que hizo Dios todas las criaturas era en sí misma alguna cosa mala, y Dios la formó y ordenó, pero dejó algo en ella que no lo ordenase y convirtiese de mal en bien? Y si fue así, ¿qué causa hubo para esto? ¿Acaso no podía convertirla toda y mudarla en bien de modo que no quedase en ella nada de malo, siendo él todopoderoso? Finalmente, ¿por qué quiso servirse de ella para formar de allí sus criaturas, y no usar de su misma omnipotencia para destruirla enteramente y aniquilarla? ¿O podrá decirse que ella podía existir contra la voluntad de Dios? Aun suponiendo que fuese eterna, ¿por qué la dejó durar antecedentemente por infinitos espacios de duraciones?; y tanto después tuvo por bien servirse de aquella materia, y hacer de ella alguna cosa? Y ya que repentinamente determinó y quiso hacer alguna obra, como omnipotente que es, comenzara antes aniquilando y deshaciendo enteramente aquella materia; y así hubiera quedado él siendo el todo, el verdadero, sumo e infinito bien. Y si no era conveniente a su bondad el que solo destruyese, y no fabricase al mismo tiempo y produjese algún bien, siendo él tan bueno; destruida aquella mala materia y reducida a la nada, podía haber criado otra buena, de la cual produjese todas las cosas. Porque no sería todopoderoso si no pudiera hacer algo bueno sin ayuda de aquella materia que él no había criado.

Vé aquí las cosas que yo andaba revolviendo en mi infeliz espíritu lleno de cuidados que le consumían, causados del temor de la muerte y de no hallar la verdad; pero estaba firmemente arraigada en mi corazón la fe que en la católica Iglesia se tiene de vuestro Hijo Jesucristo, Señor y Salvador nuestro; y aunque a la verdad era mi fe todavía imperfecta en muchas cosas, y se salía fuera de las reglas de la sana doctrina, con todo no la dejaba mi alma; antes bien cada día se iba instruyendo e imbuyendo más y más en ella.

NOTA

1. Aunque en la hipótesis que hace san Agustín diga: Per infinita retrd spatia temporum, por infinitos espacios de tiempos anteriores; no se ha de imaginar que antes de la creación hubiese tiempo alguno; que esto no puede establecerse en doctrina del Santo, ni tampoco puede imaginarse, porque el tiempo es una de las cosas que pertenecen a la creación y efecto de ella. Así diciendo el Santo: por infinitos espacios de tiempos, bien da a entender que habla de la eternidad, que precedió a la creación; y como infinita duración abraza todos los tiempos, y virtualmente es todos ellos. Así en el cap. XV dice que Dios no comenzó a producir las criaturas post innumerabilia spatia temporum.

CAPÍTULO VI

Desecha Agustín por vanas y engañosas las adivinaciones de los astrólogos.

8. Ya también había yo desechado enteramente las engañosas predicciones y sacrílegas locuras de los astrólogos: y este es, Dios mío, uno de los efectos de vuestras misericordias, por el cual os debo confesar y bendecir con todas las fuerzas de mi alma. Pues Vos, Señor, Vos y no otro fuisteis quien me hizo este beneficio. Porque ¿quién puede librarnos o apartarnos de la muerte que nos acarrea todo error, sino Vos, que sois la vida que no puede morir, y la sabiduría que sin necesitar de luz alguna ilumina los entendimientos que la necesitan, la misma con que es regido y gobernado todo el universo, hasta las hojas de los árboles que se lleva el viento?

Vos procurasteis el remedio de aquella mi terquedad con que resistí y me opuse a Vindiciano*, que era anciano agudo y docto, y a Nebridio, que era joven de un talento admirable: cuando el primero afirmaba resueltamente, y el segundo, aunque con alguna duda, repetía muchas veces, que no hay arte alguno para conocer las cosas venideras; pero que las conjeturas de los hombres tienen muchas veces fuerza de suerte: que diciendo los hombres multitud de cosas, acertaban por casualidad a decir, entre tantas, algunas de las que han de suceder, sin saberlo los mismos que lo decían, sino tropezando a ciegas con la verdad de algunos sucesos, en fuerza de lo mucho que hablan.

Vos, pues, Señor, hicisteis que yo tomase amistad con un hombre que acostumbraba consultar a los astrólogos sobre varios asuntos, aunque él no sabía mucho de astrología, pero los consultaba, digo, por curiosidad: el cual sabía cierta especie, que decía habérsela oído a su padre, pero no advertía él mismo cuán poderosa era aquella especie para echar a rodar la opinión y crédito de tal arte. Este, pues, que se llamaba Fermín, sujeto instruido en las artes liberales y en la elocuencia, hablándome como a su mayor amigo sobre ciertas cosas suyas, a las cuales aspiraba, por la esperanza grande que tenía de adelantar su fortuna, me instaba a que le dijese el juicio que yo formara de aquellas pretensiones, según su horóscopo y constelaciones que le correspondían; y yo, que por entonces ya había comenzado a inclinarme a la sentencia de Nebridio, no me excusé de hacer mis conjeturas, y decirle lo que me ocurría como dudosamente; pero le añadí, que estaba casi persuadido y convencido de que todas aquellas cosas y observaciones eran vanas y ridículas.

Entonces él me contó, que su padre había sido curiosísimo en la referida facultad, habiendo juntado y manejado muchos libros de esta materia, y que había tenido un

amigo igualmente dedicado a la misma facultad, que habían estudiado juntos: que con igual deseo de adelantar en ella, conferenciaban los dos, y se comunicaban mutuamente sus reflexiones, como soplando y avivando el fuego que ardía en su corazón de adelantar en un estudio tan vano: de modo, que aun en los brutos que nacían en casa de ellos, observaban los instantes de su nacimiento, y la posición de los astros respecto de aquellos mismos instantes, para sacar de allí algunas experiencias con que apoyar aquella especie de arte.

Así refería él, que había oído decir a su padre, que al tiempo que su mujer y madre del mismo Fermín, estaba embarazada de él, estaba también en cinta una criada de aquel amigo de su padre: lo cual no se le pudo encubrir al amo, que con las más exquisitas diligencias procuraba examinar y saber aun los partos de las perritas de su casa. Y que había sucedido, que teniendo cuenta el padre de Fermín con el parto de su mujer, y el otro amigo suyo con el de su criada, y contando uno y otro con la mayor exactitud los días, las horas, minutos y segundos de la preñez de entrambas, vinieron a parir las dos al mismísimo tiempo; de modo que se vieron forzados a aplicar a los recién nacidos las mismas constelaciones, sin distinción alguna, que el uno había observado para su hijo, y el otro para su siervo. Porque luego que a las dos mujeres les comenzaron los dolores de parto, se avisaron los dos amigos mutuamente lo que pasaba en la casa de uno y otro, y previnieron mensajeros de ambas partes, que al punto que supiesen lo que había nacido en cada una de las casas, lo avisasen a la otra sin dilación alguna: y como dueños que eran respectivamente de sus casas, con mucha facilidad habían dispuesto, que al instante que se verificase el parto, se le hiciese saber al mensajero que estaba prevenido. Y así decía, que los dos que habían sido enviados se vinieron a encontrar uno a otro tan puntualmente en el medio del camino, y en tan igual distancia de las dos casas, que ni el padre de Fermín, ni su amigo pudiesen notar diversa posición de astros, ni la más mínima diferencia de tiempo con que distinguir el horóscopo de los dos recién nacidos; y no obstante Fermín, como nacido de familia distinguida en su país, seguía las carreras más lustrosas del siglo, se iba aumentando en riquezas, y sublimando en honras; y el otro sin poder sacudir el yugo de su servidumbre, servía como esclavo a sus señores, según contaba el mismo Fermín que le había conocido.

9. Oídas por mí estas cosas, y creídas también por habérmelas contado tal sujeto, toda aquella oposición y resistencia que yo había hecho a las persuaciones de Vindiciano y Nebridio se desarmó enteramente y se deshizo. Y lo primero que intenté fue apartar al mismo Fermín de aquella vana curiosidad, diciéndole: que para responderle con verdad a lo que me había preguntado, después de contempladas bien sus propias constelaciones, había de haber visto en ellas, que sus padres eran de lo más principal que había en su tierra: que su linaje y familia eran de la mayor nobleza de su propia

ciudad: que habían concurrido en su nacimiento las circunstancias más honrosas: que había tenido buena crianza, y los progresos que había hecho en el estudio de las artes liberales. Pero si aquel otro siervo me hubiera consultado sobre las mismas constelaciones (que correspondían a su nacimiento del mismo modo que al de Fermín), para que yo pudiera responderle la verdad, sería también necesario haber visto en ellas la bajeza de su linaje, su condición servil, y todas las demás circunstancias suyas que eran tan distintas y contrarias a las otras que allí mismo había yo antes visto y descubierto. Con que si viendo unas mismas constelaciones e influencias, tenía que pronosticar y decir cosas distintas y contrarias, si había de acertar; y si pronosticaba los mismos acaecimientos y las mismas cosas al uno y al otro, erraba precisamente mi pronóstico; es argumento ciertísimo que prueba evidentemente, que aquellas cosas que se aciertan después de vistas y observadas las constelaciones, se aciertan por casualidad y no por arte ni reglas; y al contrario, que si las predicciones de esta clase salen falsas, no es por ignorancia de aquel arte, sino por falibilidad y yerro de la suerte.

10. Tomando de aquí principio, y meditando todo esto dentro de mí mismo, para que ninguno de aquellos delirantes que vivían de hacer estas predicciones (con los cuales deseaba yo verme para argüidos y ridiculizarlos), burlase la fuerza del argumento, con decir que Fermín me habría engañado a mí en aquella relación, o que su padre le habría engañado a él; para evitar, digo, que tuviesen este efugio, puse la consideración en el nacimiento de los que nacen juntos, y se llaman mellizos: muchos de los cuales nacen tan inmediatamente uno tras de otro, que aquel brevísimo espacio que media entre los dos, por más fuerza que tenga en la naturaleza para diferenciarlos, según pretenden los astrólogos, no hay diligencia ni observación humana que baste a conocerle o advertirle; ni puede señalarse en aquellos caracteres y figuras que tiene que mirar el astrólogo, para hacer verdaderos sus pronósticos. Pero es imposible que en este caso salgan verdaderos; porque mirando unos mismos caracteres y figuras, que correspondían al nacimiento de Jacob y Esaú, debería un astrólogo pronosticar las mismas cosas respecto de entrambos; siendo así que en uno y otro fueron muy diferentes los sucesos. Con que si para entrambos anunciaba las mismas cosas, salían falsos sus pronósticos; y si salían verdaderos, sería no anunciando ni diciendo las mismas cosas para entrambos, no obstante que eran unas mismas las figuras y caracteres que veía convenir al uno y al otro: de donde se sigue, que si hubiera acertado en sus pronósticos, acertaría por casualidad, y no por reglas de alguna ciencia o arte.

Vos, Señor, que perfectísimamente gobernáis todo el universo, hacéis por medio de un influjo y dirección imperceptible, que cuando alguno consulta a los astrólogos, sobre algún suceso, sin saberlo ni advertirlo los consultados, ni los que los consultan, cada uno reciba aquella respuesta que le corresponde, atendidos los méritos de su alma:

nace aquella respuesta del abismo impenetrable de vuestro juicio siempre justo y recto, que ningún hombre debe extrañar diciendo: ¿Qué viene a ser esto? ¿Para qué es esto? No diga tal cosa, no la diga, porque él no puede salirse de los límites de hombre.

CAPÍTULO VII

De las grandes penas que le causaba a Agustín el averiguar la causa y principio del mal.

11. Ya Vos, Señor, me habíais librado de aquellas cadenas, cuando me ocupaba en buscar el origen del mal, y no hallaba salida a mis dificultades. Pero no permitíais Vos, que por más olas de varios pensamientos que me combatiesen, fuesen poderosas para apartarme de aquella fe con que creía vuestra existencia, y que sois una sustancia inmutable; creía la providencia con que tenéis cuidado de los hombres y los juzgáis, y que en Jesucristo vuestro Hijo y Señor nuestro, y en las santas Escrituras, que aprueba y recomienda la autoridad de vuestra Iglesia católica, habíais dispuesto a los hombres el camino de la salud por donde han de llegar a conseguir aquella vida dichosa, que ha de haber después de nuestra muerte.

Salvas estas verdades, y fijadas en mi alma inalterablemente, buscaba con ansia cuál sea el principio y origen que tiene el mal. ¡Y qué tormentos y dolores como de parto sufrió mi corazón para salir de esta duda, y qué gemidos le costó, Dios mío! Vos lo estabais oyendo, sin saberlo yo. Cuando en el mayor silencio buscaba esta causa del mal con más fino ahínco, aquel silencioso tormento que deshacía mi corazón era una voz muy grande que llegaba a vuestra misericordia. Solo Vos, y no hombre alguno, sabíais lo que yo estaba padeciendo. Porque de estas ansias mías, ¿cuánto era lo que por mi boca venía a descubrirse a mis amigos más íntimos y familiares? ¿Por ventura llegaba a sus oídos todo aquel gran tumulto de mi alma, para cuya explicación no había tiempo ni lengua que bastase? Pero todo llegaba a vuestros oídos, y lo que gimiendo bramaba mi corazón, y todos mis deseos os eran muy patentes, pero la luz que había de aclarar mis ojos me faltaba: porque ella estaba dentro de mi alma, y yo andaba por fuera. Ni ella ocupa algún lugar; y yo la buscaba entre aquellas cosas que la ocupan, y así no hallaba lugar alguno para mi descanso; ni estas cosas corpóreas me detenían tanto, que pudiese decir: Estoy bien, esto me basta: ni dejaban que me apartase de ellas, para volver a donde me fuese bastante bien. Porque yo era superior a todas estas cosas, aunque inferior a Vos; y solo Vos pudierais ser mi verdadero gozo, si yo estuviera sujeto y subordinado a Vos, que las cosas inferiores que criasteis, las sujetaseis a mí. Y este era aquel igual y bien reglado temperamento que yo había de haber tenido en mis acciones, y la región media que convenía a mi salud, para permanecer como hecho a imagen vuestra; por manera que perseverando en serviros y obedeceros a Vos, dominase yo a mi cuerpo, y él me obedeciese a mí. Pero en castigo del pecado con que me sublevé contra Vos soberbiamente, y os hice

guerra, corriendo contra mi legítimo Señor, escudado solamente de mi orgullo y osadía; todas las criaturas que me eran inferiores se habían levantado también contra mí, y se habían puesto sobre mí, oprimiéndome tan fuerte y pesadamente, que por parte ninguna me permitían algún desahogo, ni tomar aliento. Si abría los ojos no descubría por todas partes sino esas mismas criaturas, que amontonadas y de tropel se entraban por mis ojos; si me ponía a examinar y pensar lo que había visto, no se me presentaban a la imaginación y al pensamiento sino imágenes corpóreas; y si quería retirarme y apartarme de ellas, se me volvían a poner delante, como si me dijeran: ¿A dónde piensas ir, indigno y sucio?

Estos sentimientos provenían de mis llagas, con las cuales Vos quisisteis humillar al soberbio, poniéndole como a un hombre todo llagado: creciendo la hinchazón de mi soberbia, me separaba de Vos: y llegó la inflamación a apoderarse tanto de mi rostro, que ya me tenía con los ojos cerrados.

CAPÍTULO VIII

Cómo la divina Misericordia socorrió entre estas ansias a Agustín.

12. Pero aunque Vos, Señor, eternamente permanecéis, vuestro enojo no permanece eternamente contra nosotros; pues tuvisteis compasión de mí, que soy tierra y ceniza, y fue del agrado vuestro el reformar mis deformidades; y así con interiores estímulos me inquietábais, para que no sosegase hasta tener conocimiento de Vos, por medio de la vista de mi alma. Se iba disminuyendo mi hinchazón, con el medicamento que ocultamente me aplicaba vuestra divina mano: y la turbada y oscurecida vista de mi alma se iba aclarando y sanando de día en día con el fuerte colirio de los saludables dolores que interiormente pasaba.

CAPÍTULO IX

Cómo en los libros platónicos halló Agustín establecida la divinidad del Verbo eterno; pero no halló cosa alguna de lo perteneciente a su encarnación.

13. Primeramente queriendo Vos hacerme conocer cuánto resistís a los soberbios, y cuán segura tienen vuestra gracia los humildes, y con cuánta misericordia mostrásteis a los hombres el camino de la humildad, pues se hizo hombre vuestro divino Verbo y habitó entre los hombres: dispusisteis que por medio de un hombre lleno de una soberbia intolerable, viniesen a mis manos unos libros de los Platónicos, traducidos de la lengua griega a la latina.

En estos libros hallé (no con las mismas palabras con que yo lo refiero, pero sí las mismas cosas y sentencias puntualmente) apoyado con muchas pruebas, y gran multitud de razones, que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y Dios era el Verbo: Este estaba desde el principio con Dios: Que todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada se hizo: Lo que se hizo en él es vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Que aunque el alma del hombre dé testimonio de la luz, no obstante ella misma no es la luz: sino que el Verbo de Dios, que es Dios, es la verdadera luz, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Y que él estaba en este mundo, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció.

Pero que él vino a los suyos, y los suyos no le recibieron, y que a todos los que creyendo en su nombre le recibieron, les concedió la potestad de hacerse hijos de Dios; esto no lo leí ni encontré en aquellos libros. Leí también allí, que Dios Verbo no nació de la carne ni de la sangre, ni por voluntad de varón, ni de voluntad de la carne, sino que nació de Dios. Pero que el Verbo se hizo carne, y que habitó entre nosotros, no lo leí allí.

14. Hallé también esparcido por aquellos libros, dicho de varios modos y repetidas veces, que teniendo el Hijo la misma forma del Padre, nada le usurpa en juzgarse igual a Dios, porque naturalmente lo es. Pero que se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo hecho semejante a los hombres, y fue reputado y tenido por hombre: que se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; y que por todo esto Dios le resucitó de entre los muertos, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se arrodillen todas las criaturas en el cielo, en la tierra y en los infiernos; y toda lengua confiese que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre; esto no se contenía en aquellos libros.

También se dice allí, que antes de todos los tiempos, y sobre todos los tiempos es y permanece incommutablemente vuestro unigénito Hijo coeterno a Vos; y que de su plenitud reciben las almas lo que las hace bienaventuradas, y también que participando de aquella infinita sabiduría que en sí misma es permanente y eterna, se renuevan ellas y se hacen sabias. Mas que padeció él muerte temporal por los pecadores, y que no perdonasteis a vuestro Hijo único, sino que le entregasteis a la muerte por todos nosotros, no se refiere allí. Porque estos misterios de la humildad de Jesucristo los escondisteis y ocultasteis a los sabios, y los revelasteis y descubristeis a los pequeñuelos: para que los que padecen trabajos, y se ven agobiados con pesadas cargas, vengan a buscar a Jesús, y él los alivie y conforte, porque es manso y humilde de corazón. Así a los que imitan su blandura y mansedumbre, los guía a la justicia y santidad, y los enseña a seguir los caminos que él anduvo: y viendo con ojos compasivos nuestra humildad, nuestros trabajos y fatigas, nos perdona todos nuestros pecados. Pero aquellos que soberbios y engreídos por parecerles que poseen la más sublime doctrina, no atienden al Maestro que les dice: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas; aunque conocen a Dios, no le glorifican como corresponde a Dios, ni le dan gracias; sino que se desvanecen con sus propios pensamientos, y su necio corazón se cubre de tinieblas; por manera que diciendo ellos que son sabios, se hacen conocidamente fatuos.

15. Encontré allí también, que la gloria debida solamente a Dios incorruptible, estaba trasladada y atribuida a los ídolos y vanos simulacros, hechos a semejanza del hombre corruptible, y de aves, de cuadrúpedos y de serpientes. Esto era puntualmente apetecer aquel manjar de Egipto, por el cual dejó y perdió Esaú su mayorazgo: es decir, que aquel pueblo que habíais escogido y privilegiado como a primogénito, teniendo su corazón y voluntad puestos en las cosas de Egipto, honró en lugar de Vos, y dio adoración y culto a la cabeza de un animal cuadrúpedo, abatiendo su alma, que es imagen vuestra, delante de la imagen y figura de un becerro que se apacienta de hierba.

Este manjar de idolatría hallé en aquellos libros, pero no quise alimentarme de él. Porque Vos, Señor, fuisteis servido de quitar el oprobio de Jacob, haciendo que el hermano que era mayor sirviese al menor; y también llamasteis a los gentiles, para que fuesen vuestro pueblo y heredad, como antes los judíos; y como yo era de los gentiles que Vos habíais llamado y habían venido al conocimiento vuestro, en aquella leyenda no hice más que coger el oro que Vos mandasteis a vuestro pueblo quitar a los de Egipto; porque aquel oro en cualquiera parte que estuviera, siempre era vuestro. Que también dijisteis a los atenienses por boca de vuestro Apóstol, que en Vos vivimos, nos movemos y existimos; como ya lo habían dicho antes algunos de sus sabios: y los libros de que hablo también eran de allí. Pero al leerlos yo, no hice caso, ni puse mi

atención en los ídolos de los egipcios, a cuyo culto hacían servir aquellos autores el oro que es tan vuestro, dando a la mentira de un simulacro la adoración debida al Dios verdadero, y adorando y sirviendo a la criatura en lugar del Creador.

NOTAS

1. Estos libros vinieron a sus manos en el año 385, de los cuales dice después que estaban traducidos por Victorino, célebre profesor de Roma. En otra parte dice que estos libros le trocaron enteramente; y que eran como preciosos bálsamos de la Arabia, de los cuales cayendo algunas gotas sobre las centellas que tenía él en el corazón, acabaron de encenderle y abrasarle. Antepuso san Agustín los Platónicos a los demás filósofos, porque disputando de la santísima Trinidad, y especialmente del Verbo divino, no se apartaron mucho de la verdad cristiana, como el Santo dice en el libro 10 de la Ciudad de Dios, cap. 1 y 19; añadiendo, que mudando solamente algunas cosas, fácilmente se podían concordar con las verdades cristianas.
2. Con esta alegoría explica la doctrina de los Platónicos acerca de la multitud de dioses, en lo cual, como Esaú, vendieron y perdieron la primogenitura o primacía de la sabiduría, imitando a los israelitas, que dieron adoración a un becerro. Pues este manjar es el que dice que no quiso comerle, sino que lo desechó. Véase el libro 8 de la Ciudad de Dios, capítulo 12 y 13, y en el libro 10 el cap. 1.
3. Quiere decir que se dedicó a coger de los libros de los filósofos lo que tenían de bueno y provechoso para convencer su espíritu, y hacer que adelantase más y más en el conocimiento de Dios y de la verdad.

CAPÍTULO X

Cómo las verdades divinas se le iban ya descubriendo más claramente.

16. Todo esto sirvió de amonestarme que volviese hacia mí mis reflexiones y pensamientos, y guiándome Vos, entré hasta lo más íntimo de mi alma: y pude hacerlo así porque Vos os dignasteis darme auxilio y favor. Entré, y con los ojos de mi alma (tales cuales son) vi sobre mi entendimiento y sobre mi alma misma una luz inmutable; no esta vulgar y visible a todos los ojos corporales, ni semejante a ella, o que siendo de su misma especie y naturaleza, se distinguiese en ser mayor: como sucedería si esta luz corporal fuese aumentando más y más su claridad y resplandor, y extendiéndose tanto, que ocupase con su grandeza el universo. No era así aquella luz ni de este género, sino otra cosa muy distinta, y superior infinitamente a todo lo que vemos. Ni tampoco estaba sobre mi entendimiento, al modo que el aceite está sobre el agua, o el cielo sobre la tierra; sino que estaba superior a mí, como el Criador respecto de sus criaturas, porque ella misma es la que me crió; y yo estaba debajo, como que soy hechura suya. El que conoce la verdad, conoce esta soberana luz; y el que la conoce, conoce la eternidad. La caridad es quien la conoce.

¡Oh eterna Verdad, y verdadera caridad, y amada eternidad! Vos sois, Dios mío, por quien de día y de noche suspiro. Desde el primer momento en que os conocí, me elevasteis a que conociese con vuestra luz, que había infinito que ver, y que yo todavía no estaba capaz de verlo. Y fueron tan clarísimos y activos los rayos de la luz con que iluminasteis mi alma, que deslumbrada la flaqueza de mi vista, no pudo resistir la vehemencia de luz tan excesiva: todo me estremecí de amor y espanto; hallé que estaba yo muy lejos de Vos, y muy desemejante, y como que oía vuestra voz allá desde lo alto que me decía: Yo soy manjar de los que son ya grandes y robustos: crece, y entonces te serviré de alimento. Pero no me mudarás en tu sustancia propia, como le sucede al manjar de que se alimenta tu cuerpo; sino al contrario, tú te mudarás en mí. Entonces eché de ver que para mi enseñanza y en pena de mi maldad, habíais dejado que mi alma se disipase y consumiese inútilmente como la araña: y hablando conmigo mismo dije: ¿Juzgarás ya por ventura que la verdad es nada, y que no tiene existencia porque no está esparcida ni se difunde por lugares y espacios finitos ni infinitos? Y Vos, Señor, como desde muy lejos disteis una voz diciendo: Antes bien al contrario: Yo soy el que existo. Habiendo oído esto, como se suelen oír en el alma las hablas interiores, quedé certificado sin tener de qué dudar; de modo, que primero dudaría si yo estaba vivo, que dudase de la existencia de aquella verdad, que se ve y conoce por las criaturas.

CAPÍTULO XI

Cómo las criaturas en cierto modo son y no son.

17. Y mirando todas las demás cosas que están debajo de Vos, vi que absolutamente no se pudiera afirmar, ni que de todo punto tenían ser, ni que de todo punto dejaban de tenerle. Que tienen ser verdadero, porque Vos las habéis creado; que no le tienen, porque no tienen el ser que tenéis Vos; y solo existe y tiene ser verdaderamente, lo que siempre permanece inmutable. Así mi bien consiste en estar unido con mi Dios; pues si en él no permanezco, menos podré permanecer en mí mismo. Pero Dios da nuevo ser a todas las cosas, permaneciendo él mismo sin novedad alguna: y como no tiene necesidad de mí ni de mis bienes, le reconozco por mi Señor y mi Dios.

CAPÍTULO XII

Que todas las cosas que son o existen, son buenas.

18. También me hicisteis conocer, Señor, que todas las cosas que se corrompen son buenas; porque no pudieran corromperse, si no tuvieran alguna bondad; ni tampoco pudieran, si su bondad fuera suma: pues si fueran sumamente buenas, serían incorruptibles; y si no tuvieran alguna bondad, no hubiera en ellas cosa alguna que se pudiera corromper. Porque es certísimo que la corrupción causa algún daño; y si no disminuyera algún bien, no le causaría. Luego o se ha de decir que la corrupción no causa daño alguno, lo cual es falso e imposible; o se ha de confesar que todas las cosas que se corrompen, se privan de algún bien con la corrupción, lo cual es certísimo y evidente.

Y si se privaran enteramente de toda su bondad, absolutamente dejarían de ser; porque si todavía existieran sin bondad alguna, quedarían incapaces de ser corrompidas, y por consiguiente mucho mejores que antes, pues permanecerían incorruptibles. ¿Y qué desatino más monstruoso se puede imaginar que el decir que perdiendo aquellas cosas toda la bondad que tenían, se habían hecho mejores de lo que antes eran? Con qué es evidente, que si se privaran enteramente de toda su bondad, absolutamente dejarían de ser: luego mientras que tienen ser, tienen alguna bondad; y así es cierto que todas las cosas que son, son buenas. Lo cual prueba convincentemente que el mal, cuyo principio andaba yo buscando, no es alguna sustancia; porque si lo fuera, algún bien sería.

Así llegué a conocer claramente, y Vos me lo manifestasteis, que todas las cosas que Vos hicisteis son buenas; y que no hay sustancia alguna en todo el mundo que Vos no la hayáis creado. Y por lo mismo que no hicisteis todas las criaturas iguales en bondad, por eso mismo son todas, y tienen su propio y distinto ser: cada una de por sí tiene su particular bondad, y miradas todas juntas, son muy buenas; porque nuestro Dios y Señor hizo todas las cosas, no buenas solamente, sino en grado superlativo muy buenas.

CAPÍTULO XIII

Cómo todas las criaturas dan alabanzas a Dios.

19. Por tanto, Dios mío, no es posible algún mal que os perjudique a Vos, ni os haga el más leve daño; ni tampoco hay mal alguno que lo sea respecto de todo el universo: porque fuera de él no hay cosa alguna que pueda introducirse a perturbarle, o a destruir el orden que Vos habéis determinado y establecido en él. Es verdad que algunas de sus partes no son convenientes a algunas otras, y por eso se tienen por malas y nocivas; pero esas mismas son convenientes y provechosas a otras, y son verdaderamente buenas en sí mismas. Todas las criaturas que entre sí son opuestas y desconvenientes, convienen mucho a la parte inferior del universo, que llamamos tierra: la cual tiene también su cielo oscurecido con nubes, y alborotado con vientos, y es lo que ha menester y le conviene.

Bien lejos me hallaba yo de decir como antes: mejor sería que no hubiese estas cosas; porque aun dado caso que solo viese en el mundo estas criaturas disconvenientes entre sí y contrarias, desearía sí que las hubiese mejores, pero aun por solas aquellas debería en tal caso daros alabanzas; porque claramente muestran que merecéis ser alabado: hasta los dragones y serpientes de la tierra, y todos los abismos y profundidades del agua; el fuego, el granizo, la nieve, el hielo y los aires tempestuosos, que no hacen más que obedecer vuestro mandato: los montes y todos los collados, los árboles fructíferos y todos los cedros: los animales feroces y las reses mansas: los que andan arrastrando por la tierra y los que vuelan por el aire: los reyes de la tierra y todos los pueblos, los príncipes y todos los jueces de la tierra, los jóvenes y vírgenes, y los ancianos juntamente con los de poca edad, alaban y bendicen vuestro nombre.

Al ver que no solamente os alaban todas estas criaturas terrenas, sino también las del cielo; pues se ocupan en alabaros desde las alturas todos vuestros Ángeles, todas las Virtudes, el sol y la luna, todas las estrellas y la luz, los cielos de los cielos, y las aguas que están sobre los cielos, todos, todos alaban vuestro nombre; ya no deseaba que hubiese otras mejores criaturas, porque las contemplaba todas de una vez: y aunque juzgaba con más prudente juicio, que las cosas superiores tenían mayor bondad que las inferiores; pero también conocía que juntas ellas todas eran mejores que las superiores solas.

CAPÍTULO XIV

Que al hombre cuerdo ninguna cosa desagrada de cuantas Dios ha criado.

20. No están en su sano juicio los que se desagradan de alguna de vuestras criaturas, como yo no lo estaba cuando no me gustaban muchas de las cosas que Vos habéis criado. Y porque mi alma no se atrevía a descontentarse de Vos, Dios mío, no quería reconocer por obra vuestra la que me desagradaba. De aquí provino el seguir la sentencia de las dos sustancias; pero no se aquietaba mi alma con aquel sistema, y hablaba cosas extrañas. Y retirándose de él, llegó mi alma a formar allá a su modo un dios, que se extendía por infinitos espacios, y ocupaba todos los lugares: y juzgaba que Vos érais este dios, al cual había colocado en su corazón: así es como ella se había hecho segunda vez templo abominable a Vos de aquel ídolo suyo. Pero después que Vos curasteis mis delirios e ignorancias, y me hicisteis cerrar los ojos de mi entendimiento, para que no mirase ni atendiese a las quimeras vanas que interiormente veía, cesé algún tiempo de imaginar fantásticas ideas, y se adormeció aquella mi locura. Al fin desperté para pensar en Vos, y vi que verdaderamente sois infinito, pero muy de otra suerte que yo me lo había figurado: esta vista o conocimiento no pertenecía a los ojos corporales.

CAPÍTULO XV

Del modo con que se halla en las criaturas ya la verdad, ya la falsedad.

21. De aquí pasé a considerar las criaturas, y vi que todas os debían a Vos el ser que tienen, y que en Vos, que sois infinito, están todas las cosas finitas y limitadas, pero no con aquel modo de limitación que tienen ocupando lugar; sino en cuanto Vos contenéis todas las cosas con la mano de vuestra eterna verdad; y todas participan de ella y son verdaderas, en cuanto existen y tienen ser; ni consiste en otra cosa la falsedad, sino en juzgar que tiene ser aquello que no lo tiene. También vi que todas las cosas no solamente estaban colocadas en sus propios y convenientes lugares, sino también en los tiempos que a todas respectivamente les correspondían. Y finalmente advertí que Vos, Señor, que solo sois el eterno, no comenzasteis la obra de vuestra creación, después de pasados innumerables espacios de tiempos; porque antes bien, todos los tiempos que han pasado y los que pasarán, ni hubieran podido pasar, ni hubieran podido venir, si Vos no hubierais hecho que llegaran y pasaran permaneciendo Vos eternamente.

CAPÍTULO XVI

Que todas las criaturas son buenas; aunque algunas no son convenientes y acomodadas a otras.

22. Después conocí claramente, y experimenté también, que no debía extrañarse que a un paladar enfermo le sea áspero y penoso el pan, que es delicioso y suave al que está sano; a la par que la luz, que a los ojos enfermos es aborrecible, a los sanos es amable. También vuestra justicia es un atributo que desagrada a los inicuos y malos; y así no es mucho que les desagraden la víbora y el gusano que Vos criasteis buenos, y son útiles y convenientes a esta parte inferior del universo: a la cual convienen y pertenecen juntamente los mismos inicuos y pecadores, cuanto más se alejan de vuestra semejanza; al paso que tanto más pertenecen y se adaptan a la superior clase de vuestras criaturas, cuanto más semejantes se hicieren a Vos.

Busqué también entonces qué cosa era la maldad; y no hallé que fuese sustancia alguna, sino un desorden de la voluntad, que se aparta de la sustancia suma que sois Vos, Dios mío, y se ladea y une a las criaturas inferiores; que desecha y arroja todos sus bienes interiores, y se muestra en lo exterior soberbia y orgullosa.

CAPÍTULO XVII

De las cosas que nos impiden el conocer a Dios.

23. Yo mismo me admiraba de que tan pronto hubiese podido amaros, en lugar de aquel fantasma que amaba antes teniéndole por Dios. Y no me detenía a gozar de aquel dios obra mía, sino que era arrebatado a Vos con el poderoso atractivo de vuestra hermosura; pero luego era apartado de Vos por el peso y gravedad de mi miseria, y venía a caer gimiendo en estas cosas terrenas: este peso que así me precipitaba, no era otra cosa sino la costumbre de seguir la carne y sangre. No obstante os tenía presente en mi memoria sin dudar de modo alguno que había y existía un sumo Bien, con quien debía unirme y estrecharme, al mismo tiempo que conocía que aun no estaba capaz de conseguirlo: porque este cuerpo corruptible comunica en cierto modo su pesadez al alma, por cuanto esta habitación terrena en que ella vive y obra, oprime y abate hacia lo terreno la potencia intelectual, ocupándola con grande variedad de pensamientos. Estaba certísimo de que vuestras perfecciones y atributos invisibles desde el principio del mundo se descubren y manifiestan al entendimiento humano por medio de estas criaturas visibles que habéis hecho, por las cuales hasta se descubre vuestra sempiterna virtud y omnipotencia, y vuestra divinidad.

Porque indagando cuál era el principio y causa de que yo aprobase la hermosura de los cuerpos, ya sean los celestiales, ya los terrenos; y cuál era la regla por donde me guiaba, cuando hacía un juicio recto y cabal de las cosas mudables, y decía: Esto está como debe ser, aquello no lo está: indagando, pues, cuál era la regla que me guiaba para formar aquel juicio, cuando juzgaba de aquel modo tan cabal y recto; hallé que el principio de juzgar con aquel acierto era la inmutable y verdadera eternidad de la Verdad que estaba sobre mi mente mutable.

Fui subiendo de grado en grado desde la consideración de los cuerpos a la del alma, que siente mediante el cuerpo: y desde esta a su potencia o facultad interior, a la cual los sentidos corporales avisan y participan las cosas exteriores, y todas aquellas percepciones hasta donde pueden llegar los irracionales: desde aquí fui subiendo todavía a la facultad o potencia intelectual, a la cual se presenta lo que han suministrado los sentidos corporales, para que haga juicio de ello. Esta hallándose también mutable en mí, se levantó algo más para entender del modo que le es propio: apartó su pensamiento del modo con que acostumbra entender las demás cosas, desviándose de la multitud de fantasmas que se le oponían y estorbaban, para

llegar a saber qué luz era la que la alumbraba, cuando con toda certeza, y sin quedarle la menor duda, decía y vociferaba que el bien inconmutable se debe anteponer a todo lo mudable. ¿Y de dónde le venía la idea que tenía del mismo Ser inconmutable? pues si de algún modo no le conociera, absolutamente sería imposible que con tanta certidumbre le antepusiese a todo lo mudable. Llegó hasta lo que por sí mismo tiene ser; pero tan repentina y pasajera, como lo que se ve en un solo abrir y cerrar de ojos.

Entonces por medio de las cosas visibles que Vos habéis criado, vi con mi entendimiento vuestras perfecciones invisibles; pero no pude fijar en ellas mi atención; antes bien deslumbrada la flaqueza de mi vista, y vuelto a mis acostumbrados modos de conocer y de pensar, no llevaba conmigo sino la memoria enamorada de lo que había descubierto, y deseosa de aquel manjar delicioso, cuya fragancia había percibido, pero que todavía no podía poseerle ni gustarle.

CAPÍTULO XVIII

Que solamente Cristo Señor nuestro es el camino que guía a la salud eterna.

24. Buscaba entonces el camino de adquirir aquella robustez que es necesaria para gozar de Vos, y no podía hallarle, hasta que me abrazase con Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres, ensalzado sobre todas las criaturas, y verdadero Dios, bendito y alabado por todos los siglos, el cual me estaba llamando y diciendo: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Él es quien envolvió en carne aquel manjar, que por falta de fuerzas no podía yo comer: porque el Verbo eterno se hizo carne para que vuestra increada sabiduría con que criasteis todas las cosas, pudiese ser alimento suavísimo, y proporcionado a nuestra pequeñez e infancia. Pero como yo no era humilde, no me abrazaba con mi Señor Jesucristo que se había humillado tanto; ni sabía yo qué virtud nos enseñaba, vistiéndose de nuestra flaca y débil naturaleza.

Porque vuestro divino Verbo y verdad eterna, siendo infinitamente superior a la más noble porción de vuestras criaturas, levanta hasta sí mismo a los que se le humillan y sujetan; y acá abajo en la inferior porción del universo se dignó edificar para sí mismo una humilde casa de nuestro propio barro; para enseñar con el ejemplo de tan profundísima humildad, que depusiesen su orgullo los que habían de ser sus súbditos y siervos, y que a fuer de humildes había de trasladarlos y ensalzarlos hasta sí mismo. Sanando en ellos la hinchazón de su soberbia, les inspiró su amor y caridad, para que la necia confianza en sí mismos no los apartase y llevase cada vez más lejos; antes bien reconociesen su bajeza, viendo a sus pies humillada la Divinidad, por haber participado del traje tosco de nuestra naturaleza; para que en sus apuros y trabajos se arrojasen a los pies de su Majestad humanada; que al exaltarse gloriosa, los levantará del polvo de la tierra a la mayor altura.

CAPÍTULO XIX

De lo que sentía Agustín acerca de la encarnación de Cristo Señor nuestro.

25. No pensaba yo entonces estas cosas, sino otras muy distintas; y así de Jesucristo mi Salvador había formado el gran concepto que correspondía a un hombre de sabiduría tan excelente y superior, que ninguno se le pudiese igualar; y principalmente me parecía que por haber nacido maravillosamente de una madre virgen, para enseñarnos con su ejemplo a despreciar los bienes temporales por conseguir los inmortales y eternos, cuidando tan extraordinaria y divinamente de nosotros, por eso había merecido tan grande autoridad en todo el mundo su enseñanza y magisterio. Por lo demás, ni siquiera llegaba a sospechar que hubiese algún misterio en aquellas palabras: El Verbo se hizo carne. Solamente por las cosas que de su vida andaban escritas, esto es, que había comido y bebido, dormido y paseado, que se había alegrado, entristecido y predicado, sacaba yo que no se había unido al Verbo la carne sola, sino juntamente con el alma y entendimiento humano. Esto lo conoce cualquiera que sabe la inmutabilidad de vuestro divino Verbo, como yo lo sabía entonces cuanto me era posible, ni tenía acerca de esto la duda más leve. Porque mover unas veces voluntariamente los miembros corporales, y otras no moverlos; querer al presente una cosa, y luego no quererla; proferir unas veces sentencias maravillosas, y otras guardar mucho silencio; son cosas estas propias de un alma y entendimiento mudables. Pues si todo esto se hubiera escrito falsamente del Verbo encarnado, todas las demás cosas se pudiera sospechar también que no eran verdaderas, y no quedaría cosa alguna digna de fe en todo el Evangelio, que es donde estriba la salud del género humano.

Pero como no se puede dudar que es cierto todo lo que allí está escrito, reconocía yo y confesaba en Cristo todo aquello de que consta un hombre verdadero; esto es, no solamente el cuerpo humano, o cuerpo y alma sin la parte intelectual, sino uno y otro, y todo lo que es el hombre; mas juzgaba yo que ese mismo hombre, solamente por cierta grande y singular excelencia con que estaba en él la naturaleza humana, y por su mayor y más perfecta participación de sabiduría, era preferido a todos los demás hombres, no por estar en él personalmente la Verdad eterna.

Al contrario juzgaba Alipio, que los Católicos creían haberse Dios vestido de nuestra carne de tal modo, que además de la divinidad y de la carne, no hubiese en Cristo alma, ni tampoco entendimiento humano. Y porque estaba convencido de que aquellas acciones que se refieren de Cristo, no podían ejecutarse sino por alguna criatura viviente y racional, se detenía en abrazar la religión cristiana. Mas sabiendo

después que esta doctrina que él juzgaba ser de los Católicos, era el error de los herejes sectarios de Apolinar, se alegró y conformó con la creencia y fe católica.

Pero yo confieso, que hasta después de pasado algún tiempo, no supe la diferencia que hay entre la verdad católica y la falsedad de Fotino acerca de la Encarnación de Cristo, y de haberse tomado carne humana con el Verbo divino. Porque el desaprobador la doctrina de los herejes hace que resplandezca y sobresalga lo que enseña vuestra Iglesia, y se sepa lo que es sana doctrina. Así es que conviene que haya herejías, para que se descubran los probados y escogidos, entre los que son flacos y vacilantes en la fe.

NOTAS

1. Obispo que fue de Laodicea en Siria, y se apartó de la Iglesia por los años de 376; contra cuyos errores escribieron casi todos los santos Padres griegos y latinos de su tiempo. Enseñó que el Verbo tomó un cuerpo sin alma.
2. Era obispo de Sirmio en el Ilírico; y por los años 340 renovó la herejía de Sabelio y Paulo Samosateno, enseñando que Cristo era hombre puramente, y no Dios.

CAPÍTULO XX

Como el haber manejado los libros platónicos le hizo a la verdad más instruido, pero también más soberbio.

26. Había antes leído aquellos libros de los Platónicos, y excitado después con su leyenda a buscar la verdad incorpórea, llegué a descubrir y ver con el entendimiento vuestras perfecciones invisibles, por medio de estas obras que habíais hecho en el mundo. Deslumbrado y rebatido mi entendimiento con tan excesivo resplandor, conocí claramente que por las tinieblas que padecía mi alma, no se me permitía contemplar luz tan divina; la cual sin embargo me dejó cerciorado y convencido de vuestra existencia, y de que vuestro ser es infinito, sin que por eso estéis como extendido y derramado localmente por espacios finitos ni infinitos. También quedé certificado de que Vos sois el que verdaderamente existe y tiene un ser verdadero, porque siempre sois el mismo, sin que por parte ni afección alguna tengáis variedad, alteración o mudanza; y que todas las demás cosas han dimanado y procedido de Vos, constando esto certísimamente por solo el documento irrefragable y firmísimo de que tienen ser.

Acerca de todas estas cosas estaba yo muy cierto, pero flaco y sin fuerzas para gozar de Vos. Hablaba mucho de ellas como si estuviera muy instruido; siendo así que si no buscara en Jesucristo, Señor y Salvador nuestro, el camino que nos guía y lleva a Vos, no sería yo instruido, sino destruido. Ello es que ya había comenzado a desear que me tuviesen por sabio, lleno de la ignorancia que es castigo de la culpa; y en lugar de llorar mi ignorancia, me desvanecía y ensoberbecía con mi afectada ciencia. Porque ¿a dónde estaba entonces la caridad que edifica sobre el fundamento de la humildad, que es Jesucristo? ¿O cuándo aquellos libros me la hubieran enseñado?

Yo me persuado que Vos quisisteis que leyese aquellos libros antes de las sagradas Escrituras, para que siempre me acordase de los afectos y disposiciones que habían causado en mi alma: y cuando después con la leyenda de vuestros Libros santos se amansase, y humillase mi altanería y orgullo, y mis llagas se dejasen manosear de vuestros dedos, que me las iban curando, supiese hacer diferencia y distinguir entre la presunción de filósofo, y la confesión humilde de cristiano; y entre la ciencia de los filósofos que ven y enseñan el fin a donde debemos caminar, pero no ven ni enseñan el camino, y la que nos muestra este camino que nos guía y lleva a la patria bienaventurada, no solamente hasta llegar a verla, sino también a habitarla. Pues si primeramente me hubiera instruido en vuestras santas Escrituras, y con su frecuente

leyenda me hubierais hecho participante de vuestra dulzura, y después hubieran venido a mis manos aquellos libros; puede ser que me hubiesen apartado de los principios y sólidos cimientos de la piedad; o si perseveraba firmemente en el piadoso afecto que vuestros libros me hubiesen inspirado, acaso juzgara que si alguno leyera solamente aquellos, pudieran también haber producido en él igual efecto.

CAPÍTULO XXI

De lo que halló en los Libros sagrados, que no lo halló en los platónicos.

27. Así tomé en mis manos con vivísimas ansias las santas y venerables Escrituras dictadas por vuestro divino Espíritu, y principalmente las cartas de san Pablo; y luego al punto se desvanecieron mis dudas y dificultades sobre la doctrina del Apóstol, la que antes me había parecido contradecirse en algunos parajes, y que no concordaba con los textos de la ley y de los Profetas. Entonces conocí, que en todo el cuerpo de los Libros santos era uno mismo el espíritu; y esto me enseñó a leerlos con alegría mezclada de temor y de respeto. Al punto conocí que todas las verdades que yo había leído en otros libros se contenían en los vuestros y se comprendían con el auxilio de vuestra gracia; para que el que alcanza a descubrirlas, no se glorie de haberlas por sí mismo alcanzado, ignorando que a la gracia que recibiera debe, no solamente lo que ve y descubre, sino también el que descubra y vea: pues como dice san Pablo, ¿qué tiene el hombre que no lo haya recibido? Y también para que sea amonestado y enseñado el hombre, no solo a poner su atención en Vos que sois el mismo siempre, sino también a ser curado de sus llagas y llegar a poseeros.

Y el que por hallarse muy distante de Vos no puede alcanzar a veros, ande y camine la senda que conduce y guía a Vos, hasta que llegue, vea, y os posea; pues aunque interiormente se deleite el hombre con la ley de Dios, ¿cómo podrá resistirse a la otra ley de su cuerpo, que se opone y contradice a la de su espíritu, y le tiene cautivo en la del pecado, la cual reside en los miembros de su mismo cuerpo? Esto mismo, Señor, nos hace ver que sois justo: porque nosotros hemos pecado, hemos obrado mal y procedido inicualemente; y por eso la mano de vuestra justicia está sobre nosotros tan gravosa, y justamente nos ha entregado a las instigaciones del primer pecador entre todas las criaturas y principal autor de la muerte, quien persuadió a la voluntad humana que imitase su rebeldía, con que se separó de su verdad eterna.

Mas entonces, ¿qué ha de hacer el hombre en tan miserable estado? ¿Quién le libertará del cuerpo de esta muerte, sino vuestra gracia, por los méritos de Jesucristo Señor nuestro, a quien engendrasteis coeterno a Vos, y en cuanto hombre le criasteis en tiempo, y en el principio de vuestros caminos, en el cual no halló el príncipe de este mundo cosa digna de muerte, y no obstante le quitó la vida; con cuyo enorme atentado se anuló y canceló la sentencia y escritura que a todos nos era contraria?

Nada de esto contenían aquellos libros platónicos. No se hallan en aquellas páginas expresiones de piedad, como lágrimas de compunción, sacrificio vuestro que consta

de un espíritu abatido, corazón contrito y humillado, la salvación de vuestro pueblo, la Iglesia vuestra esposa, la celestial ciudad de Dios, las arras del Espíritu Santo, y el cáliz de nuestra redención. No se halla en aquellos libros el canto del Salmista cuando dice: ¿No será justo que mi alma sirva y obedezca a Dios, pues de su divina mano ha de venir mi salud? Él es mi Dios y mi Salvador, es mi apoyo firme, de quien cosa ninguna me apartará eternamente. Tampoco se oye allí la voz de Jesucristo que nos llama y dice: Venid a mí los que padecéis trabajos, porque se desdeñan de aprender de él, que es manso y humilde de corazón. Porque esta es una doctrina misteriosa que Vos habéis escondido a los sabios y prudentes del mundo, y la revelasteis a los humildes y pequeñuelos.

Es cosa muy diferente alcanzar a ver la patria de la paz desde la cumbre de un monte, sin descubrir empero el camino que conduce a ella, intentando vanamente llegar allá por extravíos y derrumbaderos, estando cercados por todas partes de los malignos espíritus, que siguiendo al dragón su príncipe, se ocupan en poner asechanzas a los viadores; y otra cosa es el conocer y andar el camino que guía a la misma patria, defendido por el cuidado y providencia del celestial Emperador, para que los rebeldes desertores de la milicia del cielo no hagan en él latrocinios, huyendo de él como de su pena y tormento.

Todas estas cosas se entraban a lo íntimo de mi alma con ciertos y varios modos admirables, cuando yo leía a san Pablo, que se llama a sí mismo el mínimo de vuestros Apóstoles: y considerando lo maravilloso de vuestras obras, quedaba asombrado y como fuera de mí.

LIBRO VIII

Desechados todos los errores, encendido con los consejos de Simpliciano, con los ejemplos de Victorino, de Antonio, de los dos magnates y de otros siervos de Dios; después de una gran contienda y lucha con la concupiscencia, y una dificultosa deliberación; amonestado con una voz divina, y leídas las palabras de san Pablo en la epístola a los romanos (cap. xiii, 13 y 14) se convirtió todo a Dios, imitándole Alipio, y alegrándose mucho su madre.

CAPÍTULO I

Determina Agustín ir a verse con Simpliciano, movido del deseo de disponer y arreglar mejor su vida.

1. Justo es, Dios mío, que yo recuerde y confiese las misericordias que habéis usado conmigo, y os muestre en acción de gracias mi reconocimiento. Penetrados y llenos de vuestro amor todos mis huesos, deben clamar diciendo: Señor, ¿quién hay semejante a Vos? Pues rompisteis mis lazos y prisiones, corresponda yo ofreciéndoois sacrificio de alabanza. Voy a referir el modo con que me las rompisteis, para que oyéndolo todos aquellos que os adoran, digan: Bendito sea el Señor en el cielo y en la tierra: grande y maravilloso es su nombre.

Todas vuestras palabras se me habían quedado impresas en el corazón, y me hallaba cercado y sitiado de Vos por todas partes. Yo estaba muy cierto de vuestra vida eterna: pues aunque la había visto confusamente y como por un espejo, no me había quedado duda alguna acerca de la existencia de una sustancia incorruptible, por haber dimanado y procedido de ella todas las demás sustancias; y ya no deseaba estar más certificado de Vos, sino estar más firme y constante en Vos. Pero acerca del género de vida que había de seguir, se me ofrecían mil dudas y dificultades; y conocía que era necesario limpiar primero mi corazón de la antigua levadura que me le tenía acedado y corrompido. Me agradaba el camino que debía seguir, que es el mismo Salvador; pero todavía estaba perezoso para entrar y pasar lo que tiene de estrecho ese camino.

Vos, Señor, me inspirasteis entonces el pensamiento (que a mí me pareció bueno y oportuno) de ir a verme con Simpliciano, que le tenía por fiel siervo vuestro, y resplandecía en él vuestra divina gracia. También había oído decir, que desde su juventud estaba dedicado y consagrado a Vos, y siendo entonces ya anciano, me parecía que en una edad tan larga, que había empleado en tan buenos ejercicios de vuestra ley, estaría muy práctico, experto y muy instruido en ella; y verdaderamente era así como yo lo pensaba.

Por eso quería yo que me dirigiese, y después de comunicarle mis deseos, me manifestase qué modo de vida sería el más a propósito a quien se hallaba en la disposición que yo tenía para seguir vuestra ley, observando aquel método que él me señalase.

2. Porque yo veía la iglesia llena de fieles, y que unos iban por un camino, y otros iban por otro; pero a mí me desagradaba el método y ocupación que yo seguía en el siglo,

y era para mí una carga insoportable, después que cesaron de inflamarme, como solían, mis deseos con la esperanza de adquirir honra y dinero, para tolerar aquella sujeción y servidumbre tan gravosa. Ya no me deleitaba cosa alguna de esas en comparación de vuestra dulzura y suavidad, y de la hermosura de vuestra casa que amaba más que todo esto; pero aun me sentía atado fuertemente con el amor a la mujer; ni el Apóstol me prohibía el casarme, aunque me exhortaba a lo mejor y más perfecto, queriendo principalmente y deseando que todos los hombres fuesen libres como él lo era. Pero yo, como más flaco, escogía lo más blando y suave; y lo que hacía que me portase en todo lo demás con languidez y me consumiese con molestos cuidados, era solamente el considerar, que la vida conyugal, a la que yo estaba tan inclinado y rendido, tenía anejas muchas cosas que no quería padecerlas ni sufrirlas. Bien sabía yo que la Verdad misma había dicho por su boca, que hay hombres que a sí mismos se han hecho eunucos para conseguir el reino de los cielos; pero añadió también que esto lo ejecute el que tuviere fuerzas para ejecutarlo.

Vanos son ciertamente todos aquellos hombres que no tienen conocimiento de Dios, y que de todas estas cosas y criaturas buenas que están viendo, no han podido llegar a conocer al que verdaderamente existe. Pero yo no estaba ya comprendido en el número de aquellos hombres vanos. Ya había pasado más adelante de aquella vanidad e ignorancia; y por la contestación de todas vuestras criaturas, había hallado que Vos érais nuestro Creador, juntamente con vuestro divino Verbo, por el cual criasteis todas las cosas, el cual eternamente dimanando de Vos es Dios, que con Vos y el Espíritu Santo no hace más que un solo Dios verdadero.

Hay otra clase de gentes impías y pecadoras, que habiendo conocido a Dios, no le glorifican como a Dios, ni le dan las gracias que le son debidas. También en esta impiedad había yo caído; pero vuestra diestra me recibió y levantó, y además de sacarme de aquel atolladero, me puso en lugar acomodado y propio para que convaleciese de tan peligrosa caída; porque me hicisteis saber aquella sentencia en que dijisteis al hombre: Mira que la piedad es verdadera sabiduría; y también aquella otra: No quieras parecer sabio; porque los que dicen que son sabios, ellos mismos se hacen necios. Por lo cual es cierto que ya había hallado aquella perla preciosa, que había de comprarse vendiendo cuanto tuviese, pero aún no me resolvía a ejecutarlo.

NOTA

1. San Simpliciano fue enviado por san Dámaso a Milán, para que ayudase a san Ambrosio, recién electo obispo de aquella Iglesia. Era muy sabio, había hecho muchos viajes para instruirse en varias materias, y no cesaba de leer y de estudiar. San Ambrosio le dedicó varias obras suyas; y le sucedió a san Ambrosio en el obispado, al

cual fue promovido en el año 397. Era grande la fama de su virtud y sabiduría, como insinúa aquí san Agustín, y se conoce también porque los concilios de África y de Toledo no determinaban cosa alguna de importancia, sin haberla tratado y consultado antes con san Simpliciano. Murió lleno de años y méritos por el mes de mayo del año 400. Toda la religión agustiniana reza de él en el día 13 de agosto.

CAPÍTULO II

De cómo Victorino, célebre orador romano, se convirtió a la fe de Jesucristo.

3. Fui, pues, a buscar a Simpliciano, que había sido padre espiritual de Ambrosio (ya entonces obispo), por cuanto en el bautismo le había conferido vuestra gracia, a quien amaba Ambrosio verdaderamente como a padre. Le hice relación de mis extravíos, y de los rodeos y errados caminos por donde había andado. Luego que le dije cómo había leído algunos libros de los Platónicos, traducidos al latín por Victorino, que en los años anteriores fue profesor de retórica en la ciudad de Roma, y que según había oído murió cristiano; él se alegró mucho, y me dio el parabién de que no hubiese ido a dar con las obras de otros filósofos que están llenas de falsedades y engaños, propios de una ciencia enteramente mundana; pero en estos otros libros a cada paso y de todos modos se insinúa y da a conocer Dios y su divino Verbo.

Después, para exhortarme a la humildad de Cristo, escondida a los sabios, y revelada a los pequeñuelos, me propuso el ejemplo de Victorino, a quien él había tratado muy familiarmente cuando estuvo en Roma; y me refirió de él lo que no pasaré en silencio, porque contiene grandes motivos para alabar vuestra divina gracia, como es justo y debido ejecutarlo.

Contóme, pues, como aquel doctísimo anciano, y sapientísimo en todas las ciencias y artes liberales, que había leído tantas obras de filósofos, y las había criticado e ilustrado; que había sido maestro de tantos nobles senadores; que por la excelencia de su sabiduría y doctrina mereció y obtuvo que se le erigiese una estatua en la plaza pública de Roma (que es lo más glorioso que hay para los ciudadanos de este mundo); que hasta aquella edad tan avanzada había adorado y venerado los ídolos, y concurrido a celebrar las fiestas y sacrificios sacrílegos, con que casi toda la romana nobleza inspiraba ya entonces y enseñaba a todo el pueblo los monstruos de todos los dioses egipcios, y entre ellos también a Anubis con figura de perro, los cuales en alguna ocasión tomaron las armas contra Neptuno, Venus y Minerva, deidades de Roma; y ella suplicaba ahora a aquellos mismos dioses contra quienes había peleado y a quienes había vencido; que finalmente por espacio de tantos años había defendido todas estas idolatrías con su famosa elocuencia; siendo ya anciano, no se avergonzó de humillarse como un párvulo, para ser marcado por siervo de vuestro Hijo Jesucristo, y renacer como nuevo infante en la fuente del bautismo, doblando su cuello al yugo de la humildad evangélica, y sujetándose a llevar en su frente la señal de la cruz, tenida antes por oprobio.

4. ¡Oh Señor, Señor, que inclinasteis los cielos y bajasteis a nosotros, que tocasteis los montes y exhalaban humo: con qué modos o de qué manera os insinuasteis en aquel pecho!

Leía él, según me contó Simpliciano, la sagrada Escritura, y buscaba con grandísimo cuidado todas las obras que trataban de la religión cristiana, instruyéndose en ellas y decía a Simpliciano, aunque no públicamente, sino en secreto y en confianza de amigo: Sábetete, que yo ya soy cristiano; a lo que Simpliciano respondía: Yo no lo creeré, ni te contaré entre los cristianos, hasta que te vea en la Iglesia de Cristo. Pero él, como burlándose, decía: ¿Pues qué, son las paredes las que hacen cristianos a los hombres? Y esto lo repetía muchas veces, diciendo que él ya era cristiano; y otras tantas le respondía Simpliciano lo mismo que antes; pero él volvía a burlarse, con decir, que eso no lo hacen las paredes.

Temía Victorino disgustar a sus amigos, soberbios idólatras que adoraban al demonio, que por ser muy poderosos, y hallarse constituidos en la cumbre de las mayores dignidades que hay en la Babilonia de este mundo, y eran como elevados cedros del Líbano, que aún no había el Señor derribado y deshecho; juzgaba que habían de caer sobre él con más ímpetu y fuerza sus odios y enemistades.

Pero después que con su estudio y lección continua adquirió más fortaleza, temió que Cristo no le había de reconocer por suyo en presencia de los santos ángeles, si él temía confesarle ahora delante de los hombres: y conociendo que se hacía reo de un delito muy grave, en avergonzarse de recibir los Sacramentos que vuestro Verbo humillado había instituido, no habiéndose avergonzado de cooperar a los sacrílegos sacrificios y cultos inventados por la soberbia de los demonios, a quienes él soberbio también había imitado, recibiendo las sacrílegas órdenes con que se dedicaban los hombres y destinaban al culto y sacrificios de los ídolos; perdió la vergüenza que le era nociva, y le hacía perseverar en la vanidad mundana, trocándola en provechosa vergüenza de no seguir la verdad que conoció; repentinamente se resolvió, y sin pensar más en ello, dijo a Simpliciano, según este mismo contaba: Ea, vamos a la iglesia, que quiero hacerme cristiano.

Entonces, Simpliciano, no cabiendo en sí de alegría, marchó con él a la iglesia. Luego que se le catequizó y recibió toda la instrucción necesaria en los principales misterios de nuestra fe, de allí a poco dio su nombre para que se le escribiese en el catálogo de los que pedían ser reengendrados por el santo Bautismo, maravillándose Roma, y alegrándose la Iglesia. Veían esto los soberbios, y se enojaban y enfurecían, rechinaban sus dientes de cólera, y se consumían de rabia; pero vuestro siervo tenía puesta su esperanza en Vos, y no atendía a la vanidad de las doctrinas pasadas, ni a locuras tan falsas y engañosas.

5. Finalmente, cuando llegó la hora de hacer la profesión de la fe (que en Roma es costumbre hacerla en presencia de todos los fieles que concurren, con ciertas y determinadas palabras aprendidas de memoria, y pronunciadas desde un lugar eminente por los mismos que han de recibir en el bautismo vuestra gracia), le propusieron a Victorino los sacerdotes, según contaba Simpliciano, que hiciese aquella profesión de la fe secretamente, como se solía conceder también a algunos, de quienes se juzgaba que por vergüenza se retraerían de hacerlo en público; pero que él prefirió hacer la profesión de la fe y de la doctrina de su salvación públicamente y en presencia de aquella multitud de fieles, conociendo que su salvación no estaba en la retórica que enseñaba, ni en los errores que hasta entonces había profesado públicamente en Roma. Y a la verdad, ¡cuánto menos tenía que temer al manso rebaño vuestro al decir y pronunciar vuestras palabras el que usando de las suyas propias no había temido ni respetado tropas enteras de locos!

Así luego que subió al sitio determinado para hacer la profesión de la fe, todos los que allí estaban, según que cada uno le iba conociendo, mutuamente unos a otros le iban nombrando con ruidosa aclamación de enhorabuenas. Pero ¿quién había allí que no le conociese? Así entre todos formaban una voz y murmullo, con que alegres y festivos decían: Victorino, Victorino. Tan pronto como se levantó aquel murmullo con la alegría que causó a todos el verle, tan pronto cesó repentinamente con el deseo de oírle. Pronunció él con noble y excelente confianza su protestación de la fe verdadera, y todos querían arrebatarse y meterle dentro de sus corazones; y efectivamente lo conseguían con el amor y el gozo que mostraban: estos afectos eran las manos que le arrebataban y metían dentro de las almas.

NOTAS

1. Sobre las noticias y elogios de Victorino, que refiere aquí san Agustín de boca de san Simpliciano, puede añadirse lo que refiere san Jerónimo, que en el libro de los Escritores eclesiásticos dice, que se llamaba C. Mario Victorino; que era africano de nación, y que enseñó en Roma la retórica en tiempo del emperador Constantino, y hacia los últimos plazos de su vida se hizo cristiano, admirándose Roma, y alegrándose la Iglesia, como dice san Agustín. Escribió varios libros contra los arrianos, y también unos comentarios sobre las epístolas de san Pablo.

2. En el texto latino dice el Santo: *Omnigenumque deum monstra*, el Anubim latralorem, que es puntualmente el verso de Virgilio: *Omnigenumque deum monstra, et latrator Anubis*. Y le llama latrator, porque Anubis en lengua egipciaca es lo mismo que perro en lengua castellana; y debajo de la figura de perro adoraban a Mercurio, como dice Servio sobre el citado verso de Virgilio (*Aen.* 8). Otros explican de otro

modo esta fábula, diciendo que Anubis era un famoso capitán hijo de Osiris, que siguiendo a su padre en las expediciones que hizo (como de Hércules se dice que iba cubierto de la piel de un león) él se cubrió con la de un perro, y le tenía por su divisa; y que de aquí provino que los egipcios diesen la preferencia al perro entre los demás animales de que ellos formaban su apoteosis; pero que perdieron esta preferencia, cuando habiendo Cambises hecho matar y arrojar al dios Apis, fue el perro el único que se le comió. No obstante perseveró el culto del perro en Cinópolis, que era la ciudad capital (y quiere decir ciudad de perros), que estaba consagrada a aquel animal, y sus habitantes conservaban un fondo considerable, de donde se sacaba para el sagrado alimento de los perros, como dice Diodoro Sículo, libro 4.

3. Los romanos, y generalmente todos los gentiles, creían que cada reino, cada estado, cada provincia, cada ciudad, y en una palabra, cada lugar, estaba bajo la protección de algunas deidades particulares, que velaban para su conservación. No obstante, los romanos peleaban contra todos aquellos reinos, ciudades y pueblos, los sujetaban y triunfaban de ellos; y por consiguiente triunfaban de aquellos dioses que eran protectores de aquellos lugares, y se tenían por vencedores de ellos. Sobre cuyo supuesto se funda la sátira que les hace a los romanos san Agustín ya en este cap. diciendo, que Roma suplicaba y ofrecía sacrificios a aquellos mismos dioses contra quienes había peleado en otro tiempo, y a quienes había vencido, y ya también en el lib. 1 de la Ciudad de Dios, cap. 3, donde los satiriza del mismo modo, haciéndoles ver la inconsecuencia con que procedían en sus idolatrías, pues les atribuían poder para defenderlos a ellos, cuando no le habían tenido para defenderse a sí mismos de ellos, ni para defender aquellos pueblos de quienes se suponían protectores, y habían sido vencidos y avasallados por los romanos. Con lo cual se entenderá bien todo este pasaje de san Agustín, que se les hacía oscuro a los que no tienen alguna tintura de mitología.

4. Como en aquel tiempo no se daba el Bautismo por lo común sino en los sábados de la vigilia de Pascua y de Pentecostés, aquellos que habían de recibirlo, eran obligados a dar antes su nombre, para que se les pusiese en la matrícula de los que habían de ser bautizados, y el obispo y clero hiciesen con ellos aquellas diligencias preparatorias, exámenes, escrutinios y ceremonias que se usaban, como se ha insinuado en el cap. ix del libro i, y se dirá más abajo.

5. La ciencia de Victorino y sus escritos, sus discípulos, y la estatua que se había erigido para su memoria en la plaza de Trajano, le hacían sumamente célebre y famoso. Él profesó la retórica en Roma, no solamente bajo el imperio de Constantino, como se ha dicho antes, sino también en el imperio de Constancio y de Juliano apóstata. El tratamiento que se le daba era de clarísimo; título que no se daba sino a los senadores, y a las personas de la primera distinción y clase.

CAPÍTULO III

Como Dios y los santos ángeles se alegran mucho de la conversión de los pecadores.

6. ¡Oh buen Dios! ¿De dónde, Señor, proviene que un hombre se alegra mucho más de la salud de un alma que estaba sin esperanza de vida, o que se ha libertado de un peligro grande; que si siempre hubiera estado con esperanza de su salud eterna, o hubiera sido menor el peligro en que se hallaba? También Vos, Señor, Padre misericordioso, mostráis mayor alegría por un solo pecador que hace verdadera penitencia, que por noventa y nueve justos que no la necesitan. Y nosotros con mucho regocijo oímos decir a san Lucas cuán grande es la alegría de los ángeles, viendo que la oveja perdida vuelve a su rebaño llevándola el pastor sobre sus hombros; y cómo dan el parabién las vecinas a la mujer que halló aquella dracma que había perdido, y se vuelve a guardar en vuestro tesoro: y nos hace llorar de puro gozo la grande fiesta que hay en vuestra casa, cuando en ella se refiere de vuestro hijo menor: que había muerto y resucitó; que se había perdido y que volvió a aparecer. Lo cual demuestra que Vos, Dios mío, os alegráis en nosotros, y en vuestros ángeles en cuanto santificados por una caridad santa; porque Vos, considerado solamente en Vos, siempre sois el mismo sin mudanza ni variedad alguna, que siempre y de un mismo modo conocéis todas las cosas, aunque ellas no sean siempre, ni de un mismo modo existan.

7. Pues ¿qué es, Dios mío, lo que pasa en el alma, cuando se alegra mucho más con las cosas que ama, si las halla o recobra, que si siempre las hubiera poseído sin perderlas? Y esto mismo lo contestan también las demás cosas, todas llenas de testimonios y ejemplos que lo comprueban, clamando y diciendo: Así sucede, así es.

Triunfa un emperador cuando ha vencido; y no venciera, si no hubiera peleado; y cuanto mayor fue el peligro en la batalla, tanto es mayor en el triunfo la alegría.

Acomete una tempestad a los navegantes; y al verse amenazados del naufragio, todos se ponen pálidos del miedo de la muerte que consideran cercana; pero serénase el cielo y tranquilízase el mar, y todos se regocijan sumamente, porque también sumamente temieron.

Cae enferma una persona amada, y el pulso indica una calentura maligna y peligrosa; con lo cual todos los que desean su salud enferman igualmente, en cuanto a la pena y sentimiento que tienen en su alma. Hállase mejor y fuera de peligro; pero todavía no

se ha restablecido ni ha recobrado sus antiguas fuerzas; y se alegran mucho más de aquella mejoría, que de la salud y robustez que antes gozaba.

Aun los mismos deleites comunes y ordinarios de la vida humana los consiguen los hombres, mediante algunos disgustos y molestias, no de las imprevistas y que les sobrevienen sin quererlas, sino procuradas y buscadas voluntariamente y de propósito. No hay deleite en el comer y beber, sin que preceda la molestia del hambre y de la sed, y por esto los bebedores de vino comen algunos bocadillos salados, con que se excita una sequedad y ardor molesto, que con beber se apaga, y al apagarse deleita. También es costumbre bien establecida, que las mujeres tratadas de casar no las entreguen sus deudos y parientes a los que han de ser sus maridos, inmediatamente que se hayan desposado; para que suspirando por ellas algún tiempo mientras son sus esposos, las amen y estimen más cuando maridos.

8. Esto mismo sucede en el deleite que es torpe y execrable; esto mismo en el que es lícito y permitido; esto mismo en la más pura, honesta y sincerísima amistad, y finalmente esto mismo sucedió en la conversión de aquel que estaba muerto y resucitó, que se había perdido y apareció. Siempre a la mayor alegría precede mayor molestia. Mas ¿de qué proviene esto, Dios y Señor mío, cuando Vos no solamente sois para Vos mismo un sumo gozo inalterable y eterno, sino también algunas criaturas reciben de Vos y en Vos una alegría y felicidad perpetua? ¿En qué consiste que en las cosas de acá bajo hay esta alternativa de atrasos y adelantamientos, de enemistades y reconciliaciones? ¿Es acaso esta variedad propia de su ser y lo que solamente concedisteis a estas cosas, cuando desde lo más alto de los cielos hasta lo más profundo de la tierra, desde el principio del tiempo hasta el fin de los siglos, desde el ángel supremo hasta el más vil gusanillo, desde el primer movimiento que hubo hasta el último que ha de haber, ordenasteis todos los géneros de bienes, y todas vuestras obras cabales y perfectas, dándoles a todas sus convenientes lugares, y distribuyéndolas en sus propios tiempos? ¡Ay de mí, Dios mío! ¡Qué investigable grandeza tenéis en las cosas grandes, y qué impenetrable profundidad en las pequeñas! ¡Vos nunca os apartáis de vuestras criaturas: y con todo eso apenas andamos lo bastante para llegar a Vos!

CAPÍTULO IV

Por qué razón debemos alegrarnos más con la conversión de aquellos pecadores, que son personas nobles y principales.

9. Ea, Señor, hacedlo Vos todo: excitadnos, y volved a llamarnos: encendednos y arrebatadnos: arded en nosotros, y comunicadnos vuestras dulzuras, para que os amemos, y corramos tras de Vos.

¿No es cierto que vuelven a Vos muchos que estaban en un abismo de ceguera más profundo que aquel en que se hallaba Victorino, y se acercan a Vos y son iluminados, recibiendo aquella luz que a los que la reciben les da juntamente potestad para hacerse hijos vuestros? Pero si estos que se convierten a Vos son poco conocidos en los pueblos, aun aquellos pocos que los conocen reciben menor alegría; porque cuando la alegría es de muchos, viene a ser mayor en cada uno de ellos, porque se la aumentan y comunican mutuamente los unos a los otros. A esto se añade, que la conversión de los muy conocidos y famosos es de grande peso y autoridad, para que muchos procuren su salvación, y vengan también muchos a seguir su ejemplo. Por esto aun aquellos que los han precedido se alegran mucho con la conversión de semejantes sujetos, porque la alegría que reciben no es por ellos solos, sino por todos los demás que han de imitarlos. No quiero decir con esto, que en vuestra casa, Señor, sean más bien recibidas las personas ricas y nobles, que las pobres y plebeyas; pues antes bien Vos mismo elegisteis los endeble y flacos del mundo, para confundir los fuertes y poderosos; y las cosas viles y despreciables de este mundo, y que son como si no fueran, las escogisteis para deshacer con ellas las que son principales en la estimación del mundo.

Pero no obstante esta doctrina, el mismo Apóstol por cuya boca nos enseñasteis estas verdades, el cual se llama a sí mismo el menor de vuestros Apóstoles, teniendo antes el nombre de Saulo, quiso tomar el de Pablo para blasón y señal de aquella grande victoria que consiguió, cuando con las armas de su predicación venció y domó la soberbia del procónsul Pablo, y le redujo a sujetarse al suave yugo de vuestro Hijo Jesucristo, y a ser fiel vasallo y tributario humilde del Rey de todos los reyes. Porque más vencido queda el enemigo del género humano, cuando se le quita uno a quien tenía más poseído, y por quien poseía otros muchos; y cuanto más poseídos tiene a los grandes por su orgullo y soberbia, tanto más por el influjo de estos posee a otros por medio de su ejemplo y autoridad.

Por eso, cuanto más gustosamente se consideraba el estado presente de Victorino, cuya alma había sido antes un castillo inexpugnable del que el demonio se había enseñoreado, y de cuya lengua se había servido como de grande y aguda saeta para matar a muchos; tanto mayores demostraciones de gozo y alegría debían hacer vuestros hijos los fieles, viendo al fuerte aprisionado ya por nuestro Rey poderoso, que después de quitarle los despojos que había hecho, y las armas de que se había servido, lo lavó y purificó todo, para que no solamente se pudiese emplear en honor vuestro, sino también ser útil y provechoso para cualquier obra buena.

NOTA

1. De este mismo sentir es San Jerónimo, diciendo que el Apóstol tomó entonces el nombre de Pablo, para memoria del triunfo grande que había conseguido, mediante la gracia y favor de Jesucristo Señor nuestro, convirtiendo a la fe al dicho Paulo Sergio, procónsul de la isla de Chipre; lo cual sucedió en el año 45 de Jesucristo. Otros dan otras razones para que tomase el nombre de Pablo, que se pueden ver en Baronio al año 36 de Cristo.

CAPÍTULO V

Qué cosas eran las que detenían a Agustín, para no acabar de convertirse a Dios.

10. Luego que vuestro siervo Simpliciano me hizo esta relación de Victorino, me encendí en deseos de seguir su ejemplo; y con este fin me había él referido aquella historia. Pero después que prosiguió diciendo, como en tiempo del emperador Juliano se promulgó aquella ley rigurosa contra los Cristianos, en la cual se les prohibía que enseñasen letras humanas y retórica, y que Victorino conformándose con dicha ley, quiso más abandonar la cátedra en que enseñaba la elocuencia, que dejar vuestra divina palabra, con que hacéis discretas y elegantes aun las lenguas de los niños que no saben hablar: me pareció que no había sido en esto tan fuerte y valeroso Victorino, como feliz y dichoso, por hallar una ocasión tan oportuna, para dedicarse únicamente a Vos.

Esto era a lo que yo anhelaba y por lo que suspiraba; pero estaba aprisionado no con grillos ni cadenas de hierros exteriores, sino con la dureza y obstinación de mi propia voluntad. El enemigo estaba hecho dueño de mi voluntad, y había formado de ella una cadena, con la cual me tenía estrechamente atado. Porque de haberse la voluntad pervertido, pasó a ser apetito desordenado; y de ser este servido y obedecido, vino a ser costumbre; y no siendo esta contenida y refrenada, se hizo necesidad como naturaleza.

De estos como eslabones unidos entre sí se formó la que llamé cadena, que me tenía estrechado a una dura servidumbre y penosa esclavitud.

Y aquella nueva voluntad que comenzaba yo a tener de serviros graciosamente y gozar de Vos, Dios mío, que sois el único y verdadero gozo, no era bastante fuerte todavía para vencer la otra voluntad primera, que con el tiempo se había hecho robusta y poderosa. Así estas dos voluntades, una antigua y otra nueva, aquella carnal, esta otra espiritual, batallaban entre sí, y con esta discordia disipaban y destruían a mi alma.

11. Este combate que yo experimentaba en mí mismo me hacía entender claramente aquella sentencia que había leído en el Apóstol, que refiere como la carne tiene deseos contrarios al espíritu, y el espíritu los tiene contrarios a la carne. Yo verdaderamente era el que obraba en uno y otro deseo; pero más estaba yo en aquel que aprobaba en mí mismo, que en el otro que en mí desaprobaba; por cuanto en este mi voluntad no obraba con la misma eficacia, pues por la mayor parte más era padecerlo con repugnancia y violencia, que ejecutarlo espontáneamente. Pero ello es cierto que yo había sido la causa de estas superiores fuerzas, que la costumbre tenía

contra mí; pues queriendo yo, había llegado a un estado en que no quisiera hallarme. Y siendo esto así, ¿cómo pudiera con razón quejarme del estado en que me veía, siendo una pena justa que corresponde al que peca?

Ya no me podía valer aquella excusa con que antes solía persuadirme a mí mismo, que el no acabar de despreciar el mundo y dedicarme a serviros, consistía en que aun no estaba cierto de haber hallado la verdad; porque entonces ya lo estaba. Mas atado todavía a las cosas de la tierra, rehusaba alistarme en vuestra sagrada milicia; y tanto temía el librarme de todos los impedimentos que me lo estorbaban, cuanto debiera temer el no estar libre de ellos.

12. Así con la pesada carga de las cosas del mundo me hallaba gustosamente oprimido, como sucede con un pesado sueño; así como los pensamientos con que meditaba en Vos, eran semejantes a los esfuerzos que hacen para despertar los que están muy dormidos, que no pudiendo vencer aquella gana vehemente de dormir, vuelven a sumergirse en lo profundo del sueño. Y del mismo modo que no hay hombre alguno que quisiese estar siempre durmiendo, enseñándonos el buen juicio que es mejor velar que dormir; mas esto no obstante dilata algunas veces el hombre el sacudir el sueño, cuando le tiene rendido, ocupados y entorpecidos sus miembros; y aunque le desagrade dormir tanto, y sea llegada la hora de levantarse, vuelve a tomar el sueño con más gusto; así yo estaba muy cierto de que era mejor entregarme a vuestro amor, que rendirme a mis deseos y apetitos. Aquello me agradaba, pero sin acabar de vencerme; y estotro tanto me deleitaba, que me ataba.

No tenía verdaderamente qué responderos, cuando os dignabais decirme por el Apóstol: Levántate de ese profundo sueño en que te hallas, acaba de salir de entre los muertos, y recibirás la luz de Jesucristo. Y como por todas partes me hacíais conocer que todo cuanto me decíais era verdad; convencido de ella no tenía absolutamente qué responder, sino aquellas palabras lentas y soñolientas: Luego al punto, sí, luego al instante: déjame estar otro ratito. Pero este luego no tenía término, y el déjame otro ratito iba muy largo.

En vano me deleitaba en vuestra ley con mi alma, que es el hombre interior; porque otra ley que reside en los miembros corporales, repugnaba y contradecía a la ley de mi espíritu, y me llevaba cautivo a la del pecado, la cual estaba en los miembros de mi cuerpo. Porque ley es del pecado la fuerte violencia de una costumbre, que arrastra y sujeta al alma a pesar suyo, en justa pena de haber ella caído voluntariamente en aquella costumbre.

Pues hallándome en tan miserable estado, ¿quién me había de librar del cuerpo de esta muerte, sino vuestra divina gracia por los méritos de Jesucristo Señor nuestro?

CAPÍTULO VI

Cuéntale Ponticiano la vida de San Antonio Abad

13. También quiero referir el modo con que me librasteis de aquel lazo estrechísimo con que el deseo de mujer me tenía fuertemente atado, y de la servidumbre en que me tenían los cuidados y negocios seculares, para alabar por ello vuestro nombre, Dios y Señor mío, mi amparo y Redentor.

Vivía yo padeciendo siempre mayores congojas, y todos los días suspiraba en vuestra presencia; frecuentaba vuestra iglesia cuanto me lo permitían los negocios y ocupaciones que tenía sobre mí, y bajo de cuyo peso gemía.

Estaba conmigo Alipio, desocupado entonces, y sin tener que trabajar en su empleo y facultad de jurista, después de haber sido tres veces asesor del magistrado; y aguardando otros a quienes vender sus pareceres y consejos, así como yo vendía la elocuencia, si alguna se puede comunicar con enseñarla.

Nebridio no pudo negar a nuestra amistad el encargarse de sustituir la cátedra de gramática que tenía Verecundo, familiarísimo amigo nuestro, y ciudadano de Milán; el cual deseaba mucho, y lo pedía encarecidamente por la ley de nuestra amistad, que alguno de nosotros le ayudase fielmente en aquel ministerio, porque lo necesitaba en extremo. Nebridio, pues, aunque se encargó de esto, no fue movido de interés, ni por el deseo de mayores conveniencias; porque si él quisiera aprovecharse para eso de su literatura, las hubiera logrado mucho más ventajosas; sino que por ser él un amigo dulcísimo y suavísimo, no quiso desatender nuestra súplica, sino condescender a nuestro ruego por este acto de su benevolencia. Se portaba Nebridio en aquel cargo con gran prudencia y cautela, precaviéndose de ser conocido de los grandes y poderosos del mundo, y evitando todo lo que por causa de ellos pudiera inquietar a su espíritu, al cual quería tener libre y desembarazado de otros asuntos, para emplearle cuantas más horas pudiese en inquirir, en leer, o en oír alguna cosa perteneciente a la sabiduría.

14. Un día, pues, estando ausente Nebridio (no me acuerdo por qué causa) vino a nuestra casa, donde estábamos Alipio y yo, un paisano nuestro, porque era natural de África, llamado Ponticiano, sujeto principal y distinguido en palacio; y no sé por cierto qué era lo que nos quería. Sentémonos para hablar; y sobre una mesa de juego que había delante de nosotros, había por casualidad un libro. Viole Ponticiano, le tomó, le abrió, y halló que eran las cartas de san Pablo; lo que le sorprendió mucho, porque él

juzgó que sería alguno de los libros de retórica, cuya profesión me agobiaba y consumía. Entonces él se sonrió hacia mí, mirándome como quien se complacía, y me daba la enhorabuena; pero extrañando y admirándose de que cogiéndome desprevenido, hubiese encontrado delante de mí aquel libro; y ese único y solo, pues él era fiel cristiano, y muy a menudo acudía a vuestra iglesia, Dios mío, donde postrado ante vuestra divina Majestad, os hacía frecuentes y largas oraciones. Así fue que habiéndole yo dicho que aquellas escrituras me ocupaban con preferencia a todo otro cuidado, comenzó a hablarnos de Antonio, monje de Egipto, cuyo nombre era famoso y celebrado entre vuestros siervos, aunque hasta entonces había sido ignorado de nosotros. Viendo él que esta especie nos era tan nueva, se detuvo y extendió más en la plática, para hacernos conocer tan grande hombre, de quien estábamos enteramente ignorantes, admirándose él de esta ignorancia nuestra. Nosotros nos espantábamos oyendo la relación de tantas y tan estupendas maravillas, como acababais de obrar en el gremio de los que profesan la verdadera fe, y dentro de la católica Iglesia; las cuales además de ser muy probadas y certísimas, estaban tan recientes, que habían sucedido casi en nuestros días. Por eso nos admirábamos a un tiempo nosotros y Ponticiano: nosotros, por ser aquellas cosas tan grandes y extraordinarias; y él, porque eran para nosotros tan nuevas e inauditas.

15. De aquí vino a parar su conversación en tratar de los muchos monjes congregados en los monasterios, de las costumbres y método de vida que observan los que siguen más de cerca vuestra divina ley; y finalmente de los muchos penitentes, virtuosos y santos varones, que poblaron las soledades del yermo; de todo lo cual no sabíamos nosotros cosa alguna. Y no solo esto, sino que en la misma Milán, fuera de los muros de la ciudad, había un monasterio lleno de buenos y virtuosos frailes, de cuya dirección y sustento cuidaba el obispo Ambrosio; y tampoco lo habíamos sabido. Proseguía Ponticiano hablando aún del mismo asunto, y nosotros le oíamos con atención y silencio, contándonos entre otras cosas, que hallándose una vez en la ciudad de Tréveris, mientras que el emperador asistía al espectáculo de los juegos circenses, que se tenían después del mediodía, se había salido con otros tres amigos y compañeros suyos a pasear por unas huertas que estaban contiguas a los muros de la ciudad, y que estando en ellas, se pusieron a pasear de dos en dos, según los combinó entre sí la casualidad. Ponticiano con uno de ellos echó por una parte, y los otros dos echaron por otra, y se fueron alejando los unos de los otros. Los primeros siguiendo su paseo sin rumbo ni camino determinado, vinieron a parar en una pobre casilla en que habitaban algunos de vuestros siervos que profesan la pobreza de espíritu, de los cuales es el reino de los cielos, y allí encontraron un libro en que estaba escrita la vida del santo abad Antonio. Comenzó a leerla el uno de ellos, y comenzó también a admirarse, y a encenderse en devoción: al mismo tiempo que leía, iba pensando en abrazar aquel género de vida, para emplear la suya en serviros a Vos únicamente;

dejando todos los empleos y ocupaciones del siglo, donde eran aquellos dos compañeros agentes de negocios. Y repentinamente lleno de un amor santo y religioso pudor, enojándose contra sí mismo volvió los ojos para mirar al otro amigo suyo, hablándole de este modo: «Ruégote, hombre, que me digas ¿a dónde aspiramos y pretendemos llegar nosotros con todas nuestras fatigas y trabajos? ¿qué es lo que buscamos? ¿cuál es el fin con que seguimos la corte? ¿podrá nuestra esperanza prometerse mayor fortuna en palacio, que llegar a ser amigos del emperador? ¿y qué hay en ese punto que no sea frágil, de corta duración y lleno de peligros? ¿y por cuántos peligros hay que pasar precisamente para llegar a ese peligro más grande? ¿y cuánto tiempo fuera necesario para conseguir eso, siendo así que si quiero ser amigo de Dios, en este mismo instante lo puedo ser?»

Dichas estas palabras, y como atribulado con el proyecto que había concebido de mudar de vida, volvió los ojos al libro, y conforme iba leyendo, se iba mudando en su interior, a donde solamente vuestros ojos podían penetrar, y su alma se iba desnudando de los afectos del mundo, como se mostró después. Porque mientras leyó y se agitó su corazón con las olas de varios afectos y pensamientos, dio algunos grandes sollozos y suspiros, y conoció claramente lo que le estaba mejor; y determinó seguirlo; y hecho ya amigo vuestro habló de esta suerte al otro amigo suyo: «Yo estoy ya enteramente separado de todo lo que hasta ahora fue el objeto de nuestras esperanzas; estoy resuelto a servir a Dios, y quiero comenzar desde este punto, y en este mismo sitio. Si tú no te hallas en estado de seguir mi ejemplo, no quieras oponerle a mi designio.» El otro le respondió, que quería serle compañero en tan digna servidumbre, y en recibir el gran premio que le corresponde. Así quedándose entrambos a ser vuestros siervos, comenzaron a edificar la torre de perfección evangélica con el caudal que tenían proporcionado para la obra, y consistía en dejar todas las cosas del mundo, y seguiros a Vos.

Mientras tanto Ponticiano y su compañero, que se paseaban por otras partes de la huerta, después de haberlos andado buscando algún tiempo, llegaron a aquella misma casilla; y habiéndolos hallado, les dijeron que ya era hora de volverse, porque se iba acabando la tarde. Pero ellos, después de referirles la determinación y propósito que tenían, y el modo con que había comenzado aquella voluntad, y llegado a ser firme resolución; les suplicaron, que si no querían quedarse a acompañarlos, no les molestasen tirando a disuadirlos. Mas estotros, no moviéndose con nada de esto a mudar su método antiguo, se lloraron a sí mismos por verse tan poco fervorosos, como Ponticiano refería; y después de darles piadosas enhorabuenas por su determinación, y encomendarse a sus oraciones, llevando el corazón inclinado a lo terreno, se volvieron a palacio; quedándose los otros dos en la casilla con sus corazones fijados en el cielo.

Y es de notar, que estos dos estaban ya desposados; y luego que sus esposas supieron aquella determinación de los que habían de ser sus maridos, imitaron su ejemplo, y consagraron a Vos, Dios mío, su virginidad.

NOTAS

1. Diciendo san Agustín, que Ponticiano *praeclarus in palatio militabat*, da a entender, que tenía uno de los empleos más honoríficos de palacio. Porque primeramente se ha de suponer, que entre los romanos todo oficio y servicio público se llamaba entonces militia, y el ejercerle militare; y que solamente había tres géneros de servir o militar de este modo: el primero y más honroso era el militar o servir en palacio, y se llamaba militia Palatina; el segundo era el militar y servir en todo lo concerniente a la guerra, y se llamaba militia castrens sive armata; y el tercer género venía a ser el seguir la carrera de las letras, como leyes, artes, etc., y se llamaba militia cohortalis sive togata, a cuya clase pertenecían los jueces, prefectos, presidentes, abogados, curiales y otros semejantes, como dicen Gotofredo y Valesio, citados de Selvagio, en las Antigüedades cristianas, lib. 1, p. 2, c. 4, §111, n.10. De donde infiero, que Ponticiano, que seguía la milicia o servidumbre palatina, era uno de los sujetos más visibles y condecorados de palacio.
2. En este monasterio fue donde Joviniano y otros compañeros de su impiedad estuvieron algún tiempo, disimulando con el nombre católico su maldad, y cubriendo con el hábito de frailes sus perversas intenciones. Pero a poco tiempo, como dice Baronius, los arrojó de sí aquella santa casa, como el mar arroja los cadáveres a la orilla. Baronius A. C. 382. También allí profesaron la vida monástica Sarmaciano y Barbación, que dieron mucho que sentir al gran Padre san Ambrosio y al prelado de dicho monasterio, por la vida desreglada que tenían y la mala doctrina que enseñaban.
3. Agentes de los negocios del emperador. No se ha de entender que fuesen semejantes a los que ahora llamamos agentes de negocios, porque estos solo tienen los poderes y hacen las veces de toda clase de personas particulares; pero el empleo de aquellos consistía en llevar ellos mismos las órdenes del emperador, y hacerlas obedecer y ejecutar. Había cinco clases de estos agentes: ducenarios, centenarios, biarcos, circitores y caballeros. Véase al citado Gotofredo sobre el Cod. Theod. titul. 1, p. 161, etc.

CAPÍTULO VII

Cómo interiormente se deshacía Agustín, al oír esta relación de Ponticiano

16. Todo esto nos contaba Ponticiano, y mientras él lo estaba refiriendo, Vos, Señor, me obligabais a que volviese en mí y me considerase; haciendo que todo el feo semblante de mi mala vida que yo había echado a las espaldas por no verme, se me pusiese delante de mí, para que viese cuán feo era, cuán descompuesto y sucio, manchado y lleno de llagas. Yo me veía y me horrorizaba, y no tenía a dónde huir de mí mismo. Si procuraba apartar de mí la vista, prosiguiendo Ponticiano su relación, volvíais a ponerme enfrente de mí, y hacíais que me viese y me mirase a mí mismo, para que claramente conociese mi maldad y la aborreciese. Bien la conocía yo; pero disimulaba: pasaba por ella, y la olvidaba.

17. Sin embargo, en aquella ocasión, cuanto más me encendía en amor de aquellos de quienes oía tan santos y saludables ejemplos, porque enteramente se habían entregado a Vos para que los sanárais, tanto más me abominaba y aborrecía a mí mismo, comparándome con ellos. Porque ya habían pasado muchos años (creo que eran doce) desde que a los diecinueve de mi edad, habiendo leído el Hortensio de Cicerón, me sentí excitado al amor y deseo de la verdadera sabiduría; pero desde entonces había ido dilatando el dedicarme a investigar, mediante el desprecio de toda felicidad terrena; siendo así que aquella sabiduría es tan grande, que no solamente su adquisición, sino también su inquisición se debe anteponer a la posesión de los tesoros y reinos del mundo, y a toda especie de deleites que voluntaria y abundantemente pueda gozar el cuerpo. Mas yo infeliz joven, y en sumo grado infeliz, desde el principio mismo de mi juventud os había pedido castidad, diciendo: Dadme, Señor, castidad y continencia, pero no ahora. Porque yo temía que despachaseis luego al punto mi petición, y luego al punto me sanaseis de la enfermedad de mi concupiscencia; la cual más quería verla saciada que extinguida. Y además de eso, había seguido las torcidas sendas de una religión y doctrina supersticiosa y sacrílega; no de suerte que asintiese a ella con certidumbre, sino prefiriéndola a las demás doctrinas ciertas, las cuales en vez de investigarlas con piedad, las impugnaba con ojeriza y encono.

18. También antes me había parecido, que el motivo que me hacía diferir de día en día el seguirs a Vos únicamente, despreciando la esperanza del siglo, era porque no se me descubría alguna cosa cierta hacia donde pudiese yo enderezar los pasos de mi vida. Pero al fin llegó el día en que mi corazón se me manifestase desnudo y sin

rebozo, y mi conciencia me reprendiese, diciendo: ¿Qué respondes ahora? Tú decías, que por no tener certeza de la verdad, rehusabas arrojar de ti la pesada carga de la vanidad. Ya al presente conoces la verdad, y todavía la vanidad te oprime: cuando otros que ni se han consumido como tú inquiriendo la verdad, ni han gastado diez años y más en reflexiones y disgustos para hallarla; en lugar de sentir peso en sus hombros, han cobrado alas con que volar en su seguimiento. De este modo me consumía interiormente, y se cubría mi alma de una vehemente y horrible confusión y vergüenza, mientras que Ponticiano refería aquellas cosas.

Pero acabada la plática, y concluido el negocio a que venía, se volvió a marchar. Y yo vuelto a mí entonces, ¿qué cosas no dije contra mí? ¿Con qué aspereza de sentenciosas palabras no castigué y estimulé a mi alma, para que ella ayudase los esfuerzos que yo hacía para irme tras de Vos? Ella lo rehusaba y resistía, pero no se excusaba. Todos los argumentos y pretextos que hasta entonces había alegado, estaban ya confutados y deshechos; y le había quedado solamente un temor mudo que no explicaba, y consistía en que temía, como el morir, el apartarse de la corriente de su costumbre, que la consumía y llevaba a la perdición eterna.

CAPÍTULO VIII

Cómo Agustín se retiró a un huerto de su casa, y lo que en él le sucedió

19. Entonces en medio de aquella gran contienda que en lo más íntimo de mi corazón había yo excitado y sostenido fuertemente con mi alma, lleno de turbación así en el ánimo como en el rostro, me volví hacia Alipio atropelladamente, y exclamé diciendo: ¿Qué es esto que pasa por nosotros? ¿Qué es lo que nos sucede? ¿Qué es esto que has oído? Se levantan de la tierra los indoctos, y se apoderan del cielo; ¿y nosotros con todas nuestras doctrinas sin juicio ni cordura, nos estamos revolcando en el cieno de la carne y sangre? ¿Por ventura nos da vergüenza el seguirlos, porque ellos van delante de nosotros? ¿Y no tendremos vergüenza siquiera de no seguirlos?

Dije no sé qué otras cosas a este modo, y arrebatado del ímpetu de mi interior congoja me aparté de Alipio, que sin hablarme palabra atónito y espantado me miraba, ya porque no hablaba yo las cosas que solía, ya porque echaba él de ver que con mi semblante, con las mejillas, con los ojos, con el color, con el tono de la voz explicaba yo más bien el estado de mi alma que con las palabras y sentencias que decía.

Había un pequeño huerto en la posada donde estábamos, del cual como también de toda la casa usábamos libremente, porque nuestro huésped y dueño no habitaba en ella. A este huerto me condujo el desasosiego de mi corazón, para que nadie impidiese la encendida guerra que contra mí mismo había yo comenzado, hasta que se acabase del modo que solo Vos sabíais; pues yo mismo lo ignoraba, y no hacía más que enloquecerme con una locura que me era saludable, y padecer las ansias de una muerte que me daba la vida, conociendo solamente lo que en mí había de malo, e ignorando lo que de allí a poco había de tener de bueno.

Retiróme, pues, al huerto, siguiéndome Alipio sin apartarse de mí un paso, porque aunque él estuviese conmigo, no me estorbaba para estar solo. ¿Y cómo había de dejarme, viéndome en aquel estado? Sentémonos lo más lejos que pudimos de la casa, y allí bramaba yo enfurecido e irritado contra mí mismo, reprendiéndome con un enojo inquietísimo el que retardase el ir a abrazarme con Vos, Dios mío, cumpliendo vuestra voluntad y ley, como todos mis sentidos interiores y exteriores, todas mis facultades y potencias me persuadían y clamaban que debía ejecutarlo, elevando hasta el cielo con los mayores elogios esta noble empresa; siendo así que el ir a Vos no había de ser con naves ni carrozas, ni siquiera había que andar tan pocos pasos como los que habíamos dado desde la casa hasta el paraje en que estábamos. Porque no

solo para ir caminando hacia Vos, sino también para llegar a Vos, bastaba solamente el querer ir, siendo un querer perfecto y eficaz, y no una voluntad mudable y achacosa, que de una parte a otra anda variando agitada y sin firmeza, cuya parte inferior y superior están desavenidas y luchando una con otra.

20. Finalmente, entre las ansias que padecí en aquel tiempo que tardé en resolverme, ejecuté con los miembros de mi cuerpo muchas y varias acciones, que algunas veces quieren los hombres ejecutarlas y no pueden, o porque les fallan aquellos miembros, o porque los tienen aprisionados, o sin bastantes fuerzas por alguna enfermedad, o por tenerlos de cualquier modo impedidos. De modo, que si en aquel lance me arranqué los cabellos, si me herí la frente, si con las manos cruzadas me apreté las rodillas, fueron acciones que las hice por querer yo hacerlas; y pudo haber sucedido que quisiese ejecutarlas, y no las ejecutase, porque los brazos y manos con que las había de ejecutar no me obedeciesen. Hice, pues, entonces muchísimas acciones, no obstante que no era lo mismo el querer, que el poder hacerlas; y no hacía lo que me agradaba mucho más que todo aquello sin comparación alguna; siendo así que luego que hubiera querido, hubiera podido también ejecutarlo, porque era imposible que no quisiese lo que efectivamente quería: y respecto de los actos de la voluntad lo mismo es el querer que el poder, pues aun el mismo acto de querer ya es hacer y ejecutar; con todo eso no se hacía en aquella ocasión lo mismo que quería mi voluntad.

De modo que más fácilmente obedecía el cuerpo a la más leve insinuación del alma, moviéndose todo él luego al punto a su mandato, sin resistencia ni dilación alguna, que ella propia se obedecía a sí misma en cumplir aquella grande e importante voluntad, que solamente con su voluntad misma había de cumplirse y perfeccionarse.

NOTA

1. Es menester inferir de este pasaje, que la turbación y aflicción en que se hallaba su alma en aquella lucha que tuvo consigo mismo en el huerto, le obligaba a hacer todas estas acciones que aquí dice, y otras semejantes.

CAPÍTULO IX

En qué consiste que mandando el alma en sí misma no se hace algunas veces lo que manda.

21. ¿De dónde nace este monstruoso desorden? ¿ó qué causa y razón puede haber para esto? Resplandezca sobre mí, Señor, vuestra misericordia, comunicándome algún

rayo de luz con que se disminuyan las tinieblas oscurísimas de la ignorancia, que es una de las penas y miserias de los hijos de Adán: á ver si pueden responderme á lo que he preguntado.

¿De dónde nace este monstruoso desorden? y ¿cuál es la causa ó principio de que suceda una cosa tan extraña? Manda el alma al cuerpo, y al instante es obedecida; mándase el alma a sí misma, y halla resistencia. Manda el alma que la mano se mueva, y con tanta facilidad es obedecida, que apenas se puede notar la diferencia que hay entre el mandamiento de la una y la ejecución de la otra; siendo así que el alma que manda es espíritu, y la mano que obedece es cuerpo. Manda el alma a sí misma que quiera alguna cosa, y no obstante que no hay distinción entre quien lo manda y quien lo ha de ejecutar y obedecer, no se hace ni ejecuta lo que ella manda.

Pues ¿de qué proviene este desorden monstruoso? ó ¿cómo sucede esto? Mandad alma, repito, que ella misma quiera esto ó aquello, y no lo mandaría si no lo quisiera: con todo eso no se hace lo que manda. Pero el caso es que eso mismo que ella quiere, no acaba de quererlo entera y perfectamente, con qué tampoco entera y perfectamente lo manda. Porque en tanto lo manda, en cuanto lo quiere, y en tanto deja de hacerse lo que manda en cuanto ella no lo quiere. La voluntad es la que manda que haya voluntad de aquello que manda; y no que haya otra voluntad que sea distinta de ella, sino ella misma. Con qué se conoce claramente, que la voluntad que manda así, no es completa ni cabal: por eso no se hace lo que manda. Porque si fuera la voluntad entera y perfecta, no tendría que mandar querer, porque esta voluntad actual ó este querer ya estaría hecho, ya le habría.

Con qué no es monstruosidad querer en parte y en parte no querer; sino que esta es la flaqueza y debilidad del alma, que por estar sobrecargada de su costumbre antigua no acaba de levantarse hacia donde la guía y eleva la verdad; así tiene como dos voluntades, porque ninguna de ellas es total y perfecta; de modo que el ser que tiene la una, es precisamente el ser que falta a la otra.

CAPÍTULO X

Contra los Maniqueos, que por experimentar en un sujeto a un tiempo mismo dos voluntades opuestas, inferían que había en el hombre dos naturalezas contrarias.

22. Perezcan, Dios mío, á vuestra presencia, como inventores de fábulas, y engañadores de las almas, los que viendo en sí dos voluntades opuestas en sus determinaciones, afirman que hay dos naturalezas de almas, la una buena y la otra mala. Ellos sí que son los malos, cuando afirman y establecen tan malas doctrinas; pero ellos mismos serían buenos, si dieran asenso a la doctrina verdadera y la creyesen, para que entonces les dijera vuestro Apóstol: Por algún tiempo habéis sido tinieblas, pero ya al presente sois luz en el Señor. Mas estos hombres por la locura de querer ser luz en sí mismos y no en el Señor, e imaginar y juzgar que la sustancia y el ser del alma es el mismo que el de Dios, han venido a convertirse en tinieblas mucho más oscuras y espesas; porque su arrogancia y presunción los apartó mucho más de Vos, Dios mío, que sois la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

Atended, hombres, reflexionad bien lo que decís, y avergonzaos de semejantes delirios; no dilatéis el acercaros al Señor, y os alumbrará su luz, y así os libraréis del rubor y confusión eterna que os amenaza.

Cuando yo trataba de resolverme a servir a mi Dios y Señor, como mucho tiempo había pensado, yo era el que quería, y yo era el que no quería: yo mismo, yo mismo era; pero ni del todo quería, ni del todo no quería; así peleaba contra mí mismo, y a mí mismo me deshacía y destruía. Bien cierto es, que esta disposición y destrucción se hacía contra mi voluntad; pero esto no prueba que había en mí otra naturaleza de alma enemiga, sino que muestra claramente, que aquella división era pena y castigo que mi alma padecía. Así no era yo el que causaba aquella destrucción y pena mía, sino el pecado que habitaba en mí, para castigo de otro pecado cometido más libremente, del que yo participaba por ser hijo de Adán.

23. Porque si hubiera en nosotros tantas naturalezas contrarias, como hay voluntades opuestas, ya no serían precisamente dos las naturalezas, sino muchas más. Supongamos que estuviese uno dudando si asistiría a una junta que tenían los Maniqueos, ó si iría al teatro; en cuyo lance clamarían ellos diciendo: Ved ahí claramente dos naturalezas contrarias: la una buena, que lleva al hombre a lo bueno; y la otra mala, que le lleva a lo malo. Porque sino, ¿de dónde puede nacer esta detención del hombre para escoger entre estas dos voluntades contrarias? Pero yo respondo que son malas entrambas voluntades, ya sea la que guiara a sus juntas y

conciliábulos, ya sea la que llevara al teatro; aunque ellos están persuadidos a que no puede dejar de ser buena la voluntad que nos lleva y guía hacia ellos.

Mas ¿qué dirán si ponemos el ejemplo en un católico que estuviese perplejo, porque sentía en sí dos voluntades que altercaban una con otra, haciéndole dudar si iría al teatro, ó si iría a nuestra iglesia? ¿No se hallarán también ellos perplejos, dudando lo que habían de responder? Porque ó habían de verse precisados a confesar lo que ellos no quieren, esto es, que es buena la voluntad de ir a nuestra iglesia, como van los que profesan nuestra Religión y han recibido sus Sacramentos; ó que en un solo hombre hay dos naturalezas malas, y dos malas voluntades que pelean entre sí: por tanto no será verdad lo que continuamente están ellos diciendo, esto es, que no hay más que dos naturalezas, la una buena y la otra mala; ó tendrán que rendirse a la fuerza del argumento, confesando que cuando el hombre se halla en ese estado de dudas, una sola alma es la que se ve combatida de dos voluntades contrarias.

24. Pues no tienen ya que decirnos, cuando experimentan en un mismo hombre dos voluntades opuestas una a otra, que hay en él dos almas contrarias entre sí, la una buena y la otra mala; y que como dimanadas aquellas de dos sustancias y principios contrarios, están luchando una con otra. Porque Vos, Dios mío, que sois la suma verdad, los reprobáis, redargüís y convencéis con el ejemplo de dos voluntades opuestas, que una y otra sean malas, como cuando uno está dudando si dará la muerte a otro con un veneno ó con un puñal; si entrará a destruir esta heredad ajena ó la otra de más allá, suponiendo que no puede destruir entrambas; si gastará el dinero en lujuria ó si le guardará con avaricia; si irá al circo ó si irá al teatro, cuando entrambas fiestas se dan en un mismo día al pueblo. Añado que se le proponga a su voluntad otro tercer objeto, que le haga dudar si irá a la casa ajena a cometer un hurto, teniendo ocasión oportuna para ello: añádase también otra cuarta voluntad que puede tener el hombre dudando si irá a cometer un adulterio, suponiendo que tiene proporción para todas estas cosas, que concurren todas al mismo tiempo, y que él las desee todas igualmente; sin que todas a un tiempo puedan ejecutarse. Ve aquí cuatro voluntades incompatibles entre sí y contrarias unas de otras, que dividen ó despedazan el alma en otras tantas partes, ó también en muchas más, según el número y multitud de cosas que se apetezcan al mismo tiempo; y con todo eso no suelen admitir ellos en un mismo hombre tan grande multitud de sustancias diversas ó naturalezas distintas.

Es preciso confesar lo mismo, poniendo el ejemplo en varias voluntades de objetos buenos. Porque si yo les pregunto, si es bueno divertirse un hombre en leer el Apóstol; si será bueno entretenerse en cantar con devoción algún salmo; y finalmente, si será bueno también conferenciar y tratar de las verdades del Evangelio; me responderán, que es bueno emplearse en cualquiera de estas cosas. Pues si todas estas cosas se propusiesen a un tiempo, é igualmente se aficionase la voluntad a todas ellas; ¿no es

cierto que son otras tantas voluntades, que tendrán como partido el corazón del hombre todo aquel tiempo que tardare en determinar lo que ha de escoger y seguir? Con qué todas estas voluntades son buenas; y no obstante pelean entre sí, hasta que el hombre escoja una cosa sola, a la cual se determine toda la voluntad, hecha ya una, la que antes estaba dividida en muchas.

Lo mismo sucede, cuando por una parte el deseo de los bienes eternos eleva nuestro corazón hacia el cielo, y por otra el deleite de los bienes temporales le abate hacia la tierra; porque entonces el alma que quiere lo uno y lo otro es una misma, pero ni lo uno ni lo otro lo quiere con toda su voluntad: por eso se siente despedazar cruelmente, ya por la verdad que la incita a que anteponga aquello primero, ya por la costumbre que le impide que deponga lo segundo.

CAPÍTULO XI

Lucha que experimentaba Agustín entre el cuerpo y el espíritu.

25. De este modo me veía enfermo y atormentado, reprendiéndome a mí mismo con mucha mayor aspereza que la acostumbrada y dando vueltas y más vueltas en los mismos lazos que me oprimían, hasta que se acabara de romper todo aquello por donde estaba aprisionado, que era ya muy poco, pero no obstante me tenía aún preso. Y Vos, Señor, usando conmigo de una severidad llena de misericordia, allá en lo interior de mi alma me estimulabais para que me diese prisa, redoblándome los azotes que padecía del temor y la vergüenza, para que no cesase en procurar romper aquello poco y ténue que restaba de mis prisiones; no sea que volviese a rehacerse y fortificarse, y me atase entonces más fuerte y apretadamente.

Yo decía en mi interior: Ea, hágase al instante: ahora mismo se han de romper estos lazos; y además de decir esto, deseaba ya y me agradaba ejecutarlo. Ya casi lo hacía, y realmente lo dejaba de hacer; pero no volvía a caer y enredarme en los antiguos lazos, sino que estaba parado junto a ellos, como tomando aliento para acabar de romperlos. Volvía a procurar con más esfuerzo llegar a aquel estado que deseaba, y casi estaba ya en él, casi ya le tocaba, casi ya le tenía; pero real y verdaderamente ni estaba en él, ni le llegaba a tocar, ni le tenía, por no acabar de resolverme a morir para todo lo que es muerte, y solo vivir a la verdadera vida: porque tenía mayor poder sobre mí lo malo acostumbrado, que lo bueno desusado. Finalmente, cuanto más se iba acercando aquel instante de tiempo en que había de ser ya muy otro, tanto me causaba mayor miedo y espanto; pero no me hacía retroceder ni apartarme del intento, sino suspenderme y detener el paso.

26. Las cosas más frívolas y de menor importancia, que solamente son vanidad de vanidades, esto es, mis amistades antiguas, esas eran las que me detenían, y como tirándome de la ropa parece me decían en voz baja: Pues qué, ¿nos dejas y nos abandonas? ¿Desde este mismo instante no hemos de estar contigo jamás? ¿Desde este punto nunca te será permitido esto ni aquello? Pero ¡qué cosas eran las que me sugerían, y yo explico solamente con las palabras esto ni aquello! ¡Qué cosas me sugerían, Dios mío! Apartad, Señor, por vuestra misericordia del alma de este vuestro siervo y de mi memoria aun la idea de las suciedades e indecencias que me sugerían. Pero ya las oía tan escasamente, que era mucho menos de la mitad respecto de antes; ni me contradecían como antes cara a cara, sino como murmurando a espaldas mías, siguiendo mis pisadas, y como llamándome y tirándome por detrás para que volviese a

mirarlas. No obstante, entretenían y retardaban mi fuga, por no tener yo valor para separarme de ellas con aspereza, y sacudirme de sus importunaciones, saltando y atropellando por todo para seguir mi vocación; porque la violencia de mi costumbre no cesaba de decirme: ¿Imaginas que has de poder vivir sin estas cosas?

27. Pero esto me lo decía ya con gran tibieza; porque por aquella misma parte hacia donde tenía puesta mi atención y a donde me daba miedo el pasar, se me descubría la excelente virtud de la continencia que se me representaba con un rostro sereno, majestuoso y alegre, con cuya gravedad y compostura honestamente me halagaba para que llegase a donde ella estaba, y desechase enteramente todas las dudas que me detenían: además de esto extendía sus piadosos brazos para abrazarme y recibirme en su seno lleno de gran multitud de continentes, con cuyo ejemplo me alentaba. Allí había innumerables personas de diferentes edades: allí una multitud de mozos y doncellas: allí otros muchísimos de mayor edad, venerables viudas y vírgenes ya ancianas; pero en todas estas innumerables personas no era la continencia y castidad estéril, antes bien era fecunda y abundante de alegrías y gozos espirituales, nacidos de teneros a Vos. Y la continencia, como burlándose de mí con una risa graciosa que convidaba a seguirla, parece que me decía: Pues qué, ¿no has de poder tú lo que han podido y pueden todos estos y estas? ¿Por ventura lo que estos y estas pueden, lo pueden por sus propias fuerzas o por las que la gracia de su Dios y Señor les ha comunicado? Su Dios y Señor les dio la continencia: pues yo soy dádiva suya. ¿Para qué te estribas en tus propias fuerzas, si esas no te pueden sostener ni darte firmeza alguna? Arrójate con confianza en los brazos del Señor, y no temas; que no se apartará para dejarte caer. Arrójate seguro y confiado, que él te recibirá en sus brazos y te sanará de todos tus males.

Yo me corría y avergonzaba mucho, porque todavía estaba oyendo el murmullo de aquellas fruslerías, que me tenían suspenso y sin acabar de resolverme. Entonces otra vez la continencia parece que me decía: Hazte sordo a las voces inmundas de tu concupiscencia, que así ella quedará enteramente amortiguada. Ella te promete deleites, pero no pueden compararse con los que hallarás en la ley de tu Dios y Señor.

Toda esta contienda pasó dentro de mi corazón, batallando interiormente yo mismo contra mí mismo. En tanto Alipio, que no se apartaba de mi lado, aguardaba silenciosamente a ver en qué venían a parar los desusados movimientos y extremos que yo hacía.

CAPÍTULO XII

Como se convirtió de todo punto, amonestado de una voz del cielo.

28. Luego que por medio de estas profundas reflexiones se conmovió hasta lo más oculto y escondido que había en el fondo de mi corazón, y junta y condensada toda mi miseria, se elevó cual densa nube, y se presentó a los ojos de mi alma; se formó en mi interior una tempestad muy grande, que venía cargada de una copiosa lluvia de lágrimas. Para poder libremente derramarla toda, y desahogarme en los sollozos y gemidos que le correspondían, me levanté de donde estaba con Alipio, conociendo que para llorar me era la soledad más a propósito; y así me aparté de él cuanto era necesario, para que ni aun su presencia me estorbare. Tan grande era el deseo que tenía de llorar entonces: bien lo conoció Alipio, pues no sé qué dije al tiempo de levantarme de su lado, que en el sonido de la voz se descubría que estaba cargado de lágrimas y como reventando por llorar; lo que a él le causó extraordinaria admiración y espanto, y le obligó a quedarse solo en el mismo sitio en que habíamos estado sentados.

Yo fui, y me eché debajo de una higuera; no sé cómo ni en qué postura me puse; más soltando las riendas a mi llanto, brotaron de mis ojos dos ríos de lágrimas, que Vos, Señor, recibisteis como sacrificio que es de vuestro agrado. También hablando con Vos decía muchas cosas entonces, no sé con qué palabras, que si bien eran diferentes de estas, el sentido y concepto era lo mismo que si dijera: Y Vos, Señor, ¿hasta cuándo? ¿hasta cuándo habéis de mostraros enojado? No os acordéis ya jamás de mis maldades antiguas. Porque conociendo yo que mis pecados eran los que me tenían preso, decía a gritos con lastimosas voces: ¿Hasta cuándo, hasta cuándo ha de durar el que yo diga, mañana, y mañana? ¿Pues por qué no ha de ser desde luego y en este día? ¿por qué no ha de ser en esta misma hora el poner fin a todas mis maldades?

29. Estaba yo diciendo esto y llorando con amarguísima contrición de mi corazón, cuando he aquí que de la casa inmediata oigo una voz como de un niño o niña, que cantaba y repetía muchas veces: Toma y lee, toma y lee. Yo mudando de semblante, me puse luego al punto a considerar con particularísimo cuidado, si por ventura los muchachos solían cantar aquello o cosa semejante en alguno de sus juegos; y de ningún modo se me ofreció que lo hubiese oído jamás. Así reprimiendo el ímpetu de mis lágrimas me levanté de aquel sitio, no pudiendo interpretar de otro modo aquella voz, sino como una orden del cielo, en que de parte de Dios se me mandaba que abriese el libro de las Epístolas de san Pablo, y leyese el primer capítulo que

casualmente se me presentase. Porque había oído contar del santo abad Antonio, que entrando por casualidad en la iglesia al tiempo que se leían aquellas palabras del Evangelio: Vete, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y después ven y sígueme; él las había entendido como si hablaran con él detenidamente, y obedeciendo a aquel oráculo, se había convertido a Vos sin detención alguna. Yo, pues, a toda prisa volví al lugar donde estaba sentado Alipio, porque allí había dejado el libro del Apóstol, cuando me levanté de aquel sitio. Agarré el libro, lo abrí, y leí para mí aquel capítulo que primero se presentó a mis ojos, y eran estas palabras: No en banquetes ni embriagueces, no en vicios y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones; sino revestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos del cuerpo.

No quise leer más adelante, ni tampoco era menester; porque luego que acabé de leer esta sentencia, como si se me hubiera infundido en el corazón un rayo de luz clarísima, se disiparon enteramente todas las tinieblas de mis dudas.

30. Entonces cerré el libro, dejando metido un dedo entre las hojas para notar el pasaje, o no sé si puse algún otro registro: y con el semblante ya quieto y sereno le signifiqué a Alipio lo que me pasaba. Y él para darme a entender lo que también le había pasado en su interior, porque yo estaba ignorante de ello, lo hizo de este modo: Pidió que le mostrase el pasaje que yo había leído: se lo mostré: y él prosiguió más adelante de lo que yo había leído: no sabía yo qué palabras eran las que se seguían; fueron estas: Recibid con caridad al que todavía está flaco en la fe. Lo cual se lo aplicó a sí, y me lo manifestó. Pero él quedó tan fortalecido con esta especie de aviso y amonestación del cielo, que sin turbación ni detención alguna se unió a mi resolución y buen propósito, que era tan conforme a la pureza de sus costumbres, en que había mucho tiempo que me llevaba él muy grandes ventajas. Desde allí nos entramos al cuarto de mi madre, y contándole el suceso como por mayor, se alegró mucho desde luego; pero refiriéndole por menor todas las circunstancias con que había pasado, entonces no cabía en sí de gozo, ni sabía qué hacerse de alegría; ni tampoco cesaba de bendeciros y daros gracias, Dios mío, que podéis darnos mucho más de lo que os pedimos y de lo que pensamos viendo que le habíais concedido mucho más de lo que ella solía suplicaros para mí por medio de sus gemidos y afectuosas lágrimas. Pues de tal suerte me convertisteis a Vos, que ni pensaba ya en tomar el estado del matrimonio, ni esperaba cosa alguna de este siglo, además de estar ya firme en aquella regla de la fe, en que tantos años antes le habíais revelado que yo estaría. Así trocasteis su prolongado llanto en un gozo mucho mayor que el que ella deseaba, y mucho más puro y amable que el que ella pretendía en los nietos carnales que de mí esperaba.

NOTAS.

1. Hoy día se conserva en Milán la tradición de que el huerto donde san Agustín oyó la voz del cielo que refiere aquí, es el mismo que tiene ahora la iglesia de san Ambrosio, o por lo menos este es parte de aquel; y que la capilla que se llama de san Remigio, está en el mismo sitio en que se hallaba san Agustín cuando oyó aquella voz.
2. Esta maravillosa conversión de san Agustín, que ha sido de tanta utilidad para la Iglesia, sucedió hacia los fines de agosto o principios de septiembre del año 386. Porque el mismo Santo dice más abajo (lib. IX, cap. II) que desde aquel lance hasta las vacaciones (de las vendimias que serían por el octubre) no faltaban más que veinte días. Por lo cual no sé qué causa tendría el autor del Martirologio romano para poner la conversión de san Agustín en el día 5 de mayo.
3. Hace aquí alusión el Santo a la visión que tuvo su madre santa Mónica el año 373 o 374, en la cual se le representó una regla en que ella y su hijo estaban, como refirió el santo Doctor en el lib. III, cap. XI, núm. 20.

LIBRO IX

Vase Agustín con su madre y los demás compañeros a la quinta de Verecundo. Renuncia a la cátedra de retórica y se ocupa en escribir libros. Después, a su tiempo, vuelve a Milán, donde con Alipio y Adeodato recibe el Bautismo. Desde allí dispone volverse a África en compañía de su madre y de los demás. Después refiere la vida de su santa madre y su muerte acaecida en el puerto de Ostia. Finalmente, cuenta piadosa y elegantemente su sentimiento y llanto, como amante y buen hijo de tal madre.

CAPÍTULO I

Reconociendo Agustín su miseria, alaba la suma bondad de Dios.

1. Yo, Señor, puedo decir con David, soy vuestro siervo; yo soy vuestro siervo e hijo de una sierva vuestra. Ya que habéis hecho pedazos mis prisiones, quiero por tan grande beneficio tributaros sacrificio de alabanzas. Alábeos mi corazón y mi lengua, y todos mis sentidos y potencias digan: Señor, ¿quién hay semejante a Vos? Y Vos, Señor, dignaos de responderme, decid a mi alma: Yo soy tu salud.

¿Quién soy yo, y qué tal he sido? ¿Qué les ha faltado de iniquidad a mis obras? Cuando no a mis obras, a mis palabras; cuando no a mis palabras, a los deseos y afectos de mi voluntad. Pero Vos, Señor, conmigo procedisteis como bueno y misericordioso: vuestra mano me fue tan favorable y poderosa, que me sacó de lo profundo de la muerte en que estaba sumergido, y agotó la maldad de mi corazón, que estaba hecho un abismo de corrupción e iniquidad. Todo esto se reducía a que yo no quisiese ya lo que antes quería, y quisiese lo que Vos queríais. Pero durante toda aquella multitud de años, ¿dónde estaba mi libre albedrío? ¿De qué profundo y escondido seno hubo que sacarle repentinamente, Redentor y favorecedor mío Jesucristo, para que libre y voluntariamente sujetase mi cerviz a vuestro suave yugo, y mis hombros a vuestra ligera carga?

¡Oh cuán dulce y gustoso se me hizo repentinamente el carecer de unos deleites que no eran más que simplezas y vanidades! Pues si antes me daba susto el perderlas, después me daba gusto el dejarlas. Porque Vos, Señor, que sois la verdadera y suma delicia, las echabais fuera de mi alma; y no solamente las echabais fuera, sino que en su lugar entrabais Vos, que sois dulzura soberana y superior a todos los deleites, aunque imperceptible por los sentidos de la carne y sangre; entrabais Vos, que sois más claro, hermoso y transparente que toda luz, aunque más escondido y secreto que todo cuanto hay secreto y escondido; entrabais Vos, que sois más excelso, sublime y elevado que todos los honores, aunque no para aquellos que se tienen por grandes en sí mismos.

Ya mi alma se veía libre de los cuidados que causa la ambición de las dignidades, la codicia de los intereses, el deseo de saciar sus apetitos y de hallar medios con que avivarlos y excitarlos a los deleites sensuales; y solo me gustaba hablar de Vos, que sois mi gloria, mis riquezas, mi salud, mi Dios y mi Señor.

CAPÍTULO II

Dilata Agustín renunciar la cátedra de retórica hasta que llegasen las vacaciones del tiempo de la vendimia.

2. También determiné, habiéndolo considerado delante de Vos, que me convenía dejar la cátedra de retórica que regentaba, pero no luego al punto y arrebatadamente; sino irme poco a poco retirando de aquella ocupación, en que con el ministerio de mi lengua hacía comercio de la locuacidad; para que de allí adelante no comprasen de mi boca las armas de la elocuencia los jóvenes estudiantes; que en lugar de aprovecharse de ellas para la observancia y cumplimiento de vuestra ley, y para conservar vuestra paz, habían de emplearlas en cavilaciones engañosas explicando su furor en las contiendas de los tribunales.

A esta mi determinación favoreció la oportunidad, pues faltaban ya pocos días para las vacaciones de las vendimias: resolví aguardar aquel poco tiempo para retirarme pública y solemnemente; y no volver a vender mi enseñanza y doctrina, después que me había rescatado vuestra gracia.

Este mi designio era solamente manifiesto a Vos y a los amigos y familiares que vivían conmigo; pero respecto de los demás estaba reservado. Todos nosotros habíamos convenido en que no se divulgase nuestro intento; no obstante que Vos, Señor, a los que ya íbamos subiendo desde este valle de lágrimas y cantando alegremente el Cántico de los grados que cantan los que suben hacia Vos, nos habíais armado y prevenido de las saetas agudas, y encendidas ascuas que sirven para resistir a las lenguas engañosas de los falsos amigos, que so color de dar consejo se oponen a nuestros buenos intentos, y con pretexto de amarnos nos destruyen, así como acostumbra la lengua hacer con el manjar que por quererle, le deshace y consume.

3. Las saetas de vuestro amor y caridad habían traspasado ya mi corazón, y tenía atravesadas vuestras palabras en lo íntimo de mi alma: además de eso, los ejemplos de vuestros fervorosos siervos, que vuestra gracia había hecho pasar de las tinieblas a la luz, y de la muerte a la vida, reunidos todos en el seno de mi memoria e imaginación, eran como unas brasas encendidas, que quemaban y consumían todo el material pasado de los afectos terrenos, para que su gravedad no me arrastrase a las cosas de este mundo: ardía ya en mi corazón tan activo fuego, que cualquier aire de contradicción que saliese de semejantes bocas y lenguas engañosas, más pudiera servir para avivarle que para extinguirle.

Por otra parte, siendo la santidad de vuestro nombre tan conocida y alabada en todo el mundo, es cierto que aquel buen deseo y determinación que habíamos tomado, tendría también muchos que lo alabasen y aplaudiesen: así podría parecer especie de jactancia no aguardar aquel poco tiempo que faltaba para las vacaciones; sino antes de que llegasen renunciar la cátedra y retirarme enteramente de aquella mi profesión de retórica, que era pública y patente a los ojos de todos. Esto sería llamar la atención de los que vieran el hecho de mi renuncia y dimisión, dándoles motivo de que hablasen mil cosas, y dijese que determinadamente lo había anticipado a las vacaciones que estaban tan próximas, para que se hablase de mí, y fuese reputado por persona de provecho, o por un grande hombre. ¿Y qué necesidad tenía yo de darles motivo de hablar así, de que se pensase de mí con variedad, de que se disputase sobre mi intención, y se hablase mucho y mal de nuestro bien?

4. Fuera de que también en aquel mismo verano experimentaba que el pulmón se me había comenzado a fatigar y ceder a mi excesiva aplicación y trabajo: con la difícil respiración y dolores del pecho significaba estar algo lastimado, por manera que no me dejaba hablar en voz alta ni por mucho tiempo. Eso al principio me dio algún cuidado, viéndome casi obligado ya por necesidad a dejar la carga de enseñar la retórica, o a lo menos a interrumpir por algún tiempo la enseñanza, mientras procurase curarme y convalecer. Pero bien sabéis, Dios mío, que luego que en mi corazón nació y se confirmó aquel deseo de dejarlo todo, y entregarme únicamente a Vos, y a meditar que Vos sois mi Dios y mi Señor, comencé también a alegrarme, por tener esta excusa verdadera con que templar el sentimiento de los hombres, que por el amor de sus hijos no querían que yo me viese nunca libre de la obligación y carga de enseñarlos.

Lleno, pues, de esta alegría iba aguantando aquel espacio de tiempo, hasta que se acabase de pasar, que no sé si eran veinte días cabales los que faltaban; pero los toleré constantemente: pues aunque ya me había dejado la codicia, que era la que me ayudaba antes a llevar aquel pesado empleo, sucedió la paciencia en su lugar a darme fuerzas, para que el peso no me oprimiese enteramente llevándolo yo solo.

Puede ser que algunos de vuestros siervos y hermanos míos digan que hice mal, y pequé en aguardar aquel poco tiempo: que teniendo ya mi corazón lleno de deseos y determinaciones de seguir la milicia cristiana, no debía haber permanecido ni estar sentado siquiera por una hora en la cátedra de la mentira.

No porfío sobre esto. Pero vuestra infinita misericordia, Dios y Señor mío, ¿no me ha perdonado ya también este pecado, juntamente con todos los demás tan horribles y mortales, en las santas aguas del Bautismo?

NOTA

1. Alude el santo Doctor ya al salmo LXXXiii, 7, donde se dice: *Beatus vir, cujus est auxilium abs te, ascensiones in corde suo disposuit, in valle lacrymarum*; ya también al salmo cxix, que es el primero de los quince que se llaman graduales, y son los que componen el Cántico de los grados que dice aquí san Agustín, y yo he traducido para explicarlo más, el cántico de los grados, que cantan los que suben hacia Vos; porque acostumbraban cantarse subiendo las quince gradas que tenía el templo de Salomón; cuya subida figuraba la que hacen los hombres de virtud en virtud para irse acercando a Dios, y en esto se ocupaba Agustín y sus compañeros entonces. También es verosímil que por aquel tiempo los rezase muchas veces con sus compañeros después de haberse convertido: y esto es lo que da a entender todo este pasaje, como dice Wangoereck.

CAPÍTULO III

Cómo Verecundo cedió a Agustín una casa de campo en que viviese, mientras llegaba el tiempo de recibir el Bautismo.

5. Verecundo, muy amigo nuestro, que estaba casado con una cristiana aunque él no era cristiano todavía, sabiendo nuestro buen propósito y la resolución que habíamos tomado, se consumía de pena y sentimiento; porque veía que le era forzoso privarse de nuestra compañía por la multitud de sus negocios e impedimentos, de que no podía desprenderse y desembarazarse; y especialmente porque siendo casado, era la mujer una correa que le oprimía y estorbaba mucho más que todo, el poder seguir nuestro camino, y abrazar el género de vida que habíamos comenzado. Además de esto, él decía que no quería ser cristiano, sino de aquel modo que para él no era posible. Pero nos ofreció con toda benignidad y franqueza una casa de campo que tenía para que la habitásemos todo el tiempo que nos habíamos de detener en la obra en la resurrección de los justos, supuesto que ya le concedisteis ser contado entre ellos. Pues cuando estábamos ya en Roma, aunque ausente de nosotros, se hizo cristiano en una enfermedad que padeció, y partió de esta vida marcado con el sello de la fe; en lo cual, Señor, no solamente tuvisteis misericordia de él, sino también de nosotros, para que no fuésemos continua y cruelmente atormentados con la pena y dolor intolerable de no poder contar en vuestro rebaño a un tal amigo, que tan generosa y excelentemente se había portado con nosotros.

Gracias a Vos, Señor, que somos de los vuestros, como lo dan a entender las mismas exhortaciones que nos hacéis, y los mismos consuelos que nos dais. Como tan fiel en vuestras promesas, esperamos que por aquella heredad que nos cedió Verecundo, llamada Casiciaco, en la que descansamos en Vos de las fatigas del siglo, después de haberle perdonado los pecados que cometió en este mundo, le daréis la eterna amenidad de vuestro paraíso que nunca se marchita, por estar colocado en aquel monte pingüe, monte vuestro, monte fertilísimo.

6. Angustiábase, pues, con nuestra determinación el amigo Verecundo; pero se alegraba extremadamente Nebridio. Porque si bien este tampoco era cristiano todavía, y cayera antes en el pernicioso error de creer que el cuerpo de vuestro Hijo, que es la verdad por esencia, era aparente y fantástico, no obstante ya había salido de él, bien que permanecía sin recibir Sacramento alguno de los preparatorios que usa vuestra Iglesia, con todo de ser grandísimo y vigilantísimo indagador de la verdad. Poco después empero de nuestra conversión y regeneración por vuestro santo Bautismo, se

hizo también él católico cristiano, y vuelto al África, vivió entre sus parientes observando continencia y castidad perfecta, habiendo hecho cristianos a todos los de su casa, cuando fuisteis servido de sacarle de esta vida, y ahora vive en el seno de Abraham.

Sea lo que fuere lo que se entiende y significa por aquel seno, en él vive mi Nebridio, allí vive mi dulce amigo, a quien Vos, Señor, primeramente sacasteis de la sujeción de esclavo, y después le hicisteis hijo adoptivo vuestro. Porque ¿qué otro lugar correspondía a una alma como la suya? Ahora, pues, vive él en aquel seno, acerca del cual solía él preguntarme muchas cosas, siendo yo un hombrecillo ignorante y sin experiencia de ellas. Ya no aplica sus oídos a mi boca para escuchar mis respuestas; sino que como eternamente bienaventurado, pone la boca de su alma a la fuente inagotable de la vida, que sois Vos, y bebe cuanto quiere y cuanto puede de vuestra infinita sabiduría. Pero juzgo que por mucho que se embriague bebiendo sin cesar de ella, no se ha de olvidar de mí; cuando Vos, Señor, que sois esa misma fuente de que él bebe, os acordáis de mí.

Así, pues, nos hallábamos entonces, por una parte consolando a Verecundo, que sin fallar a la amistad se entristecía del método de vida que abrazábamos por nuestra conversión; y al mismo tiempo exhortándole a que abrazase vuestra fe y os sirviese en aquel grado que le correspondía, esto es, en el mismo estado del matrimonio en que se hallaba; mientras por otra parte aguardábamos que nos acompañase Nebridio, que facilísimamente podía ejecutarlo, y estaba ya para hacerlo sin demora. Con esto se pasaron finalmente aquellos días que se me hicieron largos y muchos, por el deseo que tenía de verme desocupado, para cantaros con todas las potencias de mi alma: Señor, mi corazón os ha dicho que yo he buscado la luz de vuestro rostro: vuestro rostro, Señor, he de buscar.

NOTAS

1. No quería Verecundo abrazar el Cristianismo, sino siguiendo aquel método de vida que Agustín y los suyos habían proyectado, y libre de la compañía de su mujer; y como esto no podía ser viviendo ella, por eso decía que no quería ser cristiano sino de un modo que no le era posible.

2. Ya se dijo en el lib. ix, cap. x, que uno de los errores de los Maniqueos era negar que Cristo hubiese tomado verdadero cuerpo; error que ellos tomaron de otros herejes más antiguos, y particularmente de los Docetas.

3. Llámense Sacramentos preparatorios para el Bautismo, los exorcismos y las señales de la cruz que se hacían sobre los catecúmenos, la sal misteriosa que se les daba; todo lo cual por ser cosas sagradas y misteriosas pueden llamarse Sacramentos preparatorios, que es la frase con que también se explica el P. J. M.

4. San Gregorio Nacianceno en la oración fúnebre de san Cesario dice lo mismo, y casi con las mismas palabras que san Agustín: Vos, dice, descansáis en el seno de Abraham; sea lo que fuere aquel lugar feliz.

5. El Santo dice de Nebridio, que por Dios fue hecho ex liberto filius: en lo cual alude a las leyes de los romanos, que les permitían hacer de sus esclavos, libertos o libres (que no hay en castellano otra voz con que poder significarlo de una vez); y a estos podían imponerles sus mismos nombres honrosos, contarlos entre su familia, y hacerlos herederos de sus bienes en todo o en parte. Como a Nebridio le sacó Dios del error y servidumbre del demonio que le tenía como esclavo, fue esto hacerle liberto o libre por el Bautismo; fue hecho de liberto hijo adoptivo, porque por la gracia consiguió la adopción de los hijos de Dios, y herederos de su gloria.

CAPÍTULO IV

De los libros que escribió después de retirarse con todos los suyos a la heredad de Casiciaco: de las cartas a Nebridio; efectos que experimentaba leyendo los Salmos, y cómo sanó milagrosamente de un vehementísimo dolor de dientes.

7. Llegó por fin el día en que efectivamente había de exonerarme del empleo de maestro de retórica, como ya lo estaba con la intención y la voluntad. Efectuóse la dimisión de dicho empleo, con lo cual sacasteis a mi lengua de las prisiones y grillos de que ya habíais sacado mi corazón; y yo, lleno de gozo y dándoos muchas gracias por ello, me retiré a la quinta de Verecundo con todos los amigos.

Los libros que allí compuse, ya de las materias que trataba y controvertía con mis compañeros, ya conmigo solo y en presencia vuestra, y las cartas que escribí a Nebridio, que estaba ausente, testifican la clase de estudios en que me ocupaba entonces, pues todas aquellas obras las escribí y ordené a vuestro servicio, no obstante que conservan todavía algún resabio de la escuela de la vanidad, lo cual puede compararse con aquel jadear o difícil respiración del que va corriendo, que le dura aun después de estar parado.

Pero ¿qué tiempo bastaría para que yo refiriese por menor los grandes beneficios que Vos me hicisteis en todo aquel tiempo; especialmente metiéndome mucha prisa el deseo de llegar a referir otras mayores mercedes? Porque me está llamando, y me deleita verdaderamente el acordarme, Señor, y publicar ahora con qué interiores estímulos domasteis mi ferocidad, de qué modo allanasteis en mí los montes y collados de mis altivos pensamientos, enderezasteis mis caminos torcidos, y suavizasteis los ásperos y fragosos: de qué modo también a Alipio, hermano de mi corazón, le sujetasteis al nombre de vuestro unigénito Hijo, Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, cuyo nombre no quería él antes que sonase en mis escritos; gustando más de que oliesen a las soberbias doctrinas de los filósofos, cedros que el Señor había quebrantado, que a las saludables yerbas de las doctrinas sagradas, cuya virtud ahuyenta las serpientes ponzoñosas.

8. ¡Qué voces os daba yo, Dios mío, cuando hallándome desocupado en aquella quinta, no obstante ser todavía catecúmeno, rudo y bisoño en amaros con verdadero amor, acompañado de Alipio, que era también catecúmeno, y de mi madre, que era por el traje mujer, por la fe varonil, por su ancianidad segura, por su maternidad amorosa, por su piedad muy cristiana, me ocupaba en leer los Salmos de David,

cánticos llenos de las verdades de nuestra fe, cantares que inspiran piedad y devoción, y excluyen todo espíritu de soberbia y vanidad! ¡Qué voces os daba yo, Señor, leyendo aquellos Salmos, y cómo ellos me inflamaban en vuestro amor y encendían en vivísimos deseos de irlos publicando por todo el mundo, si me fuera posible, contra la hinchazón y soberbia del género humano! Bien sé que ya se cantan en todo el universo: verificándose en esto también, que no hay quien se esconda de vuestro calor y luz.

¡Con cuán vehemente y vivo sentimiento me indignaba contra los Maniqueos, porque tan locamente procedían contra aquel antídoto que podía curar las dolencias de su alma! aunque por otra parte me daba lástima que ignorasen aquellos misterios, que eran las medicinas más conducentes a su salud. Quisiera que hubieran estado allí en un sitio inmediato, que sin saberlo yo hubieran visto entonces mi semblante, y oído las voces que daba para explicar los sentimientos y afectos que en mi alma había producido la lectura del cuarto salmo, cuando le leí en el tiempo y lugar que he dicho, repitiendo estas palabras: Luego que comencé a invocaros, Dios mío, principio y causa de toda mi justicia, luego al punto fue mi súplica bien oída y despachada de Vos: cuando me estrechaban las tribulaciones, me desahogasteis colocándome en espaciosa anchuras. Tened, Señor, misericordia de mí, y concededme lo que os pido en mi oración. ¡Ojalá que ellos hubieran oído todas las cosas que yo entonces mezclé entre estas palabras! Pero lo habrían de haber oído, sin saber yo que me oían, para que no juzgasen que lo decía porque ellos me escuchaban. Porque, a la verdad, ni yo hubiera acertado a decir tan buenas cosas, ni las hubiera dicho de aquel modo y con tan vivos afectos, si conociera que ellos me estaban viendo y escuchando. Y dado caso que las hubiera dicho, y del mismo modo, ellos no hubieran sacado de mis palabras tanto provecho como diciéndolas yo a mis solas, y hablando conmigo mismo en presencia vuestra, movido solo del natural afecto de mi alma.

9. Bien sabéis, Padre amantísimo, que me horroricé temiendo vuestra justicia, y también me enfervoricé esperando y alegrándome mucho en vuestra misericordia: que estos mismos afectos se me salían por los ojos y boca, cuando en el mismo salmo leí aquellas palabras que dice vuestro Espíritu Santo hablando con nosotros: Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habéis de tener tan pesado y terreno el corazón? ¿Para qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? Porque yo me hallaba comprendido en esto, pues había amado la vanidad y buscado la mentira; por eso ignoraba lo que allí dice el Profeta, esto es, que Vos, Señor, ya habíais glorificado a vuestro Santo, resucitándole de entre los muertos, y colocándole a vuestra diestra, para que desde allí enviase al divino Consolador, Espíritu de verdad, según lo había prometido, y como efectivamente ya le había enviado. Ya le había enviado, porque ya él había sido

glorificado, resucitando de entre los muertos y subiendo a los cielos; que si hasta entonces el Espíritu Santo no había sido dado, era porque Jesucristo no había sido hasta entonces glorificado.

El real Profeta clamaba: ¿Hasta cuándo habéis de tener pesado el corazón? ¿Para qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? Sabed que el Señor ha glorificado ya a su SANTO. Primero clama diciéndonos: ¿Hasta cuándo? Después vuelve a clamar y decirnos: Sabed. Y yo que fui por tanto tiempo ignorante, que amé la vanidad y busqué la mentira, por eso me estremecí todo al oír aquellas palabras, por acordarme muy bien de que yo había sido tal como aquellos a quienes se dirigían. Porque en aquellos fantasmas que yo había abrazado en lugar de la verdad, no había otra cosa que vanidad y mentira. Por eso dije entonces muchas sentencias graves y fuertes hasta en el modo de decirlas, por el sentimiento y dolor que me causaba acordarme de aquellas cosas. ¡Ojalá que las hubieran oído los que todavía perseveran amando la vanidad y buscando la mentira! Puede ser que al oírme se hubieran conmovido tanto, que llegasen a vomitar aquel veneno; y Vos, Señor, los hubierais atendido, cuando clamasen a Vos y confesasen que padeció por nosotros verdadera muerte en un cuerpo real y verdadero, el mismo que ahora os ruega y pide por nosotros.

10. Allí también leía: Servíos de vuestra ira para no pecar. Esto, Dios mío, ¡cuánto me conmovía, por haber aprendido ya a enojarme contra mí por mis pasados desórdenes, para no volver a pecar en adelante! Y era justo enojarme contra mí, porque estaba plenamente convencido de que no era otra naturaleza del linaje de las tinieblas, distinta de la mía, la que pecaba en mí, como enseñaban aquellos que no se irritan ni enojan contra sí mismos; peroran atesorando contra sí vuestros enojos para el día de la ira, que es el día de la manifestación de vuestro justo juicio.

Tampoco miraba ya estas cosas exteriores, como si fueran los verdaderos bienes a que debía aspirar, ni buscaba mi felicidad en estas cosas visibles a los ojos corporales, y que se registran con la luz del sol. Porque aquellos herejes que querían ser felices gozando de estas cosas corpóreas y exteriores, con facilidad se ven burlados, y se vuelven inútiles y vanos sus deseos: como derraman su corazón y le entregan totalmente a estas cosas visibles que duran poco y las consume el tiempo, no tienen más recurso que estar como lamiendo con la lengua de su hambrienta imaginación las especies o imágenes que de aquellas cosas han quedado en ella. Ojalá, que siquiera acosados del hambre, llegasen a decir: ¿Quién nos manifestará los bienes sólidos y verdaderos? para que entonces les digamos, que atiendan al real Profeta que dice: Señor, la luz de vuestro divino rostro está grabada en nuestro corazón. Porque

nosotros no somos aquella luz que alumbra a todos los hombres; sino que somos iluminados de Vos, para que los que antes éramos tinieblas, seamos luz en Vos.

¡Oh si ellos vieran en su interior aquel bien eterno que yo había comenzado a gustar! Me deshacía y consumía, considerando que me era imposible hacérselo ver a ellos, aunque me preguntaran y dijeran: ¿quién nos manifestará los verdaderos bienes? mientras me presentasen un corazón como el suyo, que solo cree y asiente al informe de sus ojos, y busca solamente los bienes fuera de Vos. Porque allá en lo más íntimo de mi alma, donde yo me enojé contra mí mismo, donde sentí una verdadera compunción, donde os había ofrecido y sacrificado mis antiguas costumbres, y esperando en vuestra gracia había comenzado a pensar en hacer vida nueva; allí mismo fue donde Vos, Señor, comenzasteis a darme a conocer vuestra dulzura, y a llenar mi corazón de alegría.

Al mismo tiempo que con los ojos del cuerpo iba leyendo estas cosas, y con los de mi espíritu las iba conociendo, prorumpía en varias exclamaciones, ordenadas a no querer dividir mi corazón, amando la diversidad y multitud de los bienes terrenos, en que precisamente había de gastar yo tiempo, y los tiempos me gastarían a mí; siendo así que hallaba y tenía en la simplicidad de un bien eterno otra suerte de pan, vino y aceite que alimenta eternamente las almas.

11. También cuando leía el verso que se sigue, exclamaba de lo más profundo de mi corazón diciendo aquellas palabras: ¡Oh paz! ¡oh inalterable descanso! o lo que expresa el Profeta con decir: ¡En esa paz y descanso dormiré y gozaré de un consuelo delicioso! Porque ¿quién se nos opondrá, cuando llegue a cumplirse aquella sentencia que consta en la Escritura: Quedó la muerte aniquilada y convertida en victoria? Vos, Señor, sois ese mismísimo Ser, que nunca puede mudarse; y en Vos es donde se halla ese descanso perfecto que hace olvidar todos los trabajos; pues Vos sois el único que me establecisteis y disteis seguridad en aquella esperanza que mira a Vos solamente, y no aspira a conseguir esa varia multitud de cosas, que no son lo que Vos sois.

Estas cosas leía en aquel salmo, y leyéndolas me enardecía; pero no hallaba cómo darme a entender a aquellos herejes tan sordos como muertos, de cuya pestífera secta había sido yo antes, cuando poseído de aquella amargura y ceguedad había ladrado contra las Escrituras sagradas, que comunican una dulzura que es como una miel del cielo, y una luz y resplandor que es vuestra misma luz: por eso me abrasaba la ira, me consumía el enojo, de que hubiese quien contradijese a tan divina Escritura.

12. ¿Cuándo podré recordar ni referir todos los beneficios y dulzuras que experimentó mi alma en aquellos días que estuvimos allí desocupados? Pero no tengo olvidado ni

quiero pasar en silencio el riguroso azote con que me castigó vuestra justicia, y la admirable prontitud con que me remedió vuestra misericordia. Dispusisteis, Señor, que me acometiese un gran dolor de dientes, que me mortificaba sobremanera: y habiéndose agravado tanto que ya no podía hablar, se me ofreció al pensamiento el pedir a todos mis amigos que me acompañaban, que rogasen por mí a Vos, que sois Dios y Señor de toda la salud. Escribí esto en una tabla encerada y se la di a ellos para que lo leyesen. Y lo mismo fue ponernos de rodillas para haceros la súplica, que desaparecerse enteramente aquel dolor. Pero ¡qué dolor era! ¡y qué repentinamente desapareció! Confieso, Dios y Señor mío, que me quedé atónito y espantado, porque en toda mi vida no había experimentado semejante cosa. Este admirable suceso grabó en mi corazón la idea que yo debía formar de la eficacia de vuestro poder; y alegrándome mucho de la fe que ya tenía en Vos, alabé vuestro santo nombre. Pero esta misma fe no me dejaba tener seguridad y quietud a vista de mis pecados anteriores, que todavía no se me habían perdonado por medio de vuestro santo Bautismo.

NOTAS

1. A la quinta Casiciaco, que era propia de Verecundo, acompañándole su madre, Alipio y otros, entre los cuales se han de contar su hijo Adeodato, Navigio su hermano; Trigecio y Licencio, paisanos y discípulos suyos; Lastidiano y Rústico, sus primos, y también Evodio, como él mismo dice en los libros de **Ordine**, de **Vita beata**, y contra **Académicos**. Durante su estancia en Casiciaco fue cuando vio el monasterio que había fuera de Milán, de donde volvió muy edificado del método de vida que tenían aquellos solitarios, como él refiere en el libro **De moribus Eccles.**, 33.
2. Los primeros de que el Santo habla son los que acabo de nombrar en la nota 1; estos segundos, que dice los compuso hablando consigo mismo, fueron los **Soliloquios**, que los escribió inmediatamente después de los otros citados.
3. Llama cedros a los filósofos, para significar la soberbia y vanidad de sus doctrinas, por la mucha altura y elevación que tienen los cedros: dice que el Señor los había ya quebrantado, para significar que ya no le llevaban la atención, ni hacía caso de ellos, y alude a lo del salmo XXVIII, 5: **Et confringet Dominus cedros Libani**.
4. A vuestro Santo, esto es, a Cristo, que es por antonomasia el Santo, y el Santo de los Santos.
5. Habla del enojo que concibió contra sí, después de haber oído toda la relación de Ponticiano; como se dijo en el libro VIII, capítulo VII.

CAPÍTULO V

Consulta con San Ambrosio sobre qué libros sagrados le sería más conveniente leer

13. Concluido el término de aquellas vacaciones, avisé a los magistrados de Milán que proveyesen a sus estudiantes de otro maestro de retórica, ya porque había determinado ocuparme en vuestro servicio, ya porque no podía continuar en aquel ministerio a causa de la difícil respiración y dolor que padecía en el pecho. También escribí al santo prelado Ambrosio mis pasados errores y extravíos, y los buenos deseos con que al presente me hallaba, a fin de que me dijese cuáles de vuestros libros sagrados me convendría más leer para mejor disponerme y prepararme a recibir dignamente una tan grande gracia como la del Bautismo. Él me mandó que leyese al profeta Isaías; y creo que lo hizo así porque, entre los demás profetas, este es el que anuncia con mayor claridad la doctrina del Evangelio y la gracia de la vocación de los gentiles. Pero yo, no habiendo entendido bien lo que leí la primera vez en Isaías, y creyendo que todo lo demás estaría tan oscuro para mí y tan dificultoso de entender como lo primero, dejé de continuar en aquella lectura con ánimo de volver a ella cuando estuviese más hecho al estilo y lenguaje de la sagrada Escritura.

CAPÍTULO VI

Vuelve Agustín a Milán, y en compañía de Alipio y Adeodato recibe el sagrado Bautismo

14. Habiendo llegado el tiempo en que debía inscribirse mi nombre en el catálogo de los que estaban admitidos para recibir el Bautismo y se llamaban Competentes, dejamos la quinta y nos volvimos a Milán. Alipio quiso también acompañarme en renacer a Vos, para lo cual se había preparado con la grande humildad que requieren vuestros santos Sacramentos, y con tan grave y rigurosa mortificación de su cuerpo, que se atrevió a andar descalzo por aquella tierra de Italia que se hallaba cubierta de hielo, no estando él acostumbrado a eso. Juntamos también con nosotros al joven Adeodato, que era mi hijo natural, fruto de mi pecado; pero Vos, Señor, le dotasteis de unas cualidades muy buenas y excelentes. Aun no tenía quince años, y ya se aventajaba en el ingenio a otros muchos, que por la edad y literatura pasaban por hombres graves y doctos.

Dones son y beneficios vuestros estos que os confieso, Dios y Señor mío, Criador de todas las cosas, que sois poderosísimo para reformar nuestras deformidades; pues yo en aquel muchacho no tenía otra cosa mía sino el pecado. Porque el que yo le criase, enseñándole vuestro temor y doctrina, Vos, Señor, me lo inspirasteis y no otro alguno: con qué dones son y beneficios vuestros estos que os confieso.

Un libro hay mío, que se intitula Del Maestro, y Adeodato es aquel interlocutor que habla allí conmigo. Bien sabéis Vos, Señor, que aquellos pensamientos y sentencias que pongo allí en nombre del que introduzco hablando conmigo, todos son verdaderamente de Adeodato, cuando solo tenía diez y seis años de edad. Pero otras cosas experimenté en él, que eran mucho más admirables. Asombrado me tenía aquel ingenio. ¿Y quién sino Vos puede ser el autor de tan grandes maravillas? Bien pronto le sacasteis de este mundo: por eso me acuerdo de él ahora con mayor seguridad, sin temer que le suceda alguna desgracia, pues ni en la puericia, ni en la adolescencia, ni en toda su vida encuentro ni descubro cosa alguna que de ningún modo pueda darme cuidado.

Juntamos, pues, a Adeodato con nosotros, para que en la vida de la gracia fuese nuestro coetáneo, y para continuar educándole con arreglo a vuestra ley y doctrina. Finalmente recibimos el Bautismo; y luego al punto se nos quitó aquel cuidado en que nos tenía la memoria de nuestra vida pasada.

Ni me hartaba en aquellos días de la dulzura admirable que causaba en mi alma el considerar vuestra altísima e inescrutable providencia en orden a la salud del género humano. ¡Cuánto lloré también oyendo los himnos y cánticos que para alabanza vuestra se cantaban en la iglesia, cuyo suave acento me conmovía fuertemente, y me excitaba a devoción y ternura! Aquellas voces se insinuaban por mis oídos, y llevaban hasta mi corazón vuestras verdades, que causaban en mí tan fervorosos afectos de piedad, que me hacían derramar copiosas lágrimas, con las cuales me hallaba bien y contento.

En 25 de abril del año 387.

NOTAS

1. En la Iglesia de Milán, y en otras muchas del Occidente, se llamaban Competentes aquellos catecúmenos, que estando ya suficientemente instruidos, y reconocidos por de buenas costumbres, pretendían el Bautismo. A estos los escribían antes de la Cuaresma en un libro de registro que había para este fin: tenían que ir a la iglesia en aquellos días y horas que les señalaban, para recibir allí nuevas instrucciones, y sujetarse a nuevas experiencias y exámenes. San Agustín hace mención, aunque de paso, en el libro **De Fide, et operibus**, de la atención, cuidado y respeto con que él oía y atendía las instrucciones de aquellos que enseñaban los principios de la Religión, cuando pretendía recibir el Bautismo, y estaba en el grado de los Competentes.
2. En el intervalo de tiempo que pasó desde su llegada a Milán, hasta la Pascua del año 387, hizo y escribió algunas otras obras que las pasa en silencio: entre ellas fueron la de la Inmortalidad del alma, la de la Gramática, los principios de los Tratados de la Dialéctica, de la Retórica, de la Geometría, de la Aritmética, de la Filosofía, y sobre las Categorías, etc.
3. Adeodato había nacido el año 372, no teniendo su padre más que 18 años de edad; con qué venía a tener Adeodato 15 años, y su padre 33.

CAPÍTULO VII

Como en Milán comenzó la costumbre de cantarse himnos y salmos en la iglesia. Y como fueron hallados los cuerpos de los santos mártires Protasio y Gervasio.

15. No había mucho que la Iglesia de Milán había comenzado a practicar este género de ejercicio piadoso, que es de tanto consuelo y edificación para los fieles; los cuales concurrían a él con gran celo y devoción, cantando juntamente con las voces y con los corazones. Habría un año o poco más, que la emperatriz Justina, madre del joven emperador Valentiniano, había dado en perseguir a vuestro siervo Ambrosio, por causa de la herejía de los Arrianos con que ella estaba inficionada y seducida: pasaban los fieles las noches en la iglesia, determinados y dispuestos a morir con su obispo y siervo vuestro. Mi madre, vuestra fiel sierva, a quien tocaba la mayor parte del cuidado y consternación que padecían los fieles, era la primera en concurrir también a aquellas vigiliass que celebraban, de modo que no vivía sino de sus oraciones. Yo, que todavía estaba frío en la devoción, y falto del calor y fervor de vuestro espíritu, no dejaba de conmoverme con el susto y turbación que padecía toda la ciudad. Entonces fue cuando se estableció que cantasen los fieles himnos y salmos, según se acostumbraba ya en las iglesias de Oriente, para entretener y divertir el tedio y la tristeza que pudiera acabar de sobrecoger al pueblo; y desde entonces hasta el día de hoy se ha continuado este piadoso ejercicio, que han adoptado ya casi todas las Iglesias del universo, siguiendo el ejemplo de la de Milán.

16. En este mismo tiempo fue cuando en una visión manifestasteis a vuestro santo Obispo el lugar donde estaban enterrados los cuerpos de los santos mártires Protasio y Gervasio, que por tantos años habíais conservado incorruptos, y escondidos en el secreto de vuestros tesoros, para manifestarlos oportunamente cuando conviniese, y reprimir la rabiosa furia de una mujer, que además de eso era emperatriz. Porque habiéndolos descubierto y desenterrado, al tiempo de trasladarlos a la basílica ambrosiana con el honor y pompa que correspondía, no solo quedaban sanos y salvos los energúmenos a quienes mortificaban antes los espíritus inmundos, confesando vuestro poder los mismos demonios; sino que también un ciudadano, que hacía muchos años que estaba ciego, y era muy conocido en toda la ciudad, preguntando el motivo que tenía el pueblo para aquellas grandes demostraciones que hacía de júbilo y regocijo, e informado bien de todo, saltó de contento, y rogó al que lo iba guiando que le llevase al paraje por donde pasaba la procesión. Llevado allá, suplicó que le permitiesen tocar un pañuelo al féretro donde iban los cuerpos de aquellos Santos, cuya muerte había sido preciosa en vuestros ojos. Tocó al féretro el pañuelo, se lo

aplicó el ciego a los ojos, e inmediatamente recobró la vista. Al instante se divulgó por todas partes la fama de este milagro; al instante resonaron por toda la ciudad vuestras alabanzas públicas y fervorosas; y con esto el ánimo de aquella enemiga del santo obispo Ambrosio, ya que no se extendió ni dilató de modo que consiguiese la santidad de la fe, al menos se reprimió y estrechó, cesando de perseguirle con tan gran furor.

Infinitas gracias os sean dadas, Dios mío. Pero ¿cómo y hasta dónde habéis ido gobernando mi memoria, para que también os alabase y bendijese por estas cosas, que no obstante ser tan grandes y maravillosas, las había olvidado y omitido? Con todo eso, extendiéndose tanto la fragancia de vuestros olorosos ungüentos y aromas, no os seguía yo entonces todavía, ni corría tras de Vos. He aquí lo que me daba después más motivo de llorar entre los himnos y cánticos de vuestras alabanzas: en otro tiempo, antes de ahora, como quien suspiraba por Vos; pero ahora desahogado y como quien ya respira con tanta libertad, como la que tiene el aire en una casa de heno.

NOTAS

1. La emperatriz Justina, que era arriana, perseguía a San Ambrosio porque no había querido ceder a los arrianos una iglesia; y estaba tan enconada contra él, que envió a su casa un asesino para que le matase; el cual, yendo a ejecutar el golpe, se le quedó yerto el brazo y sin movimiento alguno.
2. Este fue el origen de la costumbre que siguió la Iglesia del Occidente de cantar himnos y salmos. San Ambrosio entonces compuso muchos himnos, que cantaban los fieles en la iglesia: y al mismo tiempo que servían a Dios de alabanza, a ellos les servían de consuelo en la dura y cruel persecución que padecían.
3. Fue este descubrimiento de los cuerpos de San Gervasio y Protasio el 17 de junio del año 386 según Mr. Tillemont; aunque Baronio lo aplica al año siguiente.
4. Como este suceso fue un año antes de que recibiese San Agustín el Bautismo, por eso dice que todavía no corría él tras la fragancia y aromas que Dios comunicaba a los fieles.
5. Con esta frase me parece quiere significar San Agustín la libertad con que ya respiraba su corazón, cuando antes oprimido suspiraba.

CAPÍTULO VIII

De la conversión de Evodio, de la muerte de su santa madre Mónica, y de la crianza y educación que tuvo desde sus primeros años

17. Vos, Señor, que hacéis que vivan juntos en una misma casa los que tienen una misma voluntad, trajisteis a nuestra compañía al joven Evodio, que era natural de mi mismo pueblo. El que era agente de los negocios del príncipe se convirtió a Vos, y se bautizó antes que nosotros, y dejando el servicio del emperador, se dedicó al vuestro. Vivíamos, pues, en amigable compañía, y con la santa resolución de no separarnos nunca. Buscando un lugar que nos fuese más cómodo y proporcionado para establecernos en él, y emplearnos en vuestro servicio, determinamos volvernos a África todos juntos: estábamos en el puerto de Ostia, por donde desemboca el Tíber en el mar, y allí falleció mi madre.

Muchas cosas paso aquí en silencio, porque voy muy de prisa para referir otras que no quiero omitir. Aceptad, Dios mío, las alabanzas que deseo daros, y la acción de gracias que os doy también en silencio por las innumerables cosas que dejo de referir. Pero no omitiré todas cuantas especies pueda parir mi memoria de aquella sierva vuestra, que me parió a mí, no solo en cuanto al cuerpo a esta vida temporal, sino también en el espíritu en orden a la eterna. Las cosas que de mi madre voy a referir, fueron dones y gracias vuestras, no suyas; pues ni ella se hizo a sí propia, ni se educó a sí misma; Vos, Señor, la criasteis, sin que tampoco supiese su padre ni su madre, qué tal sería en lo venidero aquella hija que les había nacido. La recta disciplina de Jesucristo, vuestro unigénito Hijo, régimen que observaba en la casa de sus fieles padres, que era una buena parte de vuestra Iglesia, fue quien la hizo instruirse en vuestro santo temor.

Porque a la verdad, no solía alabar tanto mi madre Mónica el cuidado de la suya en orden a su educación y enseñanza, como el de una criada que había muy anciana, la cual en otro tiempo había traído también en brazos a su padre cuando era niño, como suelen las muchachas grandecillas traer los niños en brazos. En atención a esto, como también por su ancianidad, y las loables costumbres que siempre había practicado en una casa tan cristiana, era muy querida y honrada de los amos. Por esto también ella cuidaba mucho de las hijas de sus amos, cuya educación le habían encargado. Para reprenderlas, cuando era menester, era áspera con una severidad santa; y para enseñarlas, moderada y suave con prudencia. Así, fuera de aquellas horas en que las niñas tomaban su alimento muy corto y moderado a la mesa de sus padres, aunque estuviesen abrasándose de sed, no les permitía beber ni aun agua sola, para que no

tomasen alguna mala costumbre, añadiéndoles estas prudentes palabras: "Ahora bebes agua, porque no tenéis el vino a vuestra disposición: pero cuando lleguéis a estar casadas y seáis dueñas de las bodegas y despensas, os parecerá mal el agua, y la costumbre de beber se os quedará siempre". Con esta razón que presidía en lo que mandaba, y con la autoridad y poder que tenía para que ejecutasen lo mandado, conseguía refrenar los antojos de aquella edad más tierna, y arreglaba la sed de aquellas niñas a las leyes de la templanza, para que nunca les agradase lo que no fuese decente.

18. No obstante todo este cuidado y enseñanza, imperceptiblemente se le introdujo en el corazón a mi madre y sierva vuestra el gusto y afición al vino, como ella misma me lo contaba. Porque en la confianza de que era niña, y que no bebía vino, ella era la que, por mandato de sus padres, iba regularmente a sacarlo de la cuba, y antes de echarlo en la vasija en que lo había de llevar, aplicaba los labios al vaso con que lo sacaba, dando un pequeño sorbito, porque su paladar mismo repugnaba el beber algo más. Pues no hacía esto en fuerza de alguna pasión que tuviese al vino, sino impelida de ciertos excesillos y antojos de que abunda aquella edad, y se desahogan y explican en unos movimientos como burlescos; los cuales con el peso y gravedad de los mayores y maestros suelen contenerse y reprimirse en los ánimos de los muchachos. Así, añadiendo a aquel pequeño sorbo primero otros pequeños sorbos cotidianos (como el que desprecia lo poco, tiene a caer en lo mucho), llegó a contraer tal costumbre, que ya bebía con gran gusto una copa de vino casi llena.

¿Dónde estaba entonces aquella prudente anciana, y aquella su prohibición severa y rigurosa? Mas, ¿por ventura habría alguna cosa que fuese de provecho para curar una enfermedad oculta, si Vos, Señor, que sois el verdadero médico de todos nuestros males, no estuvierais siempre velando sobre nosotros? Así, un día estando ausente el padre y la madre, y también los que cuidaban de su educación, Vos, Señor, que estáis presente a todos, que nos habéis criado, que nos llamáis en todo tiempo, que por medio de los hombres que desde la eternidad tenéis determinados para nuestro ejercicio, nos procuráis y hacéis lo que es bueno y conveniente para la salud de nuestras almas; ¿qué fue, Dios mío, lo que hicisteis en aquella ocasión? ¿con qué remedio la curasteis? ¿con qué medicina la sanasteis? ¿No es cierto, Señor, que os servisteis de aquel fuerte y agudo dicterio, que le dijo aquella otra criatura, cuya injuriosa afrenta fue como un hierro cortante y medicinal, que sacasteis de los secretos senos de vuestra providencia, con el cual de un solo golpe cortasteis toda aquella corrupción?

Porque aquel día que ella estaba sola con una criada, que era precisamente la que solía acompañarla cuando iba por el vino, riñeron las dos entre sí, como muchas veces sucede en las casas; la criada le echó en rostro esta mala costumbre que su ama menor tenía, y con un modo áspero y desabrido la insultó llamándola borrachuela. Estimulada la niña con esta injuria, abrió los ojos para ver aquella fea costumbre, y desde aquel instante la condenó ella misma y la dejó.

Ello es cierto, que así como los amigos adulando nos pervierten, así muchas veces los enemigos injuriando nos corrigen; pero Vos, Señor, les daréis el pago que corresponde a la voluntad e intención que ellos tuvieron, y no el que corresponde a lo que Vos mismo hacéis por medio de ellos. Porque aquella criada, llevada de la ira, no pretendía verdaderamente sanar a su ama menor, sino injuriarla y zaherirla: así fue que aquella reprensión se la dio sin testigos y a escondidas, o porque el lugar y tiempo de la riña casualmente las cogió solas, o acaso recelosa de que a ella le viniese algún daño por no haberlo descubierto antes. Mas Vos, Señor, que gobernáis todas las cosas del cielo y de la tierra; que de todas usáis, haciendo que sirvan al cumplimiento de vuestra voluntad, y dando su debida ordenación, aun a las cosas que desordenadamente siguen el curso perturbado de los siglos, hasta de la misma enfermedad de la una os servisteis para sanar a la otra: con qué cualquiera que advierta y reflexione esto, no tendrá motivo para atribuirse a sí mismo el buen efecto que sus palabras hicieron tal vez en otro, a quien quería corregir de algún defecto.

NOTAS.

1. Este Evodio fue después obispo de Uzales, y se hizo muy ilustre por su virtud, por su ciencia, y por los muchos y grandes servicios que hizo a la Iglesia. Este mismo es con quien habla San Agustín en el libro **De Quantitate anima**, y en los **De Libero arbitrio**.
2. En el poco tiempo que se detuvo en Roma, volviendo de Milán para África, escribió un libro de las Costumbres de la Iglesia católica, otro de las Costumbres de los Maniqueos, el ya citado de la Cantidad del alma, y los del Libre albedrío; de los cuales el segundo y tercero, dice que los concluyó estando ya en África.

CAPÍTULO IX

Continúa Agustín refiriendo las loables costumbres de su madre

19. Siendo, pues, criada mi madre con honestidad y templanza, y hecha por Vos obediente a sus padres, más que hecha por ellos obediente a Vos, luego que cumplió la edad que se requiere para el matrimonio, obedecía y servía al marido que le dieron sus padres, como a su señor: puso gran cuidado en ganarle para Vos, proponiéndole y explicándole vuestro ser y perfecciones, no tanto con sus palabras como con sus costumbres, por las cuales la hicisteis tan hermosa y amable a su marido, que al mismo tiempo le causaba respeto y admiración.

Pero ella toleró de tal suerte las injurias de sus infidelidades, que jamás tuvo por esto la menor desazón con su marido; porque esperaba que vuestra misericordia había de concederle primeramente la fe, y después la castidad conyugal. Además de esto, era mi padre por una parte muy benigno y amoroso, por otra muy iracundo y colérico; cuando ella le veía enojado, tenía la advertencia de no contradecirle ni de obra ni de palabra; después, cuando la ocasión le parecía oportuna, y pasado aquel enojo le veía ya sosegado, entonces le informaba bien del hecho, si acaso aquel enojo había nacido de su falta de consideración y de no estar bien informado.

Así cuando otras muchas matronas, cuyos maridos eran más pacíficos y tratables, traían sus rostros señalados y afeados con cardenales de los golpes que les daban, en sus conversaciones amigables solían ellas reprender la conducta de sus maridos, y mi madre sus lenguas. Recordábales como por chanza, pero en la realidad con mucho juicio, que desde que se les leyeron los contratos matrimoniales, debían considerar que se les había leído una obligación con la que habían quedado hechas criadas de sus maridos; que teniendo esto presente, estando en calidad de criadas, no debían engreírse y ensoberbecerse contra sus señores. Admirándose ellas (que sabían muy bien cuán feroz marido tenía que sufrir), de que jamás se hubiese oído, ni por indicio alguno se hubiese rastreado, que Patricio hubiese puesto las manos en su mujer, ni que siquiera un día hubiesen tenido alguna disensión, le preguntaban con familiaridad y confianza la causa de todo esto, y ella les enseñaba la conducta que tenía con su marido, que es la misma que dejo insinuada. Las que tomaban su consejo, le daban gracias por el bien que habían experimentado; y las que no imitaban su conducta, se veían oprimidas y maltratadas.

20. También a puros obsequios, y por medio de una continua paciencia y mansedumbre, supo vencer el ánimo de su suegra de tal suerte, que siendo así que antes la tenía muy enojada por los chismes de algunas malas criadas; la suegra misma de su propia voluntad se quejó de ellas a su hijo Patricio, le descubrió cuáles eran las que con sus malas lenguas habían sido causa de que ella estuviese mal con su nuera, y de que se hubiese perturbado la paz de su casa; y le pidió que las castigase como correspondía. Así después que él, ya por dar gusto a su madre, ya por cuidar del buen gobierno de su familia, ya por atender a la paz y concordia de dos personas tan suyas, como esposa y madre, castigó a las acusadas a satisfacción de su madre, que las había acusado; dijo esta misma a todas las criadas, que aquellos eran los premios que de allí adelante debía esperar de su mano cualquiera que juzgando que le agradaba, le fuese a contar algo de su nuera. Y no atreviéndose ya ninguna de ellas a ejecutar tal cosa, vivieron las dos con benevolencia y unión de corazones tan gustosa como memorable.

También Vos, misericordiosísimo Dios y Señor mío, habíais dado a aquella tan buena sierva vuestra, en cuyas entrañas me criasteis, el excelente don de apaciguar luego que podía los ánimos de cualesquiera que estuviesen entre sí reñidos y discordes. Portábase con tal prudencia, que oyendo de ambas partes todas las quejas, desabrimientos y palabras descompuestas que la enemistad colérica e indigesta suele dictar y proferir, cuando con una amiga presente habla otra de su enemiga ausente en confianza, exhalando por sus bocas la crudeza de sus odios y rencores; nunca descubría a las unas lo que había oído a las otras, sino aquello solamente que podía servir para reunir las y reconciliarlas.

Este don me parecería pequeño, si yo mismo no hubiera experimentado con sentimiento de mi alma lo que practican en esta materia innumerables gentes, por haber cundido dilatadísimo no sé qué horrenda peste de pecados, quienes no solamente acostumbran revelar a los unos airados enemigos lo que los otros enemigos suyos, enojados también, han dicho de ellos, sino que también añaden otras cosas, que no han dicho. Debiera ser tan al contrario, que a un hombre que obra conforme a la humanidad había de parecerle poco el no excitar ni promover las enemistades de los hombres, hablando mal de unos a otros; si además de esto no procuraba también apagarlas enteramente hablando bien a todos. Esto es lo que mi madre practicaba, siguiendo las ocultas instrucciones que Vos, íntimo maestro suyo, le dictabais en la escuela de su corazón.

22. Finalmente ganó para Vos a su marido, reduciéndole a la fe algún tiempo antes de que él saliese de esta vida mortal. Desde que se hizo fiel, no le dio a mi madre motivos de llorar los malos procederes con que le había dado que sufrir y tolerar antes de

serlo. Además de esto, era mi madre una mujer dedicada a servir a todos los que os servían. Cualquiera de vuestros siervos que la había conocido, os alababa, os reverenciaba, y os amaba mucho en ella, porque los frutos de santidad de su inculpable vida testificaban que Vos estabais presente en su corazón. Había sido mujer de un solo varón: había cumplido todas las obligaciones que tenía para con sus padres: había gobernado su familia y casa con mucha piedad; y las buenas obras que había hecho, daban testimonio de la virtuosa conducta que había tenido. Ella por sí misma había criado a sus hijos, sintiendo después por ellos los dolores de parto tantas veces, cuantas los veía apartarse de vuestros mandamientos.

Últimamente, Señor, ya que por vuestra gracia permitís que os hablemos vuestros siervos, a todos nosotros los que antes del sueño de su muerte vivíamos juntos, y unidos también a Vos después de recibida la gracia de vuestro Bautismo, de tal suerte nos cuidaba, como si fuera madre de todos; y de tal suerte nos servía, como si cada uno de nosotros fuera su padre.

NOTAS

1. La muerte de Patricio fue en el año 371; habiendo quedado sola, tuvo más proporción para no perder de vista a su hijo Agustín, y seguirle a Cartago, a Milán, a Casiciaco, y a todas partes a donde él iba, hasta morir en Ostia con él a la cabecera.
2. En estos siervos entiende aquí San Agustín a los que en otras partes llama santos, por estar especialmente consagrados a Dios, y dedicados a su culto, como los eclesiásticos, los religiosos, las monjas.

CAPÍTULO X

Coloquio de Agustín con su madre, acerca del reino de los cielos

23. Acercándose ya el día en que mi madre había de salir de esta vida, el cual para Vos, Señor, era tan sabido como para nosotros ignorado, sucedió, sin duda disponiéndolo Vos por los medios inefables de vuestra Providencia, que mi madre y yo estuviésemos solos y asomados a una ventana, desde donde se veía un jardín que había dentro de la casa que habíamos tomado en la ciudad de Ostia, donde, apartados del bullicio de las gentes, pudiésemos descansar de las molestias de un largo viaje y disponernos para la navegación. Estando, pues, los dos solos, comenzamos a hablar, y nos era dulcísima la conversación; porque olvidados de todo lo pasado, empleábamos nuestros discursos en la consideración de lo venidero. Buscábamos en la misma verdad, que sois Vos y que estábais presente, qué tal sería aquella vida eterna que han de gozar los santos, que consiste en una felicidad, que ni los ojos la vieron, ni los oídos la oyeron, ni el corazón humano es capaz de concebirla. Abríamos la boca de nuestro corazón hacia aquellos raudales soberanos que manan de la inagotable fuente de la vida, que está en Vos, para que rociados con sus aguas, según nuestra capacidad, pudiésemos de algún modo pensar una cosa tan sublime y elevada.

24. Había llegado nuestra conversación a tales términos, que el mayor deleite de los sentidos corporales que pueda imaginarse, y en el mayor auge de luz y resplandor terreno que pueda concebirse, no solamente nos parecía indigno de poderse comparar, sino también de que le trajésemos a la memoria, respecto de aquella delicia de la vida eterna; cuando elevándonos con más fervoroso afecto hacia esto mismo, fuimos recorriendo sucesivamente por sus grados todas las criaturas corporales, y hasta el mismo cielo, desde donde el sol, la luna y las estrellas envían a la tierra su luz y resplandores. Subíamos todavía más, ya pensando interiormente en vuestras obras, ya comunicándonos uno a otro nuestros pensamientos con palabras, ya admirándonos de la excelencia de vuestras criaturas: venimos a tratar de nuestras almas, y de allí pasamos más adelante para llegar a tocar en aquella región de abundantes e indefectibles delicias, donde por toda la eternidad apacentáis a vuestros escogidos con el pábulo de la verdad infinita: donde es vida de todos los bienaventurados aquella misma Sabiduría, por la cual fueron hechas todas las cosas que al presente son, las que han sido, y las que serán; sin que ella haya sido hecha, porque es, y será siempre lo que ha sido.

En medio de nuestro coloquio, cuando más ansiosamente suspirábamos por ella, llegamos a tocarla con todo el ímpetu y fuerza de nuestro espíritu, aunque repentina e instantáneamente; y suspirando por aquella eternidad, dejándonos allí las primicias de nuestra alma, nos volvimos a nuestro común modo de hablar, donde la palabra suena para ser oída, y se comienza, y se acaba. Pero, ¿qué cosa hay semejante a vuestra palabra, que es nuestro Dios y Señor, que subsiste y permanece en sí misma, y lejos de poder envejecer, renueva todas las cosas?

25. Decíamos pues: si cesara enteramente la ruidosa inquietud que causan en un alma las impresiones del cuerpo; si no la conmovieran de modo alguno las especies que por la vista y demás sentidos corporales recibe de la tierra, de las aguas, de los cielos; si aun la misma alma no hablase consigo misma, y como olvidada de sí, no se detuviese a reflexionar sobre sí misma; si no hablaran tampoco los sueños, ni las revelaciones imaginarias; si finalmente cesaran todas las locuciones que puede un alma percibir de las criaturas; por manera que ni le hablaran con palabras de la lengua, ni por medio de signos o de señas, ni de otro cualquier modo de hablar sucesivo y pasajero; sino que enmudeciese todo lo criado, después de haberle dicho lo que están siempre diciendo estas cosas criadas a todo el que quiere oírlas, esto es: "No nos hemos hecho a nosotras mismas, sino que nos hizo el que permanece y dura eternamente". Si dicho esto, callara enteramente todo lo criado, y guardando un silencio profundo todo el universo, como para atender y escuchar al que le crió; entonces hablase él solo a aquella alma, no por medio de las criaturas, sino por sí mismo, de modo que oyésemos su palabra, no de boca de hombres, ni de voz de ángeles, ni mediante algún ruido de las nubes, ni por símbolos y enigmas; sino por el mismo Criador que el alma ama en estas criaturas, le oyera hablar sin ellas, como ahora nosotros mismos acabamos de experimentar en aquel feliz instante en que nuestro espíritu subió tan alto, que rápidamente llegó a tocar nuestro pensamiento aquella Sabiduría infinita, que eternamente subsiste sobre todas las cosas: pues si este conocimiento se continuara, de modo que, apartados todos los demás que son de esfera muy inferior, solo este sea el que arrebate el alma, la posea toda, y la introduzca donde esté rodeada y llena de gozos interiores, en el concepto de que la vida eterna sea tal, cual ha sido este momento de clara inteligencia que hemos tenido suspirando; ¿no sería todo esto lo que se le promete diciendo: "Entra en el gozo de tu Señor"? Pero esto, ¿cuándo se cumplirá? ¿Será cuando se verifique el que todos resucitaremos, pero no todos seremos inmutados?

26. Ve aquí con poca diferencia lo que entonces decíamos, aunque no fuese con estas mismas palabras, ni del mismo modo que ahora. Pero bien sabéis, Señor, que aquel día en que estuvimos hablando de estas cosas, y que según las íbamos tratando, nos

iba pareciendo más vil y despreciable este mundo con todos sus deleites, dijo mi madre entonces estas palabras: Hijo, por lo que a mí toca, ya ninguna cosa me deleita en esta vida. Yo no sé qué he de hacer de aquí en adelante en este mundo, ni para qué he de vivir aquí, no teniendo cosa alguna que esperar en este siglo. Una sola cosa había, por la cual deseaba detenerme algún poco de tiempo en esta vida, que era por verte católico cristiano, antes que muriese. Esto me lo ha concedido mi Dios más cumplidamente de lo que yo deseaba; pues además de esto, te veo en el número y clase de aquellos que despreciando toda felicidad terrena, se dedican totalmente a su servicio. Pues, ¿qué hago yo en este mundo?

CAPÍTULO XI

Del éxtasis y muerte de su madre

27. No me acuerdo muy bien de lo que respondí a estas palabras de mi madre. Pero de allí a cinco días o muy poco más, cayó enferma de calenturas. En uno de los días de su enfermedad padeció una especie de desmayo, en que por algún tiempo estuvo enajenada de los sentidos. Nosotros acudimos; pero prontamente volvió en sí, y mirándonos a mi hermano y a mí, que estábamos allí inmediatos a su lecho, nos dijo en tono de quien pregunta: ¿Dónde estaba yo ahora? Y después viéndonos sobrecogidos de aflicción, nos dijo: Aquí dejaréis enterrada a vuestra madre. Yo callaba y reprimía el llanto; pero mi hermano le dijo no sé qué palabras, que aludían a desearle como cosa más feliz el que muriese en su patria, y no en país tan extraño. Ella habiendo oído esto, mirándole primero con un rostro severo y desazonado, como reprendiéndole con los ojos que pensase de aquel modo; y mirándome después a mí, dijo: Mira lo que dice este. Luego, hablando con entrambos añadió: Enterrad este cuerpo donde quiera, y no tengáis más cuidado de él; lo que únicamente pido y os encomiendo, es que os acordéis de mí en el altar del Señor, dondequiera que os halléis. Habiendo manifestado este su pensamiento con las palabras que pudo, se quedó callando, y agravándose la enfermedad, creció también su fatiga.

28. Mas yo, Dios mío, considerando los dones que vuestra inescrutable providencia derrama invisiblemente en los corazones de vuestros fieles, haciendo que de allí nazcan frutos admirables, no podía menos de alegrarme y daros muchas gracias por lo que acababa de oír a mi madre, acordándome del gran cuidado que había tenido siempre de su sepulcro, y como le tenía ya prevenido y preparado junto al de su marido. Porque habiendo vivido los dos con grande unión y concordia, quería también, como es propio de un alma que todavía no está perfectamente capaz de las cosas divinas, que se añadiese a esta felicidad, el que después de su muerte contasen los hombres como después de aquella peregrinación ultramarina le hubiese Dios concedido restituirse a su patria, para que la tierra de sus dos cuerpos se cubriese con la tierra inmediata y contigua de sus dos sepulcros. Como yo ignoraba cuánto tiempo había ya que vuestros dones habían llenado su corazón, y expelido de él un pensamiento tan vano como este, me llen

ó de alegría y admiración lo que acababa de decirme. Es verdad que en aquel coloquio que tuvimos los dos a la ventana cuando me dijo: ¿Qué es lo que hago en

este mundo ya? no dio a entender de ninguna manera, que tuviese ya deseo de morir en su patria.

También supe después, como en aquel mismo tiempo que nos detuvimos en el puerto de Ostia, un día en que yo me hallaba ausente, estuvo mi madre hablando con unos amigos míos, a quienes trataba con la confianza que pudiera una madre con sus hijos, acerca del menosprecio de esta vida, y de los bienes y utilidades de la muerte. Admirándose ellos de la excelente virtud que Vos habíais concedido a aquella piadosa mujer, le preguntaron si verdaderamente no le daría sentimiento alguno el morir allí y dejar su cuerpo en una tierra tan lejos de su ciudad y patria; a lo que ella respondió: Nada hay lejos para Dios: ni hay que temer que se le olvide o no sepa el lugar donde está mi cuerpo, para resucitarme en el fin del mundo.

En fin, aquella alma tan llena de religión y piedad, fue desatada de las ligaduras del cuerpo al noveno día de la enfermedad referida, a los cincuenta y seis años de su edad, y a los treinta y tres de la mía.

CAPÍTULO XII

****De cómo lloró la muerte de su madre.****

29. Al mismo tiempo que yo cerraba sus ojos al cadáver, se iba apoderando de mi corazón una tristeza grande, que iba a resolverse en lágrimas; pero mis ojos, obedeciendo al violento imperio del alma, absorbían toda la corriente de su llanto, de modo que parecían enjutos. En esta repugnancia hacia el desahogo del llanto, tenía que vencer y padecer mucho. El joven Adeodato, luego que mi madre dio el último aliento, comenzó a llorar a gritos; pero a persuasión de todos nosotros se sosegó y calló. A este modo también era lo que yo experimentaba, pues aquel primer movimiento, que con pueril flaqueza me quería hacer prorrumpir en llantos y gemidos, a la voz y precepto de mi alma, como de sujeto más prudente y juicioso, se reprimía y callaba. Porque no pensábamos por conveniente acompañar con lamentos, gemidos y sollozos la muerte de mi madre; por ser estas unas demostraciones con que por lo común suele llorarse la infeliz y desgraciada suerte de los que han muerto, o con que al parecer se significa que se han consumido enteramente o aniquilado. Pero mi madre, ni había muerto de modo que se le pudiese temer algún infeliz destino, ni había muerto del todo, lo cual teníamos por verdad muy cierta, ya atendiendo a la pureza de sus costumbres y método de vida, ya a su fe no fingida, sino muy verdadera, y también por otras muchas razones que nos lo aseguraban.

30. Pues ¿qué era, Señor, aquello que tan gravemente sentía en lo interior de mi alma, sino la herida reciente que en ella había causado el haberse disuelto repentinamente aquella costumbre de vivir en su compañía, que me era tan sumamente amable y deliciosa? Es cierto que me complacía mucho lo que mi madre había testificado de mí, aun en esta su última enfermedad, en la cual, halagándome por los obsequios que yo le hacía y lo que la cuidaba, me llamaba hijo piadoso. Traía también a la memoria con grande afecto y ternura, que jamás había oído de mi boca palabra ni voz alguna que le fuese molesta ni injuriosa. Pero, a la verdad, Dios mío y mi Creador, ¿qué importaba todo esto, ni cómo era comparable el reconocimiento y respeto que yo le tuve, con los cuidados y servicios que le debía? Así, viendo yo que quedaba desamparado de tan grande consuelo como de ella recibía, mi alma estaba traspasada del dolor y pena, y parecía que mi vida se despedazaba; pues la mía y la suya no hacían más que una sola.

31. Después que a nuestras persuaciones, como he dicho, reprimió las lágrimas y clamores Adeodato, cogió Evodio un salterio, y comenzó a cantar aquel salmo: "Vuestra misericordia, Señor, y vuestra justicia cantaré en vuestra presencia"; y le

respondíamos todos los que estábamos en la casa. Al ruido de nuestras voces acudió gran número de personas fieles y piadosas de uno y otro sexo, y mientras que los que tienen esto a su cargo, disponían todas las cosas que según costumbre se requerían para el entierro, yo, en un lugar retirado, donde podía estar sin menoscabo de mi decoro, en compañía de algunos que no tuvieron por conveniente el dejarme solo, trataba y conferenciaba aquellas materias que me parecían oportunas y propias de aquella ocasión. Esta disputa e indagación de la verdad servía como de lenitivo a mi dolor y tormento, que solamente a Vos era notorio; pues los demás que me acompañaban y oían atentamente nuestras conferencias, no solamente ignoraban mi pena y sentimiento, sino que juzgaban que estaba sin pesadumbre ni dolor alguno. Pero bien llegaban a vuestros oídos las interiores voces de mi alma, con que yo me reprendía a mí mismo la debilidad y poca fortaleza de mi afecto, aunque los circunstantes no pudiesen oírlas. También delante de Vos comprimía el ímpetu de mi tristeza, la que cesando por brevísimo tiempo, volvía a prevalecer y apoderarse de mi corazón, aunque no tanto que me hiciese prorrumpir en lágrimas, ni se advirtiese alguna mutación en mi semblante; pero yo bien sabía cuán gravemente oprimido estaba mi corazón y acongojado. Y como por otra parte me desazonaba mucho el que hiciesen en mí tan fuerte y poderosa impresión estos sucesos humanos, que forzosa y necesariamente han de suceder, ya por el orden que vuestra providencia tiene establecido, ya por ser propios de nuestra condición y naturaleza, con otro nuevo dolor sentía mi dolor primero, y me afligía con duplicada tristeza.

32. Llegóse el tiempo de llevar el cadáver, y no lloré en todo el camino, ni a la ida ni a la vuelta; pues ni aun en aquellas preces y oraciones que os hicimos, mientras se os ofrecía por su alma el sacrificio de nuestra redención, estando ya puesto el cadáver junto a la sepultura antes que se enterrase, como allí se acostumbra hacer, ni en aquellas preces me enternecí ni lloré. Sin embargo, estuve todo el día poseído interiormente de una gran tristeza; y del modo que me permitía la turbación de mi alma, os suplicaba que sanaseis mi dolor; pero Vos no lo hacíais, y era, según creo, para que a lo menos por esta experiencia mía aprendiese y tuviese en la memoria la gran fuerza que tienen los lazos de toda costumbre, contra todas las reflexiones que pueda hacer un alma que ya está desengañada, y no se alimenta de la falsedad y mentira.

Entonces me pareció que también me convenía tomar baños, porque había oído decir que en latín se llamaban balnea, del nombre griego balanion, para significar que expulsan y echan fuera del alma toda aflicción y tristeza. Pero también debo confesar a vuestra infinita misericordia, con la que sois Padre mío y de todos los huérfanos, que

después de haberme bañado, me hallé del mismo modo que antes; porque el calor del baño no pudo hacer que expulsara por sudor la amargura y tristeza de mi alma.

Dormí después un rato, y cuando desperté, conocí que mi pena y sentimiento en parte se me habían mitigado. Entonces, estando solo en mi lecho, se me acordaron aquellos versos tan verdaderos de vuestro siervo Ambrosio, en que hablando con Vos dice:

Divino Creador del universo,
Que los cielos regís de polo a polo,
Engalanando el día con el terso
Y hermoso resplandor que el sol da solo;
Y que la noche, para fin diverso,
Vestís de luto con gustoso dolo
De los sentidos, que al trabajo adverso
Habilita los miembros fatigados,
Por medio del descanso y el reposo.
Para que por el sueño confortados
Vuelvan a su ejercicio laborioso:
Asimismo las almas angustiadas
Con cuidados, discursos, sutilezas,
Mediante el sueño, miran aliviadas
Sus penas, aflicciones y tristezas.

33. Pero desde estas consideraciones volvía a recaer poco a poco en los antecedentes y pasados sentimientos, acordándome de aquella vuestra sierva, de su vida y conducta fiel, tan piadosamente ordenada a Vos, como santamente halagüeña y suave para mí; y no pudiendo reprimir el sentimiento de verme privado de ella repentinamente, me dio gana de llorar delante de Vos por ella y por mí, tomando motivos para llorar de su proceder y el mío. Así solté el dique a mis lágrimas, que hasta entonces tenía represadas, dejándolas correr cuanto quisiesen, hasta que nadase y descansase mi corazón en ellas; como efectivamente descansó, por ser Vos el único testigo que había de mi llanto, no habiendo allí persona humana que diese a mis lágrimas alguna interpretación vana y siniestra.

Ahora, Señor, también os lo confieso por escrito; léalo el que quisiere, e interprételo como gustare. Si le pareciere que hice mal, y que pequé en haber llorado a mi madre por un corto espacio de tiempo, a una madre muerta allí a mis ojos, y que por muchos años me había llorado a mí para que viviese a los vuestros, le pido que no se ría de mi llanto; antes bien, si tiene bastante caridad, llore él también por mis pecados delante

de Vos, Dios mío, que sois el Padre de todos aquellos fieles que son hermanos de vuestro Hijo Jesucristo.

NOTA

1. Con esta misma expresión explicó el amor extremado que tenía a aquel amigo que se le murió en Tagaste, de quien habló en el libro IV, capítulo VI; pero aunque retrata aquella expresión, y le parece demasiada hablando del amor de su amigo, no la retrata ni modera hablando del que tenía a su santa madre.

CAPÍTULO XIII

Ora Agustín a Dios por su difunta madre.

34. Pero ahora que ya estoy sano de aquella herida que penetró mi corazón, y en que pudiera reprenderse por excesivo mi carnal afecto, os ofrezco, Dios mío, por aquella sierva vuestra otro muy diferente género de lágrimas, que dimanen del temor que padece mi espíritu, considerando los peligros de cualquier alma que contrae la culpa y muerte de Adán. Pues aunque mi madre fue vivificada en Cristo, y también mientras vivió en este mundo tuvo una conducta tan justificada, que su fe y sus costumbres dan motivo de que se alabe y bendiga vuestro santo nombre; con todo eso no me atreveré a asegurar, que desde que le disteis la vida de la gracia en el bautismo, no se le escapase de su boca siquiera una palabra que por vuestros mandamientos estuviese prohibida. Y sabemos que la Verdad por esencia, que es vuestro unigénito Hijo, dejó dicho en su Evangelio, que si alguno injuriase a su hermano diciéndole que es un fatuo, se hacía digno del infierno. ¡Desventurado el hombre, por más laudable que haya sido su vida, si Vos le juzgáis sin misericordia!

Mas como no escudriñáis con todo ese rigor nuestros pecados, confiadamente esperamos hallará en vuestra piedad algún lugar el perdón. Y a la verdad, Señor, cualquiera que delante de Vos contara y alegara sus verdaderos méritos, ¿qué hacía sino contar los que Vos le habíais dado, pues todos son dones vuestros? ¡Oh si los hombres acertasen a conocer que son hombres! ¡Y el que se alaba y gloria, se alabase y gloriasse en el Señor!

35. Yo, pues, ¡oh alabanza mía, vida mía, Dios de mi corazón! dejando ahora aparte todas las buenas obras de mi madre, por las cuales os doy muchas gracias con grande gusto mío, os pido ahora el perdón de sus pecados. Concedédmelo, Señor, por los méritos de Jesucristo, que murió pendiente del árbol de la cruz, que fue el remedio universal de todas nuestras llagas, y ahora sentado a vuestra diestra, no cesa de interceder por nosotros. Yo sé que ella ejercitó las obras de misericordia, y que perdonó muy de corazón a todos los que la habían ofendido; pues Vos, Señor, perdonad también a ella sus deudas, si contrajo algunas en tantos años como vivió, después que fue lavada en el agua saludable del bautismo. Perdonadla, Señor, perdonadla, os ruego: y no entréis con ella a juicio. Sobresalga, Señor, vuestra misericordia sobre vuestra justicia; ya que no puede faltar la verdad de vuestras palabras, y Vos habéis prometido tener misericordia con los que han sido misericordiosos. Si ellos lo fueron, a vuestra misericordia deben el haberlo sido; y

como dice vuestro apóstol Pablo: Tendréis misericordia de los mismos con quienes antes habéis sido misericordioso, y daréis vuestra misericordia a aquellos con quienes queráis usarla.

36. Yo bien creo, que ya Vos habréis ejecutado lo mismo que os suplico; pero llevad bien, Señor, que yo os explique estos deseos de mi voluntad, cuando os ruego por una madre tan cristiana, que estando ya próximo el día de su muerte, no pensó siquiera en que su cuerpo se enterrase con aparato suntuoso, ni de que fuese antes embalsamado, ni deseó que le colocasen en un sepulcro distinguido y separado, ni cuidó de que le llevasen al que en su patria tenía prevenido. Nada de esto nos mandó; sino únicamente que nos acordásemos de ella en el sacrificio del altar, al cual todos los días asistía y cooperaba indispensablemente. Sabía que en él se ofrecía y sacrificaba aquella Víctima santa, con cuya sangre se borró la cédula del decreto que había contra nosotros, y quedó vencido nuestro mortal enemigo, que es el que se ocupa en hacer el cómputo de nuestros pecados; el que por más solícito que anduvo buscando algún defecto que oponer contra la santidad de aquel por quien le vencimos, no halló imperfección alguna que fiscalizar.

¿Quién podrá volverle la inocente sangre que derramó por nosotros? ¿Quién podrá restituirle el infinito precio con que nos compró y se hizo Señor de nosotros, para que intente arrancarnos de su poder y dominio?

Pues a este Sacramento que contiene el precio de nuestra redención, es al que mi madre y sierva vuestra tenía atada estrechamente su alma con el lazo de la fe. Nadie, pues, Dios mío, nadie rompa ese lazo separándola de vuestra protección. No se interponga a estorbarla el dragón infernal con sus violencias ni con sus astucias: es verdad que ella no responderá que no debe cosa alguna, ni tiene que satisfacer a vuestra justicia, temiendo ser convencida de lo contrario y venir a manos de su acusador astuto y malicioso; pero responderá que sus deudas se las ha perdonado aquel Señor, a quien nadie puede restituir lo que pagó por nosotros sin deberlo.

37. Descanse eternamente en paz con su marido, que fue el único que tuvo, pues ni después de él conoció a otro, habiéndole servido de manera, que al mismo tiempo que mereció mucho para con Vos por su paciencia, logró también ganarle para Vos.

Inspirad Vos, Dios mío y mi Señor, inspirad a vuestros siervos que miro como a hermanos, inspirad a vuestros hijos que venero como a señores míos, a quienes sirvo con mis palabras, con mi corazón, con mis escritos: que todos los que leyeren estas mis Confesiones, hagan en vuestros altares conmemoración de Mónica vuestra sierva, y juntamente de Patricio su esposo, por medio de los cuales me disteis el ser, y me

introdujisteis a esta vida, sin saber yo cómo. A todos, pues, les ruego, que con un afecto de piadosa caridad se acuerden de los que fueron mis padres en esta luz y vida transitoria, y mis hermanos en el seno de la Iglesia católica, madre de todos los fieles, siendo Vos el Padre de todos, y que espero serán también mis conciudadanos en la Jerusalén eterna, por la cual suspira incesantemente vuestro pueblo, mientras dura su peregrinación en esta vida, hasta que vuelva a la deseada patria. Así tendré yo el consuelo de haber procurado a mi madre las oraciones de muchos, y de que por medio de mis Confesiones logre más abundantemente, que por mis oraciones solas, la última cosa que me pidió y encargó.

LIBRO X

Muestra por qué grados fue subiendo al conocimiento de Dios; que se halla a Dios en la memoria, cuya capacidad y virtud describe hermosamente; que solo en Dios está la verdadera bienaventuranza que todos apetecen, aunque no todos la buscan por los medios legítimos. Después describe el estado presente de su alma y los males de las tres concupiscencias.

CAPÍTULO I

Que en solo Dios halla un alma su esperanza y alegría.

1. Conózcaos yo, Padre mío, conózcaos yo como Vos me conocéis. Vos, Dios mío, que sois la virtud y fortaleza de mi alma, entrad en ella, ajustadla tanto a Vos, que la tengáis, poseáis y llenéis toda, y ella quede a vuestros ojos sin arruga ni mancha. Así lo espero y deseo, y esto me da aliento y confianza de hallaros; esta esperanza es la que me alegra, cuando es legítima y verdadera mi alegría. Todas las demás cosas de esta vida tanto menos deberían llorarse, cuanto más se suele llorar el no tenerlas; y por otra parte tanto más se debían llorar, cuanto menos se suele llorar el gozarlas. Esta es una confesión de la verdad que Vos amáis: y como el que sigue la verdad llega a conseguir la luz, yo quiero seguirla y practicarla, ya sea en la confesión que os hago en lo oculto de mi corazón, ya sea en la que hago públicamente con mi pluma delante de todo el mundo.

CAPÍTULO II

Siendo claras y manifiestas respecto de Dios las cosas más ocultas, qué viene a ser lo que hace el hombre en confesarse a Dios.

2. Aunque no quisiese yo confesarme, ni descubrirme a Vos, ¿qué cosa puede haber en mí que os sea oculta, Señor, a cuyos ojos están patentes y claros los más profundos y escondidos senos de nuestra conciencia? En tal caso, en lugar de ocultarme a vuestra vista, os alejaría a Vos de la mía. Pero ahora que mis gemidos y llantos testifican que verdaderamente me desagrado a mí mismo, Vos, Señor, os dignáis descubriros resplandeciente a mi alma; Vos sois toda mi complacencia, Vos sois el objeto de mi amor y de mis deseos; para que avergonzándome de mí mismo, me desprecie y deje a mí, y os escoja solo a Vos, de modo que ya no piense tener gusto en Vos ni en mí, que no provenga de Vos.

Es ciertísimo, pues, que Vos, Señor, me conocéis claramente tal como soy; pero ya he dicho antes el provecho que espero sacar de confesarme a Vos. Así no lo ejecuto con palabras ni voces formadas en mi boca; sino con palabras interiores de mi alma, y clamores de mi pensamiento, que llegan a vuestros oídos. Si soy malo, no es otra cosa el confesarlo a Vos, que desagradarme de mí mismo; y si soy bueno, no es otra cosa el confesarlo a Vos, que no atribuirme a mí mismo esa bondad: porque Vos sois el que dais vuestra bendición al justo, haciendo Vos mismo que lo sea el que antes era pecador y malo. Así, Dios mío, estas Confesiones que hago delante de Vos, las hago al mismo tiempo callando y no callando; porque si calla el ruido de la voz exterior, no calla mi corazón, ni cesa de clamar. Ni yo hablo ni comunico a los hombres alguna cosa buena, que Vos antes no la hayáis oído de mí; ni tampoco pudiera ser que Vos la oyérais de mí, si Vos mismo no me la hubiérais dicho o inspirado.

CAPÍTULO III

Del fruto que sacaba de confesar a Dios el estado presente de su alma, a distinción de lo que antes había sido.

3. ¿Qué me importa a mí que oigan o no los hombres las Confesiones mías, como si ellos hubieran de sanar todas las dolencias de mi alma; siendo ellos tan cuidadosos para saber la vida ajena, como desidiosos para enmendar la suya? ¿Para qué desean oír de mí lo que soy, no queriendo escuchar de Vos lo que son ellos? Mas cuando me oigan hablar de mí mismo, ¿de dónde saben ellos si yo les digo la verdad; siendo así que ninguno de los hombres puede saber lo que pasa en lo interior de cada uno, sino el espíritu humano que está en el hombre mismo? Pero si os oyeran hablar de ellos mismos, no pudieran decir nunca: "el Señor nos engaña", o "esto es mentira".

Porque oír ellos lo que decís de ellos mismos, ¿qué otra cosa es sino conocerse a sí propios? Y ¿quién es el que habiendo llegado a este conocimiento, se atrevió a decir: "es falso esto que conozco", sino mintiendo él mismo?

Mas como es propio de la caridad hacer que todos los que ella une de modo que tengan un solo corazón, se crean todas las cosas mutuamente unos a otros: yo, Señor, también os hago mi confesión, de tal modo que pueda llegar a noticia de los hombres, aunque no pueda hacerles demostración de que os confieso realmente la verdad; porque estoy seguro que me creerán todos aquellos a quienes la caridad anima y les abre los oídos.

4. No obstante, Dios mío y médico soberano de mi alma, dignaos de declararme qué fruto puedo sacar de hacer esto. Ya veo que las confesiones de mis males pasados, que Vos me perdonasteis, y los borrasteis para comunicarme vuestra bienaventuranza, dando a mi alma nuevo ser con la fe y gracia de vuestro santo Bautismo; cuando se leen, o se oyen, han de excitar precisamente el corazón humano, para que no se deje oprimir del letargo de la desesperación, ni diga: "No puedo ya ser otro". Ellas servirán para despertarle de tan peligroso sueño, y hacerle vigilante en el amor de vuestra misericordia, y en la dulzura de vuestra gracia, que es la que da a los flacos el poder y robustez que necesitan, como también la luz que es necesaria para que reconozcan su flaqueza. Aun los buenos se deleitan con saber los males pasados, de los que ya se han librado ellos; pero no se deleitan porque son males, sino porque de tal modo lo fueron que ya no lo son.

¿Cuál, pues, será el provecho, Dios y Señor mío, a cuya presencia se confiesa todos los días mi alma, quedando más quieta y segura con la esperanza de vuestra misericordia, que con su inocencia; cuál, digo, será el provecho que puedo prometerme de hacer ante Vos estas Confesiones por escrito, por lo que toca a dar noticia a los hombres de lo que soy al presente, no de lo que antes de ahora he sido? Porque ya he visto el fruto que corresponde a confesar lo que fui, y ya hice antes conmemoración de él.

Lo que soy ahora en este mismo tiempo en que estoy escribiendo mis Confesiones, hay muchos que lo desean saber, ya de los que me conocieron antes, ya también de los que no me conocieron, sino que a mí mismo o a otros han oído hablar de mí; aunque ni los unos ni los otros pueden aplicar sus oídos a las voces interiores de mi corazón, donde se halla realmente la verdad de lo que soy. Quieren, pues, oírme confesar lo que soy verdaderamente en mi interior, a donde no pueden aplicar sus ojos, ni sus oídos, ni sus entendimientos; con todo eso ellos lo quieren, y están dispuestos a creerme; pero ¿acaso eso es bastante para que tengan un conocimiento cierto y seguro de lo que yo soy interiormente? La caridad que los hace tan buenos como ellos son, es la que les persuade que yo no miento en estas Confesiones que hago de mí mismo, y ella es la que hace que den crédito a mis palabras.

CAPÍTULO IV

Del grande fruto que esperaba hacer en los fieles con los libros de sus Confesiones.

5. ¿Pero qué fruto esperan sacar de mis Confesiones aquellos que las desean? ¿Será acaso que quieren alegrarse conmigo y darme parabienes, cuando sepan lo que por vuestra gracia he adelantado para acercarme a Vos; y orar por mí, cuando me oigan confesar cuanto me estorbe para eso mismo el peso de mi corrupción? A estos tales yo me descubriré desde luego: porque ya no es pequeño fruto, Dios y Señor mío, que muchos os den gracias por los beneficios que me habéis hecho, y sean muchos también los que os supliquen y hagan oración por mí.

Bueno es que mis hermanos amen en mí lo que Vos enseñáis que debe ser amado; y bueno es que sientan ver en mí lo que Vos enseñáis que debe ser sentido. Haga esto el que me ame como verdadero hermano suyo; no aquel que por falta de caridad y fe me sea extraño, y permanezca en la clase de los que llama David hijos ajenos, cuya boca se emplea en doctrinas vanas, y cuya diestra lo es para la maldad. Haga esto, vuelvo a decir, el que me mire con fraternal afecto; porque este, cuando me aprueba, se alegra de mi bien, y cuando me reprueba, se entristece de mi mal; porque ya apruebe o ya repruebe mi conducta, siempre me ama. Pues a estos quiero darme a conocer, para que respiren con alegría cuando sepan lo que hay en mí de bueno, y suspiren con tristeza por lo que hubiere de malo.

Cuanto hay en mí de bueno, de Vos, Señor, dimanó, de Vos tuvo el principio, todo ello es don vuestro; pero cuanto hay de malo, o son mis propios delitos, o son penas que les corresponden por vuestros justos juicios. Pues respiren mis hermanos por aquellos bienes, y suspiren llorosos por estos males: tanto sus alegres himnos como sus tristes llantos suban hasta el trono de vuestra Majestad, como oloroso incienso que exhalan los corazones de mis hermanos, como otros tantos racionales incensarios llenos del fuego de la caridad. Y Vos, Señor, aplacado con esa fragancia de vuestro santo templo, habed piedad de mí, según es propio de vuestra grande misericordia, por la gloria de vuestro santo nombre; y no cesando jamás de conservar lo bueno que en mí habéis comenzado, perfeccionad también lo que todavía hubiere de imperfecto.

6. Este es, Señor, todo el fruto que pretendo sacar de estas mis Confesiones: no va diciendo lo que he sido antes, sino lo que soy ahora. Lo confesaré no solamente en vuestra presencia con interior alegría mezclada de temor, y con oculta tristeza acompañada de esperanza; sino que también delante de todos los fieles hijos de los

hombres, compañeros de mi gozo, participantes como yo de la humana y mortal naturaleza, conciudadanos míos de la celestial Jerusalén, a la cual se dirigen como peregrinos conmigo en la tierra, ya sean los que me precedan, ya los que me sigan, ya los que me acompañen durante el camino de mi vida. Estos son vuestros siervos, y por eso mis hermanos: Vos, Señor, quisisteis que fuesen vuestros hijos, y me habéis mandado que les sirva como a mis señores si quiero vivir con Vos de vuestra misma vida.

Para que yo lo pudiese ejecutar, no me bastaría que vuestra palabra solo hablando me lo mandase, si además no me hubiera precedido ejecutando lo mismo que había mandado. Pues también yo hago esto que me mandáis con mis hechos y con mis dichos. Esto hago bajo la protección de vuestras alas, y es cierto que lo haría con grandísimo peligro, a no estar mi alma debajo de la protección de vuestras alas, y a no seros notoria mi flaqueza.

Es verdad que yo soy un parvulillo; pero mi padre vive siempre y es eterno, y en él tengo el tutor que necesito. El mismo que me dio el ser, es mi tutor; Vos, Señor, sois para mí todo esto, y todos mis bienes juntos: Vos sois el Todopoderoso, que estáis siempre conmigo, aun antes que yo estuviese con Vos. A aquellos, pues, a quienes me mandáis que sirva en esto, me descubriré, y les manifestaré, no ya lo que he sido antes, sino lo que ya soy, y lo que todavía soy: sin embargo, no me juzgo a mí mismo con el juicio más exacto, cabal y perfecto; bajo cuyo concepto se ha de entender lo que les voy a decir.

NOTAS

1. Dice el santo Doctor, que Dios le ha mandado que sirva a sus hermanos, aludiendo a lo que, su Majestad dijo por san Lucas (22:26): "El que sea el mayor entre vosotros, hágase como el menor; y el que fuere presidente y prelado, hágase y pórtese como el siervo y ministro de todos". Así san Agustín, aun siendo obispo, cumplía exactísimamente este precepto; y no mandaba, sino que servía a sus clérigos, a sus frailes, a todos sus inferiores y súbditos.

2. Lo que ya soy, esto es, lo que ya he adelantado en la virtud; y lo que todavía soy, esto es, lo que todavía me falta para enmendar y perfeccionar. Esto mismo lo dice de otro modo al principio de este capítulo en aquellas palabras: "lo que por vuestra gracia he adelantado para acercarme a Vos"; y... "cuanto me estorbe el peso de mi corrupción". Pero los traductores no han explicado bien el "quis jam sim, et quis adhuc sim" del texto.

CAPÍTULO V

Que el hombre no se conoce a sí mismo cabal y perfectamente.

7. Vos solamente, Señor, sois el que puede hacer juicio cabal de lo que soy; pues aunque es cierto que ninguno de los hombres puede llegar a saber lo que pasa en lo interior de otro hombre, sino el mismo espíritu que está en cada uno de ellos; hay no obstante algunas cosas en el hombre, que aun el mismo espíritu que le anima no las sabe cabal y perfectamente. Solo Vos, Señor, que le habéis criado, conocéis todas sus cosas con ese cabal y perfectísimo conocimiento. Pero yo, aunque respecto de vuestra perspicacia me respete a mí mismo, y conozca que soy tierra y ceniza, algunas sé y puedo afirmar de Vos, que no las sé ni puedo afirmar de mí.

Es muy cierto que ahora no os vemos sino confusamente como por un espejo y en enigmas, no habiendo llegado todavía a veros cara a cara. Por eso mientras dura mi peregrinación en la tierra, me veo más de cerca a mí mismo que no a Vos: y no obstante eso sé ciertamente de Vos, que de ningún modo podéis padecer violencia ni daño alguno; cuando de mí mismo ignoro enteramente a qué tentaciones sabré resistir, y a cuáles no sabré. Tengo esperanza de salir con victoria, fundándola en que Vos sois fiel en vuestras promesas, y no permitís que seamos tentados más de lo que nuestras fuerzas pueden resistir; antes bien hacéis que saquemos provecho de la tentación, para que al fin salgamos victoriosos. Confesaré, pues, lo que sé de mí, y confesaré también qué es lo que de mí no sé. Porque todo lo que sé de mí, lo sé mediante la luz que Vos me habéis comunicado para que lo sepa; y lo que no sé de mí, estaré sin saberlo, hasta que estas tinieblas de mi ignorancia se conviertan en luz tan clara como la del mediodía con el resplandor de vuestra divina presencia.

CAPÍTULO VI

Qué cosa es la que se ama cuando se ama a Dios: y cómo por las criaturas se llega a conocer al Creador.

8. Yo, Señor, sé con certeza que os amo, y no tengo duda en ello. Heristeis mi corazón con vuestra palabra, y luego al punto os amé. Además de esto, también el cielo, la tierra y todas las criaturas que en ellos se contienen, por todas partes me están diciendo que os ame; y no cesan de decírselo a todos los hombres, de modo que no pueden tener excusa, si lo omiten.

Pero el más alto y seguro principio de ese amor es que Vos usáis con ellos de vuestra misericordia, haciendo que os amen aquellos con quienes habéis determinado ser misericordioso. Concedéis por vuestra piedad que os tengan amor, los que por misericordia vuestra teníais escogidos para que os amaran; sin lo cual serían tan inútiles las voces con que el cielo y la tierra se explican incesantemente en vuestras alabanzas, como si las dijeran a los sordos.

Pero ¿qué es lo que yo amo cuando os amo? No es hermosura corpórea, ni bondad transitoria, ni luz material agradable a estos ojos; no suaves melodías de cualesquiera canciones; no la gustosa fragancia de las flores, ungüentos o aromas; no la dulzura del maná, o la miel, ni finalmente deleite alguno, que pertenezca al tacto o a otros sentidos del cuerpo.

Nada de eso es lo que amo, cuando amo a mi Dios; y no obstante eso, amo una cierta luz, una cierta armonía, una cierta fragancia, un cierto manjar, y un cierto deleite cuando amo a mi Dios, que es luz, melodía, fragancia, alimento y deleite de mi alma. Resplandece entonces en mi alma una luz que no ocupa lugar; se percibe un sonido que no lo arrebatara el tiempo; se siente una fragancia, que no la esparce el aire; se recibe gusto de un manjar que no se consume comiéndose; y se posee estrechamente un bien tan delicioso, que por más que se goce y se sacie el deseo, nunca puede dejarse por fastidio. Pues todo esto es lo que amo, cuando amo a mi Dios.

9. Pero ¿qué viene a ser esto? Yo pregunté a la tierra, y respondió: No soy yo eso; y cuantas cosas se contienen en la tierra me respondieron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos, y a todos los animales que viven en las aguas, y respondieron: No somos tu Dios; búscale más arriba de nosotros. Pregunté al aire que respiramos, y respondió todo él con los que le habitan: Anaxímenes se engaña, porque no soy tu Dios.

Pregunté al cielo, sol, luna y estrellas, y me dijeron: Tampoco somos nosotros ese Dios que buscas. Entonces dije a todas las cosas que por todas partes rodean mis sentidos: Ya que todas vosotras me habéis dicho que no sois mi Dios, decidme por lo menos algo de él. Y con una gran voz clamaron todas: Él es el que nos ha hecho.

Estas preguntas que digo yo que hacía a todas las criaturas, era solo mirarlas yo atentamente y contemplarlas; y las respuestas que digo me daban ellas, es solo presentárseme todas con la hermosura y orden que tienen en sí mismas.

Después de esto, volviendo hacia mí la consideración, me pregunté a mí mismo: Tú, ¿qué eres? y me respondí: soy hombre. Y bien claramente conozco, que soy un todo compuesto de dos partes, cuerpo y alma, una de las cuales es visible y exterior, y la otra invisible e interior. ¿Y de las dos es de las que debo valerme para buscar a mi Dios, después de haberle buscado recorriendo todas las criaturas corporales que hay desde la tierra al cielo, hasta donde pude enviar por mensajeros los rayos visuales de mis ojos? No hay duda en que la parte interior es la mejor y más principal: pues ella era a quien todos los sentidos corporales que habían ido por mensajeros, referían las respuestas que daban las criaturas, y la que como superior juzgaba de lo que habían respondido cielo y tierra, y todas las cosas que hay en ellos diciendo: Nosotras no somos Dios, pero somos obra suya. El hombre interior que hay en mí, es el que recibió esta respuesta, y conoció esta verdad, mediante el ministerio del hombre exterior. Es decir, que yo considerado según la parte interior de que me compongo, yo mismo, en cuanto al alma, conocí estas cosas por medio de los sentidos de mi cuerpo. Pregunté por mi Dios a toda esta grande máquina del mundo, y me respondió: Yo no soy Dios, pero soy hechura suya.

10. Esta hermosura y orden del universo, ¿no se presenta igualmente a todos los que tienen cabales sus sentidos? Pues ¿cómo a todos no les responde eso mismo?

Todos los animales, desde los más pequeños hasta los mayores, ven esta hermosa máquina del universo; pero no pueden hacerle aquellas preguntas, porque no tienen entendimiento, que como superior juzgue de las noticias y especies que traen los sentidos. Los hombres sí que pueden ejecutarlo, y por el conocimiento de estas criaturas visibles pueden subir a conocer las perfecciones invisibles de Dios: aunque sucede, que llevados del amor de estas cosas visibles, se sujetan a ellas como esclavos; y así no pueden juzgar de las criaturas, pues para eso habían de ser superiores a ellas. Ni estas cosas visibles responden a los que solamente les preguntan; sino a los que al mismo tiempo que preguntan, saben juzgar de sus respuestas. Ni ellas mudan su voz, esto es, su natural hermosura, ni respecto de uno que no hace más que verlas, ni respecto de otro, que además de esto se detiene a

preguntarles: no es que a aquel parezcan de un modo y a este de otro, sino que presentándose a entrambos con igual hermosura, hablan con el uno, y son mudas para con el otro; o por mejor decir, a entrambos y a todos hablan; pero solamente las entienden los que saben cotejar aquella voz que perciben por los sentidos exteriores, con la verdad que reside en su interior.

Esta verdad es la que me dice: No es tu Dios el cielo ni la tierra, ni todo lo demás que tiene cuerpo. La misma naturaleza de las cosas corporales, a cualquiera que tenga ojos para verlas, le está diciendo: Esto es una cantidad abultada; y esta precisamente es menor en la parte que en el todo. De aquí se infiere, que tú, alma mía, eres mejor que todo lo corpóreo, porque tú animas esa abultada cantidad de tu cuerpo, y le das la vida que goza; lo que cuerpo ninguno puede hacer con otro cuerpo. Pero tu Dios está tan lejos de ser corpóreo, que aun respecto de ti, que eres vida del cuerpo, es Dios tu vida.

NOTA

1. Anaxímenes se engaña. Este filósofo, que florecía durante el cautiverio de los israelitas en Babilonia, enseñaba que el aire era infinito, y que era el principio y causa de todas las cosas, aun de los mismos dioses. Fue discípulo de Anaximandro y maestro de Diógenes y de Anaxágoras, como dice el mismo Santo en el libro 8 de *Civitate Dei*, cap. 2.

CAPÍTULO VII

Que ninguno puede hallar a Dios por medio de los sentidos corporales ni de las potencias puramente sensitivas.

11. Pues ¿qué es lo que yo amo, cuando amo a mi Dios? ¿Qué ser tiene aquel que es superior a lo que hay más alto y superior en mi alma? Es menester que ella me sirva como de escala para subir hasta él. Pasaré, pues, más arriba de aquella facultad que ejerce mi alma en el cuerpo, comunicando la vida a todas las partes de que se compone: pues con sola esta facultad o potencia de mi alma no puedo hallar a mi Dios; porque de lo contrario se siguiera, que también le hallarían el caballo y el mulo que no tienen entendimiento, pues también ellos tienen esa facultad que da vida a sus cuerpos.

Hay además en mi alma otra virtud y facultad superior a esta, la cual no solamente hace que viva el cuerpo, sino también que sea sensitivo. El mismo Señor que crió a mi alma con esta facultad, mandó y dispuso que no oyera por los ojos, ni viera por los oídos; sino que se sirviera de aquellos para ver, y de estos para oír: y así respectivamente de los demás sentidos, a los cuales señaló sus propios y peculiares órganos para los diversos oficios que mi alma siendo única, ejecuta por diferentes sentidos.

Pues también debo pasar más arriba de esta facultad de mi alma que me da la vida sensitiva, porque esta es común al caballo y demás brutos, que igualmente sienten por medio de los órganos y sentidos de su cuerpo.

CAPÍTULO VIII

De la admirable virtud y facultad de la memoria.

12. Continuando, pues, en servirme de las potencias de mi alma, como de una escala de diversos grados para subir por ellos hasta mi Creador, y pasando más arriba de lo sensitivo, vengo a dar en el anchuroso campo y espaciosa jurisdicción de mi memoria, donde se guarda el tesoro de innumerables imágenes de todos los objetos que de cualquier modo sean sensibles, las cuales han pasado al depósito de la memoria por la aduana de los sentidos. Además de estas imágenes, se guardan allí todos los pensamientos, discursos y reflexiones que hacemos, ya aumentando, ya disminuyendo, ya variando de otro modo aquellas mismas cosas que fueron el objeto de nuestros sentidos; y en fin, allí se guardan cualesquiera especies, que por diversos caminos se han confiado y depositado en la memoria, si todavía no las ha deshecho y sepultado el olvido.

Cuando mi alma se ha de servir de esta potencia, pide que se le presenten todas las imágenes que quiere considerar: algunas se le presentan inmediatamente; pero otras hay que buscarlas más despacio, como si fuese menester sacarlas de unos senos más retirados y ocultos. Otras suelen salir amontonadas y de tropel; y aunque no sean aquellas las especies que entonces se pedían y buscaban, ellas se ponen delante como diciendo: ¿por ventura somos nosotras las que buscáis? Yo las aparto de la vista y aspecto de mi memoria con la mano y entendimiento, hasta que se descubra lo que busco, y acabe de dejarse ver, saliendo de aquellos senos donde estaba escondido. También hay otras que se presentan fácilmente, y con el mismo orden con que se las va llamando; entonces las primeras ceden su lugar a las que siguen, y cediéndole vuelven a guardarse. Todo esto sucede verdaderamente cuando digo alguna cosa de memoria.

13. Allí están guardadas con orden y distinción todas las cosas, y según el órgano o conducto por donde ha entrado cada una de ellas; como por ejemplo, la luz y todos los colores, la figura y hermosura de los cuerpos, por los ojos; todos los géneros y especies que hay de sonidos y voces, por los oídos; todos los olores, por el órgano del olfato; todos los sabores, por el gusto; y finalmente, por el sentido del tacto que se extiende generalmente por todo el cuerpo, todas las especies de que es duro o blando, caliente o frío, suave o áspero, pesado o ligero, ya sean estas cosas exteriores, ya interiores al cuerpo. Este capacísimo retrete de la memoria recibe, en no sé qué secretos e inexplicables senos que tiene, todas estas cosas, que por las diferentes

puertas de los sentidos entran en la memoria, y en ella se depositan y guardan, de modo que puedan volver a descubrirse y presentarse cuando fuere necesario.

Pero no entran allí estas mismas cosas materiales; sino que unas imágenes que representan esas mismas cosas sensibles, son las que se ofrecen y presentan al pensamiento, cuando sucede que uno se acuerda de ellas. Mas, ¿quién sabe ni podrá decir cómo fueron formadas estas especies o imágenes, no obstante que claramente consta, por qué sentidos fueron atraídas y guardadas allí dentro?

Porque aun cuando estoy a oscuras y en silencio, si yo quiero, saco en mi memoria varios colores, y hago distinción entre lo blanco y lo negro, y entre los demás colores que quiero; y los ruidos o sonidos no se presentan entonces, ni perturban lo que estoy considerando, y que ha entrado por los ojos; siendo así que también los sonidos están allí, aunque puestos como separadamente y escondidos. Porque también si me agrada, pido que salgan ellos, al instante se me presentan: y entonces sin mover la lengua, y callando la garganta, canto en mi interior todo lo que quiero; y no obstante que están allí también las dichas imágenes de los colores, no se mezclan con estas otras, ni sirven de estorbo, cuando se está disfrutando aquel otro depósito de imágenes que entraron por los oídos.

Del mismo modo recuerdo a mis solas, cuando quiero, todas las demás cosas, cuyas imágenes entraron a juntarse en la memoria por los otros sentidos; y sin oler cosa alguna, discierno entre el olor de los lirios y de las violetas; y sin valerme del gusto ni del tacto, sino solamente repasando las especies que enviaron a mi memoria estos sentidos, prefiero la dulzura de la miel a la del arrope, y lo que es suave a lo que es áspero.

14. Todo esto lo ejecuto dentro del gran salón de mi memoria. Allí se me presentan el cielo, la tierra, el mar, y todas las cosas que mis sentidos han podido percibir en ellos, excepto las que ya se me hayan olvidado. Allí también me encuentro yo a mí mismo, me acuerdo de mí y de lo que hice, y en qué tiempo y en qué lugar lo hice, y en qué disposición y circunstancias me hallaba cuando lo hice. Allí se hallan finalmente todas las cosas de que me acuerdo, ya sean las que he sabido por experiencia propia, ya las que he creído por relación ajena. A todas estas imágenes añado yo mismo una innumerable multitud de otras que formo sobre las cosas que he experimentado, o que fundado sobre estas he creído por diversos modos, y son las semejanzas y respectos que todas ellas dicen entre sí y esas otras. Además de esto se han de añadir las ilaciones que hago de todas estas especies, como las acciones futuras, los sucesos venideros, y las esperanzas: todo lo cual lo considero y miro en la memoria como presente, sin salir de aquel capacísimo seno de mi alma, lleno de tantas imágenes de

tan diversas cosas. Y suelo decirme a mí mismo: Yo he de hacer esto o aquello: y de aquí se seguirá esto o lo otro. ¡Ojalá que sucediera tal o tal cosa! ¡No quiera Dios que esto o aquello suceda! Todo esto lo digo en mi interior; y cuando lo digo, salen de aquel tesoro de mi memoria, y se me presentan las imágenes de todas las cosas que digo; y nada de eso pudiera decir, si aquellas imágenes no se me presentaran.

15. Grande es, Dios mío, esta virtud y facultad de la memoria: grandísima es, y de una extensión y capacidad que no se le halla fin. ¿Quién ha llegado al término de su profundidad? Pues ella es una facultad y potencia de mi alma, y pertenece a mi naturaleza; y no obstante, yo mismo no acabo de entender todo lo que soy. Pues qué, ¿el alma no tiene bastante capacidad para que quepa en ella todo su propio ser? ¿Y dónde ha de quedarse aquello que de su ser no cabe dentro de ella misma? ¿Acaso ha de estar fuera de ella, y no en ella misma? Pues, ¿cómo puede ser verdad que no se entienda ni comprenda toda a sí misma?

Esto me causa grande admiración, y me tiene atónito y pasmado. Los hombres por lo común se admiran de ver la altura de los montes, las grandes olas del mar, las anchurosas corrientes de los ríos, la latitud inmensa del océano, el curso de los astros; y se olvidan de lo mucho que tienen que admirar en sí mismos. No admiran ellos, que cuando yo nombraba estas cosas que acabo de decir, no las estaba viendo con mis ojos; y no obstante, era preciso, para nombrarlas, que interiormente viese en mi memoria los montes, las olas, los ríos y los astros que son cosas que he visto, y el océano de que otros me han informado; y que se me presentasen con tan grandes espacios y extensión como tienen en sí mismos, y como si los estuviera viendo con mis ojos. Tampoco cuando vi estas cosas se me introdujeron por los ojos ellas mismas; ni son ellas las que están dentro de mí en el depósito de mi memoria, sino solamente unas imágenes suyas: también sé y conozco clara y distintamente por cuál de los sentidos de mi cuerpo ha entrado cada una de ellas, y la impresión que han hecho en mi memoria.

CAPÍTULO IX

Del lugar que tienen en la memoria las ciencias.

16. Pero no son solas estas las cosas que se encierran en la inmensa capacidad de mi memoria; pues también están allí como apartadas en un lugar más profundo (aunque propiamente no es lugar), todas las cosas que he aprendido de las artes liberales, si no se han olvidado; y conservo allí guardadas, no las imágenes de estas cosas, sino las cosas mismas. Porque lo que sé de la gramática, de la lógica y de la retórica, no está de tal modo en mi memoria, que dentro de ella estén las imágenes de las ciencias, y estas se quedasen fuera. Porque esto no es una cosa que sonó y pasó, como la voz que sonó en los oídos, y pasó dejando un rastro o señal de sí, que nos acordamos de ella como si sonara, cuando ya no suena; ni como un olor, que según va pasando y esparciéndose por el aire, mueve al olfato, desde donde envía a la memoria una imagen suya, la cual tenemos presente cuando nos acordamos del olor; ni tampoco como el manjar, que estando en el estómago verdaderamente no tiene ya sabor, pero parece lo tiene en la memoria; ni como lo que se siente por medio del tacto, lo cual aunque esté distante, queda en la memoria su imagen, que nos lo representa. Todas estas cosas no entran en la memoria, según el ser que tienen en sí mismas; sino solamente como unas imágenes suyas, que con maravillosa facilidad y presteza se forman, y se depositan en aquellos senos como a celdillas admirables que tiene la memoria, de donde también maravillosamente vuelven a salir cuando uno las recuerda.

NOTA

1. Aunque el santo Doctor conoció y adoptó las especies que se llaman intencionales de las cosas corpóreas, y las admitió en los sentidos externos e internos; no admitió especies inteligibles de las ciencias y artes, y otras cosas espirituales que, en sentencia del Santo, están impresas en nuestra alma, y como congénitas con ella.

CAPÍTULO X

Las ciencias no entran en la memoria por ministerio de los sentidos; sino que salen de otro seno más profundo de ella.

17. Cuando oigo decir a alguno, que acerca de cualquiera cosa se pueden hacer tres distintas cuestiones, a saber: Si ella es, qué ser tiene, y qué tal es: es cierto que conservo en mi memoria las imágenes de los sonidos con que se formaron y pronunciaron estas palabras; también sé que los tales sonidos, pasando por los aires, se disiparon y desvanecieron enteramente, de modo que ya no existen; pero las cosas significadas por aquellas voces, no pude tocarlas ni percibir las por alguno de mis sentidos corporales, ni tampoco las vi en parte alguna sino en mi alma: yo guardé en mi memoria, no las imágenes de aquellas cosas, sino a ellas mismas; mas por donde entraron en mi alma, ellas solamente lo han de decir, si pueden.

Por más que recorra y examine bien todas las puertas de mis sentidos, no encuentro por cuál de ellas puedan haber entrado; porque los ojos dicen: Si tienen algún color, nosotros fuimos los que dimos noticia de ellas; los oídos dicen: Si hicieron algún sonido, nosotros te las mostramos; el olfato dice: Si fueron olorosas, por aquí solamente habrán pasado. También el sentido del gusto dice: Si no tienen algún sabor, no hay que preguntarme a mí; el tacto dice: Si no es alguna cosa corpulenta, yo no he podido tocarla; si no la he tocado, tampoco puedo dar noticia de ella.

¿De dónde, pues, han venido estas ciencias, y por dónde han entrado en mi memoria? Lo ignoro, porque cuando las aprendí, no fue dando crédito a lo que otros me dijeron, sino que yo mismo las descubrí en mi alma desde luego, y habiéndolas aprobado como verdaderas, las encomendé a la memoria, como depositándolas allí para volverlas a sacar cuando quisiese. Luego estaban dentro de mi alma, aun antes de que yo las aprendiese; pero todavía no estaban en mi memoria. Pues ¿dónde estaban? Y sino, ¿por qué las reconocí luego que me hablaron de ellas, y por qué dije: Esto es así, esto es verdad; sino porque ya estaban en mi memoria, aunque tan escondidas y encerradas en sus senos profundísimos y ocultísimos, que si alguno no las excitara ni me hubiera hablado de ellas, puede ser que jamás se me hubieran ofrecido al pensamiento?

CAPÍTULO XI

Qué cosa sea aprender, hablando de las verdades que hallamos en nosotros mismos.

18. De lo dicho resulta, que aprender estas cosas, cuyas imágenes no hemos recibido por los sentidos, sino que son imágenes e inmediatamente como ellas son en sí las vemos dentro de nosotros mismos, no es otra cosa que recoger y juntar con el pensamiento aquellas especies que estaban como dispersas y sin orden en nuestra memoria: y además de eso procurar con reflexión y advertencia, que esas mismas verdades que antes estaban allí dispersas, arrinconadas y escondidas, de allí en adelante estén como puestas a mano en la misma memoria, y se presenten fácil y prontamente, luego que quisiéramos valernos de ellas.

¿Cuán grande multitud de especies de esta clase tiene mi memoria, que al presente están juntas y ordenadas, y que, como tengo dicho, las tengo en la mano para poder usarlas; y comúnmente se dice, que las hemos estudiado, sabido y aprendido? Pues estas mismas cosas, si de cuando en cuando no se vuelven a repetir y repasar, de tal manera se hunden otra vez, y se van como resbalando hasta los senos más profundos y escondidos; que es menester nuevamente ir las buscando y sacando de allí mismo (porque ellas no tienen otro lugar donde irse), como si fueran nuevas y nunca sabidas, y recogerlas y ponerlas juntas otra vez, para que puedan saberse. Esto mismo da a entender la palabra latina **cogitare**, que significa pensar; pero en su raíz (que es **cogo**, de donde sale el frecuentativo **cogito**) significa recoger y juntar: y así pensar es lo mismo que juntar y unir las especies que estaban en la memoria dispersas. Este verbo ya no se usa propiamente en la significación de juntar cualesquiera cosas que están dispersas en otra parte; sino solamente para significar las que se recogen y juntan en el alma, que propiamente en latín se dice **cogitare**, y en castellano pensar.

NOTAS

1. Es sentencia del santo Doctor, que las cosas inmateriales las conocemos por sí mismas con conocimiento propio e intuitivo, no menos que las cosas sensibles. Por esto dice (lib. 9 de Trinit. cap. 3): Así como nuestra alma recibe por los sentidos del cuerpo las noticias de las cosas corporales; inmediatamente y por sí misma tiene las que pertenecen a las cosas incorpóreas.

2. Esta es una hermosa y elegante etimología del verbo **cogitare**, y ciertamente es la propia; porque el pensar consiste en juntar y combinar muchos conceptos, para que

así podamos formar nuestros juicios y discursos. Por lo que a la primera operación del entendimiento, que llamamos simple aprehensión o concepto, no le conviene con toda propiedad el nombre de cogitación o pensamiento; porque no es colección de varios conceptos, sino uno único y solo.

CAPÍTULO XII

Del lugar que tienen en la memoria las ciencias matemáticas.

19. Contiene también la memoria, además de lo referido, innumerables reglas, razones y leyes acerca de los números y dimensiones de la cantidad, que no las ha recibido ni adquirido por ninguno de los sentidos del cuerpo; por cuanto no son ellas de color alguno, ni suenan, ni huelen, ni se gustan, ni se palpan. Es verdad que cuando se habla o se disputa de ellas, oigo los sonidos de las voces o palabras con que estas mismas ciencias y sus leyes y reglas se significan; pero aquellos sonidos son una cosa, y estas cosas muy distintas. Porque aquellas suenan de un modo en latín, y de otro en griego; pero dichas ciencias ni son griegas ni latinas, ni de otro algún determinado idioma.

También es cierto que he visto por mis ojos aquellas líneas con que trazan los arquitectos sus obras, no obstante ser tan delicadas y sutiles como el hilo de la araña; pero aquellas que yo tengo en mi interior son muy diferentes de estas, pues no son imágenes de las líneas que me mostraron mis ojos: solo conoce bien qué líneas son aquellas, el que cuando las contempla y examina prescinde de todo lo que es cuerpo.

Es no menos cierto, que por medio de los sentidos de mi cuerpo han entrado en mi interior las imágenes de los números que exteriormente contamos; pero aquellos con que contamos a estos, son muy distintos de estos, y tampoco son imágenes de estos números, y por tanto su ser es más constante y más cierto.

CAPÍTULO XIII

Cómo la memoria es tan reflexiva, que con ella nos acordamos de habernos acordado.

20. Conservo todas estas cosas en mi memoria, como también los diferentes medios y modos con que las aprendí, lo propio que muchas objeciones y argumentos falsos que he visto proponer en las disputas contra estas verdades; y aunque las dichas objeciones son falsas, no lo es que me acuerdo de ellas, ni que hice discernimiento entre la verdad de aquellas tesis y la falsedad de estas objeciones; lo que tengo muy presente. Además de esto, veo en mi memoria, que el discernimiento y juicio que ahora formo de estas cosas, es diferente del que me acuerdo haber hecho antes muchas veces que he pensado en ellas: también me acuerdo de que he entendido estas cosas diferentes veces, y de que ahora las percibo y entiendo, lo guardo en mi memoria, para acordarme después de que las entiendo ahora. Con qué también recuerdo de que me he acordado; y si después me acuerdo de que ahora he podido acordarme de estas cosas, sin duda que será un acto reflejo de la virtud o facultad de la memoria.

CAPÍTULO XIV

Cómo también están en la memoria las afecciones o pasiones del ánimo.

21. También las afecciones o pasiones del alma tienen su lugar en mi memoria; pero no están en ella de aquel modo como en el alma cuando las padece, sino de otro muy diverso, y según corresponde al oficio y facultad de la memoria. Porque sin sentir en mí alegría, me acuerdo de haber estado alegre, y sin estar triste, me acuerdo de mi tristeza pasada; también sin sentir temor, me acuerdo de haber temido alguna vez; y sin desear ni apetecer, me acuerdo de que antes he apetecido y deseado: algunas veces me acuerdo de lo que positivamente es contrario al afecto que entonces experimento; pues estando con alegría, me acuerdo de mi tristeza pasada; y estando con tristeza, suelo acordarme de mi pasada alegría.

No fuera esto tan digno de admirarse, hablando de las pasiones del cuerpo; porque el alma, que es la que se acuerda, es muy distinta del cuerpo que las padece. Y así no merece tanta admiración, que estando yo actualmente gozoso, me acuerde de algún dolor pasado de mi cuerpo. Pero aquí es cosa que admira, porque también es alma la memoria: pues cuando encargamos a alguno que no olvide una cosa, solemos decirle: Mira que esto lo tengas en el alma; y cuando sucede olvidarnos de algo, decimos: No estuvo en mi alma tal cosa, o se me escapó del alma, llamando alma a la memoria.

Pues, siendo esto así, ¿en qué consiste que, aun cuando actualmente esté alegre, si me acuerdo de mi tristeza pasada, mi alma tenga alegría, y mi memoria tristeza; pero de tal modo, que la alma real y verdaderamente está alegre, porque tiene en sí la alegría, y la memoria no está triste, aunque tiene en sí la tristeza? ¿Acaso puede decirse que la memoria no es parte del alma? ¿Quién puede decir tal cosa? De todo lo cual podemos inferir, que la memoria, respecto del alma, es como el estómago respecto del cuerpo; y que la alegría y la tristeza son dos manjares, uno dulce y otro amargo: y así cuando aquellas se encomiendan a la memoria, es como cuando los manjares pasan al estómago, que allí se pueden guardar, pero no comunicar su sabor. Sería un pensamiento ridículo juzgar que en todo eran semejantes estas dos cosas; bien que tienen las dos alguna semejanza.

22. También es muy cierto, que cuando digo que son cuatro las pasiones del alma, deseo, alegría, miedo y tristeza; todo lo que de ellas pueda discurrir y disputar, ya dividiendo cada uno de sus géneros en sus respectivas especies, ya dando a cada una sus propias definiciones, lo saco de mi memoria; pues allí encuentro lo que he de

decir, y de allí efectivamente saco todo lo que digo; pero no me siento movido de ninguna de estas pasiones cuando las recuerdo, las nombro y trato de ellas; siendo así que estaban en mi memoria aun antes que tratase o me acordase de ellas: porque estaban allí, pude sacarlas a luz y recordarlas.

Tal vez podrá decirse, que así como en los animales el manjar sale del estómago a la boca rumiándolo, así estas cosas salen de nuestra memoria acordándonos de ellas. ¿Cómo, pues, en el pensamiento, que es la boca del alma, no se siente lo dulce de la alegría ni lo amargo de la tristeza, cuando se trata o se disputa de ellas, extrayéndolas así de la memoria? ¿Acaso es esto en lo que no tienen semejanza, pues ya hemos dicho que no la tienen en todo? A no haber esta distinción, ¿quién habría que voluntariamente nombrase tristeza o miedo, si todas las veces que se hubiesen de nombrar, estuviésemos precisados a tener y sentir miedo o tristeza? Es cierto que no hablaríamos de ellas, ni podríamos nombrarlas, si no halláramos en nuestra memoria, no solamente las voces significativas de tales pasiones (las cuales se representan en las imágenes impresas en la memoria por los sentidos del cuerpo), sino también las nociones o ideas de las mismas cosas; las cuales por ninguna de las puertas del cuerpo entraron en la memoria, sino que sintiendo el alma y experimentando en sí misma sus pasiones, encomendó a la memoria sus ideas; o bien ella por sí misma, sin que se las entregasen, las tenía recogidas para sí.

NOTA

1. Platón llamó también a la memoria estómago del alma; pero aunque sirve mucho este ejemplo para explicar el asunto de que trata aquí san Agustín; el mismo Santo dice, que no convienen en todo estómago y memoria, sino que en parte se parecen y en parte se distinguen.

CAPÍTULO XV

Como también nos acordamos de las cosas que están ausentes

23. Pero ¿quién podrá fácilmente establecer si todo esto se hace por imágenes o no? Porque, si yo nombro a la piedra o nombro al sol, cuando estas dos cosas no están presentes a mis sentidos, inmediatamente se presentan sus imágenes en mi memoria. Nombro algún dolor corporal, no estando presente el dolor, y nada me duele; y si su imagen no estuviera presente en mi memoria, no supiera lo que nombraba o decía, ni pudiera distinguir entre el dolor y el deleite. Nombro la salud del cuerpo hallándome bueno y sano: entonces es verdad que está presente la misma cosa nombrada; pero, si su imagen no estuviera también en mi memoria, de ningún modo podría acordarme de lo que significa el sonido de esta palabra salud. Ni los enfermos, cuando se nombra la salud delante de ellos, entenderían lo que se había dicho, si aquella misma imagen no se conservara en su memoria, aunque la cosa misma faltase de su cuerpo.

Nombro los números con que contamos: y hallo que están en mi memoria, no las imágenes de los números, sino los números mismos. Nombro la imagen del sol, la cual está presente en mi memoria: entonces ella misma es la que se me presenta, cuando me acuerdo de ella nombrándola; porque no recuerdo ni nombro la imagen de esta imagen, sino ella misma. Finalmente, nombro a la memoria, y conozco lo que nombro: y ¿dónde lo conozco sino en la misma memoria? ¿Acaso ella puede estar de algún modo más presente a sí misma por medio de su imagen, que inmediatamente por sí misma?

CAPÍTULO XVI

Como también la memoria se acuerda del olvido

24. Pero ¿qué diremos que sucede cuando nombro el olvido, con conocimiento de lo que nombro? Porque no pudiera conocer bien el olvido, sino acordándome de él. No hablo del sonido de esta palabra olvido, sino de la cosa significada, la cual si yo la hubiera olvidado, es cierto que no pudiera saber lo que vale o significa aquella voz. Resulta, pues, que cuando hago mención de la memoria, la misma memoria inmediatamente por sí misma se ofrece y se presenta a sí misma; pero cuando menciono al olvido, se hacen presentes y se ofrecen luego la memoria y el olvido: la memoria, con la cual me acuerdo y menciono al olvido; y el olvido, que es la cosa de que me acuerdo y que menciono.

Pero ¿qué es el olvido sino una falla o privación de la memoria? Y ¿cómo esa privación de memoria está presente para que me acuerde de ella, si no es posible que me acuerde mientras subsista esa privación o falla de memoria? Siendo, pues, cierto que aquello de que nos acordamos lo tenemos en la memoria, y que si no nos acordásemos del olvido, no sería posible que entendiésemos lo que se significa con esta palabra olvido, cuando la oímos pronunciar, se infiere necesariamente, que tenemos al olvido en la memoria.

No se pudiera inferir de aquí, que cuando nos acordamos del olvido, no está él por sí mismo en nuestra memoria, sino mediante su imagen que le representa; porque si fuera el mismo olvido el que allí se representa en su ser propio, no haría que nos acordásemos, sino todo lo contrario. ¿Y quién alcanzará perfectamente ni podrá comprender cómo esto sea?

25. Yo confieso, Señor, que hallo aquí bastante dificultad, y la experimento en mí mismo, pues me cuesta mucho trabajo entenderme a mí mismo. No intento ahora averiguar las regiones en que se divide el cielo, ni medir lo que distan entre sí los astros, ni entender el equilibrio de la tierra, sino saber lo que soy yo mismo; pues yo, según que soy alma, soy el que me acuerdo y tengo memoria. No es de admirar que no alcance ni llegue a entender todo aquello que se distingue de mí. Pero ¿qué cosa puede haber más cerca de mí que yo? Con todo eso no puedo acabar de entender lo que pasa en mi memoria, que es parte de mi ser, y sin ella no fuera todo lo que soy.

Pues ¿qué es lo que tengo de decir, cuando me consta con certeza, que yo mismo me acuerdo de mi olvido? ¿Por ventura he de decir que no está en mi memoria aquello de

que me acuerdo? ¿O bien, que para no olvidarme, está el olvido en mi memoria? Lo uno y lo otro es un absurdo muy grande. Veamos, pues, lo tercero que antes insinué. ¿Cómo he de decir y asegurar por cierto, que cuando hago memoria del olvido, no es el olvido mismo, sino una imagen suya la que está y se presenta en mi memoria? ¿Cómo, pues, tengo de decir esto, cuando por otra parte sabemos, que para imprimirse en la memoria la imagen de cualquier cosa, es necesario que antes esté presente aquella cosa misma, de la cual pueda quedar la imagen impresa en la memoria? Porque así sucede para acordarme de la ciudad de Cartago, así me acuerdo de los lugares en que he estado, así de los rostros humanos que he visto, y de las cosas que se dan a conocer por los demás sentidos, y así finalmente es como me acuerdo de la salud o del dolor de mi mismo cuerpo.

Cuando estas cosas estuvieron presentes, cogió de ellas la memoria unas imágenes, que pudiese yo después mirar y tener presentes, y usar de ellas en lo interior de mi alma, cuando tuviese de acordarme de aquellas cosas, aunque ausentes. Luego si el olvido, no por sí mismo, sino por medio de una imagen suya, se tiene en la memoria, es necesario que antes estuviese el mismo olvido presente, para que se quedase en la memoria su imagen. Cuando estaba presente el mismo olvido, ¿cómo podía delinear en mi memoria su imagen, cuando aun aquello que encuentra ya delineado, lo borra con su presencia el olvido? No obstante, de cualquier modo que esto suceda, y aunque este modo con que el olvido está presente a la memoria, no pueda comprenderse ni explicarse; estoy muy cierto de que me acuerdo aun del mismo olvido, aunque él es el que quita de nuestra memoria las especies o imágenes que para acordarnos teníamos en ella.

CAPÍTULO XVII

Que no obstante ser tan grande la capacidad y virtud de la memoria, es necesario para hallar a Dios subir más arriba de esta potencia.

26. Grande y excelente potencia es la memoria. Su multiplicidad, Dios mío, tan profunda como inmensa, tiene un no sé qué que espanta: todo esto que es mi memoria, lo es mi alma y lo soy también yo mismo. ¿Y qué soy yo, Dios mío? ¿Qué ser y naturaleza es la que tengo? Una naturaleza que se compone de varias, y que vive con varios modos de vida, y que de varios modos es inmensa: como se ve en los espaciosos campos de mi memoria, en las innumerables y profundas cuevas y senos ocultísimos de que consta, que de innumerables modos están todos llenos de innumerables géneros de cosas; ya estén allí por medio de sus imágenes, como las cosas corpóreas; ya estén por sí mismas, como las artes y ciencias; ya por medio de no sé qué nociones y señales, como las afecciones o pasiones del alma que las tiene la memoria, aun cuando ya no las padece el alma; no obstante que todo cuanto está en la memoria, está en el alma. Por todos estos campos, cavernas y senos de mi memoria corro y vuelo de una parte a otra, me insinúo y profundizo cuanto puedo; pero en parte alguna hallo el fin. Tan inmensa como esto es la fuerza y virtud de la memoria; y tan grande y suma es la vivacidad humana, no obstante de ser la vida del hombre mortal y perecedera.

Pues ¿qué me resta que hacer? Decídmelo Vos, Dios mío, que sois mi vida constante y verdadera. Subiré más arriba de esta potencia de mi alma, que llamamos memoria: pasaré por ella subiendo más arriba para llegar a Vos, deliciosa luz de mi alma. ¿Qué me decís Vos, Señor? Ya veis que por los grados de mi alma voy subiendo hacia Vos, que sois superior a mí. Subiré, pues, más arriba de esta potencia que llamamos memoria, deseando tocar con mi conocimiento vuestro ser, por donde pueda tocarse, y unirme a Vos, por donde y como esta unión pueda conseguirse. También las bestias y las aves tienen su memoria, sin la cual no sabrían volverse a sus guaridas y nidos, ni hacer y repetir otras muchas acciones a que están acostumbradas; porque ni aun pudieran acostumbrarse a cosa alguna, si no tuvieran memoria.

Pasaré, pues, más arriba de mi memoria, para llegar a aquel Ser soberano que me hizo diferente de los brutos, y me hizo más sabio que las aves del cielo. Más arriba de mi memoria he de subir; pero ¿dónde os hallaré, dulzura soberana, segura y verdadera? ¿En dónde os hallaré? Porque si os he de hallar más allá de mi memoria y fuera de ella, no me acordaré de Vos. Y si no me acuerdo de Vos, ¿cómo os he de hallar?

CAPÍTULO XVIII

Como no pudiera hallarse una cosa perdida, si no se conservara en la memoria.

27. Aquella mujer del Evangelio que perdió la dracma y la buscó con una antorcha encendida, no hubiera podido hallarla, si no la conservara en su memoria; porque después que la hubiese hallado, ¿cómo había de conocer si era aquella la que buscaba, si no se acordara de ella? Recuerdo haber buscado y hallado muchas cosas que había perdido; y sé que las hallé, porque si cuando buscaba alguna de ellas, me decía alguno: "¿Es por ventura esto lo que buscas, o es acaso aquello?" Yo siempre respondía: "No es eso"; hasta que se me presentase aquella misma cosa que buscaba. Si, pues, no me hubiese acordado de ella, ni tuviera en la memoria lo que era y cómo era aquella cosa; aunque la tuviera a la vista no la hallara, porque no la conociera. Esto mismo sucede siempre que buscamos y hallamos lo que antes hemos perdido.

Pero si alguna cosa se pierde respecto de nuestra vista, no respecto de nuestra memoria, como por ejemplo, cualquier cuerpo visible, entonces la imagen de aquella cosa se conserva interiormente, y por ella se busca hasta que vuelve a presentarse a nuestra vista: cuando ya se ha hallado, se reconoce si es o no aquella misma cosa que se buscaba, confrontándola con su imagen que estaba en la memoria. Por lo cual, ni decimos que hemos hallado lo perdido, si no lo conocemos; ni podemos conocerlo, si no nos acordamos de ello. Es verdad que esto solamente se había perdido respecto de nuestra vista, pero se conservaba en nuestra memoria.

CAPÍTULO XIX

Como vuelve a acordarse la memoria de lo que había perdido ella misma.

28. Pero ¿qué diremos, cuando es la misma memoria la que ha perdido alguna cosa, como sucede cuando olvidamos algo, y lo buscamos para acordarnos de ello? Porque últimamente, ¿dónde lo buscamos sino en la misma memoria? Y si buscándolo allí, se nos ofrece y presenta una cosa por otra, la desechamos hasta que se nos ocurra lo que buscamos: entonces decimos inmediatamente: "Esto es, helo aquí"; lo que no diríamos si no la conociéramos; ni tampoco la conociéramos, si no nos acordáramos de ella. Pero es cierto que la teníamos antes olvidada, tal vez no del todo sino en parte: con la que aún estaba en la memoria, buscábamos la otra parte que faltaba; porque sintiendo en sí la memoria que no tenía juntas y cabales todas las especies que ella acostumbraba usar y manejar a un mismo tiempo, como truncada y defectuosa en la costumbre que tenía, estaba pidiendo que se le reintegrara lo que la faltaba.

Semejante a esto es lo que sucede, cuando vemos una persona conocida, o que sin verla se nos ofrece a la memoria, pero no nos podemos acordar de cómo se llama, y nos ponemos a pensar en su nombre: cualquier nombre distinto que se nos ofrezca, no se une bien con la idea que tenemos de aquella persona, porque no estamos acostumbrados a juntar aquella persona con aquel nombre; y por eso los desechamos todos, hasta que se nos presenta aquel que nuestro pensamiento acostumbraba juntar con aquella persona: y entonces descansa y cesa de buscarle, teniendo ya cabal y completa noticia de aquel hombre.

Pero este nombre olvidado que se nos recuerda, ¿de dónde viene o sale sino de la misma memoria? Porque, aun cuando alguno nos lo recuerde, de nuestra memoria proviene que lo reconozcamos: no le oímos como un nombre nuevo, que entonces aprendamos; sino que nos recordamos del que habíamos oído otras veces, aprobamos que este, que entonces se nos dice, es el nombre que aquella persona tiene; pero si enteramente se borra de la memoria, aunque otro nos lo quiera recordar, y nos sugiera aquel nombre, no nos acordamos de él absolutamente: no olvidamos enteramente lo que mediante el aviso de otro nos recuerda haberlo olvidado: es imposible que buscáramos una cosa que habíamos perdido, si enteramente la hubiéramos olvidado.

CAPÍTULO XX

Para desear la bienaventuranza, como todos los hombres la desean, es necesario que la conozcan.

29. Supuesto lo que acabo de decir, ¿de qué medios me valgo para buscaros, Señor? Porque, buscaros, Dios mío, es buscar mi felicidad y bienaventuranza: debo buscaros para que mi alma viva, porque Vos sois la vida de mi alma, así como ella es la que da vida a mi cuerpo. ¿Cómo, pues, busco la vida bienaventurada? Porque hasta que me halle en tal estado, que pueda y deba decir con verdad mi corazón: "Esto me basta". Pues, ¿cómo la busco? ¿Acaso por medio de la reminiscencia, que es lo mismo que volviéndome a acordar de ella, como cosa que tenía olvidada, pero acordándome todavía que la había olvidado? ¿O es por medio de un deseo y apetito de saber una cosa para mí desconocida e ignorada, ya por no haberla sabido nunca, ya por haberla olvidado absolutamente? Pero, esa vida bienaventurada, ¿no es la que todos quieren, y que ninguno hay que absolutamente no la quiera? Pues, ¿dónde la han conocido para que así la quieran? ¿Dónde la han visto, pues, para amarla tanto?

Es que la tenemos dentro de nosotros mismos, aunque ignoramos cómo. También hay un cierto modo de tenerla, que hace verdaderamente bienaventurado a cualquiera que la tiene de aquel modo: otros hay que son bienaventurados por la esperanza de serlo. Es verdad que este modo de tener la bienaventuranza, es muy inferior al otro con que la poseen los que real y verdaderamente son bienaventurados; pero no obstante, están mejor que aquellos otros primeros, que ni en la realidad ni en la esperanza son bienaventurados, los cuales no lo son de alguno de esos modos; de lo contrario no desearían tanto el ser bienaventurados, como es ciertísimo que lo desean.

No sé cómo han llegado a conocer la bienaventuranza, de la cual tienen no sé qué noticia, que deseo averiguar si reside en la memoria; pues si residiese en ella, se inferiría de esto, que en algún tiempo ya habíamos sido todos bienaventurados. No trato ni examino ahora, si esto se debe entender de todos los hombres, y de cada uno en particular; o si la dicha bienaventuranza la tuvimos solamente en aquel hombre que pecó el primero, en el cual todos pecamos y morimos, y de quien todos nacimos cargados de miserias. Solamente quiero averiguar ahora, si la idea y noticia que tenemos de bienaventuranza, reside en nuestra memoria, porque no la amaríamos si no la conociéramos.

Oímos este nombre bienaventuranza: y todos confesamos que amamos y apetecemos lo que aquella palabra significa; porque lo que nos deleita y enamora, no es el material sonido de aquella palabra, pues si un griego la oye nombrar en latín, no le mueve ni deleita aquella voz, porque suponemos que no entiende lo que significa; pero nosotros que la entendemos, nos deleitamos y aficionamos a ella, como el griego también se aficionaría si la oyera nombrar en su propio idioma: la cosa significada en dicho nombre no es griega ni latina; pero griegos y latinos, y todos los hombres del mundo, de cualquiera nación que sean, suspiran por ella y desean alcanzarla. Luego de todos los hombres es conocida, y a todos les es notoria; de modo que si pudiera preguntarse a todos de una vez y con una misma voz, si querían ser bienaventurados; sin detenerse a pensarlo, y sin dudar en ello, todos responderían que sí: esto no sucedería, si no estuviera en su memoria la cosa que corresponde por significado a este nombre bienaventuranza.

NOTA

1. Es muy verdadera esta sentencia, y muy frecuente en san Agustín, que dice muchas veces que Dios es la vida de nuestra alma, como nuestra alma es la vida de nuestro cuerpo; y así como fallando el alma al cuerpo, muere este, así faltando Dios al alma, se muere esta. Véase el sermón XIII de san Agustín, De Martyribus.

CAPÍTULO XXI

Del modo con que la bienaventuranza está en nuestra memoria.

30. ¿Por ventura está en nuestra memoria la bienaventuranza, así como lo está la ciudad de Cartago en la del que alguna vez la ha visto? No por cierto; porque la vida bienaventurada no se ve con los ojos, pues no es cuerpo. ¿Acaso la tenemos en nuestra memoria como tenemos los números? Tampoco es de este modo; porque el que tiene conocimiento de los números, no desea ya ni solicita alcanzarlos.

¿Acaso nos acordamos de la bienaventuranza, como nos sucede con la elocuencia? Tampoco; pues aunque al oír ese nombre, es cierto que se acuerdan de la elocuencia aun aquellos que no son elocuentes, y muchos que desean serlo (de donde se infiere claramente que tenían noticia y conocimiento de lo que es elocuencia); pero les ha venido esa noticia por los sentidos corporales, viendo u oyendo a otros que eran elocuentes, de lo que provino el aficionarse a la elocuencia, y darse a conseguirla (aunque es verdad, que si no tuvieran interiormente noticia, no tendrían ese gusto y afición, y fallándoles la afición y el gusto a la elocuencia, tampoco tendrían deseo de alcanzarla); pero la vida bienaventurada no la hemos experimentado en hombre alguno por informe de los sentidos.

¿Será por ventura del modo con que nos acordamos de la alegría? Puede que sea así; porque así como estando triste, puedo acordarme y me acuerdo de mi alegría pasada, así aunque esté en la mayor infelicidad y miseria, puedo acordarme de la vida feliz y bienaventurada. Además de esto se parecen también en que tampoco ninguno de mis sentidos corporales percibe jamás mi gozo o alegría, pues ni la vi, ni la oí, ni la olí, ni la gusté, ni la palpé; solamente la sentí o experimenté en mi alma cuando tuve aquella alegría: su especie y noticia quedó impresa en mi memoria, para poder acordarme de dicha alegría, unas veces para aborrecerla y otras para desearla, según la diversidad de objetos de que recuerde haberme alegrado. Si ahora me acuerdo de alguna alegría que tuve causada por objetos torpes, la detesto y abomino; y si por el contrario me acuerdo de la que tuve nacida de cosas buenas y honestas, deseo volver a tenerla o continuarla, no obstante que acaso ya no existan ni estén presentes aquellas cosas o acciones, y por eso no me acompaña la tristeza cuando hago memoria de esta alegría pasada.

31. Pues ¿dónde y cuándo experimenté yo mismo mi vida bienaventurada, para que me acuerde de ella, y la ame y la desee? Ni en esto soy yo solo, o tengo pocos que me

acompañen, sino que todos deseamos ser bienaventurados; lo cual no apeteceríamos con una voluntad tan firme y determinada, si no la conociéramos con certeza, o no tuviéramos de ella cierta y segura noticia.

Pero ¿en qué consiste, que si a dos hombres se les preguntase si querían seguir la carrera de la milicia, es muy posible que el uno respondiera que sí, y el otro que no, y que si a entrambos se les preguntase si querían ser bienaventurados, sea también muy posible que uno y otro respondiesen al punto y sin poner duda en ello, que lo querían y estaban deseando; y que no por otro fin sino el de ser felices y bienaventurados, tomaban dos partidos tan opuestos, como querer el uno seguir la milicia, y el otro no seguirla?

Tal vez porque unos hombres tienen su alegría y gozo en una cosa y otros la tienen en otra, por eso concuerdan todos en responder que quieren ser bienaventurados; como convendrían también si se les preguntase si querían vivir alegres y contentos, porque este mismo contento y alegría es lo que ellos llaman vida bienaventurada. Aunque esta alegría la consiguen unos por un camino y otros la alcanzan por otro, es uno mismo el fin a donde todos conspiran y desean llegar, que es a vivir alegres y contentos.

Esta es una cosa tan común, que nadie puede decir con verdad que no la haya experimentado en sí mismo: por eso cuando se oye el nombre de la vida bienaventurada, se reconoce al instante por aquella especie de alegría que se halla en la memoria.

CAPÍTULO XXII

En qué consista la vida bienaventurada, y dónde se ha de buscar.

32. No quiera ni permita, Señor, vuestra misericordia, que en el corazón de este humilde siervo vuestro, que delante de Vos descubre los secretos de su alma, tenga entrada jamás ese vano pensamiento de juzgarme bienaventurado con cualquier género de gozo y alegría que haya tenido. Porque hay otro verdadero gozo que no se concede a los impíos y malos, sino solamente a aquellos que os sirven voluntariamente, de los cuales Vos mismo sois el gozo: esa es la vida bienaventurada, una alegría ordenada a Vos, dimanada de Vos, y poseída por amor de Vos: esa misma es, y no hay otra verdadera. Aquellos que juzgan que hay otra distinta de esa, siguen otra muy diferente alegría, pero no esa misma que es la verdadera; y solo alguna aparente semejanza de la verdadera alegría es la que siguen, y de la cual no se aparta su voluntad.

CAPÍTULO XXIII

Prosigue explicando qué cosa sea la vida bienaventurada, y dónde se halla.

33. Luego, no es cierto que todos desean ser bienaventurados; porque aquellos que no quieren la alegría que Vos comunicáis, que es la única vida bienaventurada, sin duda no quieren la que lo es cierta y verdadera; o bien deberá decirse, que la quieren y desean todos; pero como la carne tiene unos deseos contrarios al espíritu, y este los tiene también opuestos a la carne, no pudiendo uno y otro hacer lo que entrambos quieren, vienen a dar y caer en lo que pueden, y con ello se contentan: y es porque aquello que no pueden, no lo quieren tanto como es necesario para que lo puedan.

Si les pregunto a todos, si quieren más gozar de esta alegría que proviene de la verdad, que de otra que provenga de la mentira, responderían todos, que más quieren la alegría que nace de la verdad, y que desean ser felices y bienaventurados: porque la vida bienaventurada es alegría y gozo que nace de la verdad; que es lo mismo que decir, alegría que nace de Vos, que sois la verdad suma, mi luz, mi Dios, vida y salud de mi alma. Todos, pues, quieren esta vida bienaventurada; esta vida, digo, que únicamente es la bienaventurada, todos la quieren: todos, vuelvo a decir, quieren y desean el gozo y alegría de la verdad; pues aunque he tratado a muchos que quisieran engañar a otros, a ninguno he visto que deseara ser engañado.

¿Dónde, pues, conocieron esta vida bienaventurada, sino allí mismo donde también conocieron la verdad? A esta la aman también, supuesto que no quieren ser engañados, y amando la vida bienaventurada, que no es otra cosa sino alegría de la verdad, han de amar precisamente también a esta; y no pudieran amarla, si no tuvieran alguna noticia de ella en su memoria.

¿Por qué, pues, no hacen de ella su gozo y alegría? ¿Por qué no son felices y bienaventurados? Porque la adhesión que tienen a otras cosas es más fuerte y eficaz para hacerlos miserables e infelices, que aquel leve y escaso conocimiento que tuvieron de la verdad para hacerlos felices y bienaventurados. Y esto nace de que todavía hay poca luz en los hombres: déense, pues, prisa a caminar adelante, para que no acaben de hallarse sin luz enteramente.

34. Amando todos la vida bienaventurada, que no es otra cosa sino la alegría que se tiene de la verdad, ¿por qué causa la verdad engendra odio en los hombres, y aun vuestro Hijo Jesucristo se hizo enemigo de ellos porque se la predicaba? La causa de

esto no puede ser otra, sino que de tal modo se ama la verdad, que aun aquellos que aman otra cosa muy distinta, quisieran que fuese la verdad aquello que aman: y como por otra parte no quieren ser engañados, tampoco quieren verse convencidos de que lo son. Así, pues, aquella misma cosa que tienen por verdad, y como a tal la aman, es el motivo de que aborrezcan la verdad. Aman la verdad en cuanto resplandece o ilumina; pero la aborrecen en cuanto los acusa y reprende; y como ellos no quieren ser engañados, pero quieren engañar a otros; aman la verdad cuando ella se descubre o manifiesta a sí misma; pero la aborrecen cuando los descubre o los manifiesta a ellos. Así pues, la correspondencia que tendrán de la verdad, será que a los que no quieren que los descubra y manifieste, los manifestará y descubrirá, aunque ellos no quieran, sin que la misma verdad se descubra y manifieste a ellos. Así es también puntualmente el espíritu del hombre que quiere ocultar su ceguera, sus achaques, su fealdad, sus indecencias, y no quiere que a él se le oculte cosa alguna; pero sucede al contrario, que él queda descubierto para la verdad, y la verdad queda oculta para él: no obstante este estado de miseria en que se halla, más quiere gozar y alegrarse de bienes sólidos y verdaderos, que de aparentes y falsos. Luego será verdaderamente bienaventurado, si libre de toda molestia, no hallase ya alegría sino en la Verdad suprema, de quien participaron su verdad todas las otras cosas verdaderas.

CAPÍTULO XXIV

Se alegra Agustín de haber hallado a Dios dentro de su memoria.

35. Mirad, Señor, cuánto me he detenido recorriendo la anchurosa extensión de mi memoria, solo para buscaros, y no he podido hallaros fuera de ella: no he hallado de Vos cosa alguna que no estuviese en mi memoria, desde el instante que tuve conocimiento de Vos; pues jamás os he olvidado desde que os he conocido. En donde hallé la verdad, allí mismo hallé a mi Dios, que es la Verdad misma, que nunca olvidé desde que la conocí. Y así, Dios mío, desde que tuve conocimiento de Vos, permanecéis en mi memoria, y en ella misma os hallo cuando hago mención de Vos, y me deleito en Vos. Estas son mis santas delicias, que os habéis dignado concederme por vuestra misericordia, atendiendo a mi pobreza.

CAPÍTULO XXV

En qué grado de la memoria se halla a Dios.

36. Pero ¿en qué parte de mi memoria estáis, Señor? ¿Qué lugar tenéis en ella? ¿Cuál es la morada que habéis fabricado para Vos allí? ¿Cuál es el santuario que en ella edificasteis para Vos? Vos, Señor, concedisteis a mi memoria la honrosa dignidad de que Vos estéis y permanezcáis en ella; pero lo que ahora considero es, en qué parte de mi memoria estáis. Porque, para acordarme de Vos, subí, como tengo dicho, más arriba de todos aquellos grados en que mi memoria conviene con la de los irracionales; porque no os hallaba en aquella parte de mi memoria, donde están las imágenes de las cosas corpóreas. Subí, pues, a otro grado superior de mi memoria, donde tengo depositadas las afecciones o pasiones de mi alma; y tampoco allí os hallé. Pasé más adelante, y entré a buscaros en el mismo seno, donde reside mi alma, que es el lugar que ella tiene para sí dentro de mi memoria, porque también mi alma se acuerda de sí misma; y tampoco Vos estabais en aquel seno: porque así como Vos no sois alguna imagen corpórea, ni pasión o afección alguna de las que suele en sí experimentar el alma, como sucede cuando nos alegramos, nos entristecemos, deseamos, tememos, nos acordamos, nos olvidamos, y todas las otras afecciones semejantes; así tampoco sois lo que es nuestra alma, sino una sustancia muy distinta y superior a ella, como que sois el Señor y Dios de mi alma, fuera de que todas estas cosas que he dicho, son varias y mudables, y Vos permanecéis sobre todo lo creado eternamente invariable, y sin poder padecer variedad ni mutación alguna; pero no obstante, desde que os conocí os habéis dignado habitar en mi memoria.

Mas, ¿para qué ando buscando el lugar propio que tenéis en ella, como si allí hubiera lugares distintos o separados? Vos ciertamente estáis de asiento en ella, porque yo me acuerdo de Vos desde que os conocí, y os hallo en mi memoria cuando me acuerdo de Vos.

CAPÍTULO XXVI

Dónde se halla a Dios.

37. Pero ¿dónde os hallé para poder conoceros? Porque, antes que os conociera, no estabais en mi memoria. ¿Dónde, pues, os hallé para conoceros, sino en Vos mismo y más arriba de mí? Pero de ningún modo hay en esto espacios ni lugares; y no obstante eso, es verdad que ya nos apartamos de Vos, ya nos acercamos a Vos sin que en esto intervenga algún lugar. En todas partes estáis, Verdad eterna, presidiendo a todos los que os consultan y se aconsejan de Vos, y a todos les respondéis a un tiempo, aunque os pregunten cosas muy diferentes. Bien claramente les respondéis a todos, pero no todos oyen vuestras respuestas claramente. Todos os consultan y preguntan según su inclinación y voluntad; pero no a todos respondéis conforme a su voluntad e inclinación. El mejor de todos vuestros siervos es aquel que no atiende tanto a oír de Vos lo que él desea y quiere, como a querer y ejecutar lo que de Vos oye.

CAPÍTULO XXVII

Como la hermosura de Dios arrebató hacia sí al hombre.

38. Tarde os amé, Dios mío, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde os amé. Vos estabais dentro de mi alma, y yo distraído fuera, y allí mismo os buscaba: y perdiendo la hermosura de mi alma, me dejaba llevar de estas hermosas criaturas exteriores que Vos habéis criado. De lo que infiero, que Vos estabais conmigo, y yo no estaba con Vos; y me alejaban y tenían muy apartado de Vos aquellas mismas cosas que no tuvieran ser, si no estuvieran en Vos. Pero Vos me llamasteis y disteis tales voces a mi alma, que cedió a vuestras voces mi sordera. Brilló tanto vuestra luz, fue tan grande vuestro resplandor, que ahuyentó mi ceguedad. Hicisteis que llegase hasta mí vuestra fragancia, y tomando aliento respiré con ella, y suspiro y anhelo ya por Vos. Me disteis a gustar vuestra dulzura, y ha excitado en mi alma una hambre y sed muy viva. En fin, Señor, me tocasteis, y me encendí en deseos de abrazaros.

CAPÍTULO XXVIII

De las miserias de esta vida.

39. Cuando total y perfectamente esté yo unido a Vos, no habrá ya para mí de ningún modo trabajo ni dolor alguno, y mi vida será totalmente viva, porque toda estará llena de Vos. Pero ahora me soy gravoso a mí mismo, porque no estoy lleno de Vos; pues a los que Vos llenáis, les quitáis su pesadez. Mis pasadas alegrías dignas de llorarse, luchan con mis presentes tristezas dignas de alegría; y no sé en esta lucha quién lleva la victoria. ¡Ay de mí, Señor, tened misericordia de mí! Batallan, digo, mis tristezas malas con mis alegrías buenas, y no sé quién saldrá con la victoria. ¡Ay de mí, Señor, tened misericordia de mí! Mirad, Señor, que no oculto mis llagas. Vos sois el médico, yo soy el enfermo: Vos sois misericordioso, yo lleno de miseria. ¿Por ventura podréis Vos olvidar que la vida del hombre sobre la tierra es una tentación continua?

¿Quién hay que ame las molestias y trabajos? Vos, Señor, mandáis que las suframos, no que las amemos. Ninguno ama aquello que sufre y tolera, aunque tenga amor a tolerarlo y sufrirlo. Pues aunque alguno se alegre de que lo tolera y sufra; pero no obstante, más quiere que no haya que sufrir y tolerar. Cuando padezco cosas adversas, deseo las prósperas; y cuando estoy en posesión de las prósperas, estoy temiendo las adversas. ¿Qué medio puede hallarse entre estos dos contrarios, donde la vida humana deje de ser probada y combatida de semejantes afectos? Arriesgadas son las prosperidades del siglo de una y dos maneras: ya por el temor de la adversidad, ya por la corrupción de la alegría. Arriesgadas son también las adversidades del siglo de una, dos y tres maneras: ya por el deseo de la prosperidad, ya porque la adversidad misma es áspera y penosa, ya porque en ella pelagra la paciencia. Pues, siendo esto así, ¿cómo podrá dudarse que la vida del hombre sobre la tierra sea una tentación continuada sin intermisión alguna?

CAPÍTULO XXIX

Que toda nuestra esperanza ha de ponerse en Dios.

40. Toda mi esperanza, Dios y Señor mío, se funda únicamente en vuestra grandísima misericordia. Dadme lo que me mandáis, y mandadme lo que quisiereis. Nos mandasteis ser continentes; pero yo sé, dice el Sabio, que ninguno puede serlo, si Dios no le concede esta virtud: y también es un don de la Sabiduría increada, el conocer de quién proviene esta dádiva. Porque la continencia es la virtud que nos reúne y nos reduce a ser una cosa sola; de cuya unidad habíamos degenerado haciéndonos de uno muchos, y dividiendo nuestro corazón en multitud de cosas; y menos, Señor, os ama, el que juntamente con Vos ama alguna otra cosa, que no la ama por Vos. ¡Oh amor, que siempre ardéis y nunca os apagáis! ¡Oh Dios mío, caridad infinita, encended mi corazón! Nos mandáis la templanza o continencia: pues dadnos lo que mandáis, y mandad lo que queréis.

NOTAS

1. Aquí no se toma la continencia por la castidad, que hace que el hombre se abstenga de toda delectación venérea; sino más generalmente por aquella virtud, que es, según santo Tomás (2, 2, q.153, a.1,c.) por la cual resiste el hombre a todos los deseos malos y desordenados. Lo cual todavía no es virtud perfecta, sino como un principio e incoación de las virtudes, y por eso es propia de los que comienzan a servir a Dios.

2. San Agustín refiere en el libro **De dono perseverantiae**, que leyendo en Roma un obispo en presencia de Pelagio estas mismas palabras de san Agustín: **Da quod jubes, et jube quod vis**; y admirándolas como un excelente modo de pedir a Dios; Pelagio se alteró tanto contra el obispo, que estuvo cerca de perderle el respeto. Pero ello es cierto, que contienen un método fácil, pronto, sólido y cristiano de hacer oración a Dios en cualquiera dificultad que hallemos en la observancia de la ley, diciendo con humildad y fervor: Dadme, Señor, lo que me mandáis, y mandadme lo que queréis. Porque hemos de estar en que nosotros somos suficientes por nosotros mismos para lo malo; pero para lo bueno, y para cumplir los preceptos de Dios, no somos suficientes por nosotros mismos sin la gracia de Dios que lo intima. Así como puede cualquiera cerrar sus ojos cuando quiere, y dejar de ver; pero aun con ellos abiertos no podrá ver, sino le ayuda y le acompaña la luz, como dice el mismo santo Doctor en el libro **De Gestis Pelagii**.

CAPÍTULO XXX

Confiesa Agustín el estado en que se hallaba en orden a las tentaciones libidinosas.

41. Vos, Señor, me mandáis que reprima la concupiscencia de la carne, la de los ojos, y la ambición de los honores mundanos. Mandasteis que me abstuviese del acceso carnal; y aun me aconsejasteis otra mejor y más perfecta continencia que la que es propia del matrimonio y que Vos habéis permitido. Vos mismo me lo concedisteis, y se efectuó en mí eso que me aconsejasteis, aun antes de que yo fuese ordenado y hecho ministro y dispensador de vuestros Sacramentos. Pero aun viven en mi memoria (de la cual he hablado tan largamente) las imágenes de aquellas cosas torpes que mi mala costumbre dejó estampadas en ella; las cuales se me presentan ya cuando estoy despierto, ya cuando dormido: cuando despierto se me ofrecen como flacas y sin fuerzas; pero entre sueños llegan no solo a causar deleite, sino también una especie de consentimiento y obra, que son muy semejantes a la obra y consentimiento verdaderos. Puede tanto en mi alma y en mi cuerpo aquella ilusión y engaño causado por las dichas imágenes, que me persuaden e inducen dormido aquellas visiones falsas a lo que no me indujeran ni persuadieran despierto los mismos objetos reales y verdaderos. Por ventura, Dios y Señor, ¿no soy yo el mismo entonces que cuando estoy despierto? Pues ¿cómo me diferencio tanto de mí mismo, desde el punto en que paso de despierto a dormido, hasta que vuelvo a pasar de dormido a despierto?

¿Dónde está entonces mi razón y entendimiento, que estando en vela resiste a semejantes sugerencias con tal fuerza, que aunque las mismas cosas reales y verdaderas se me pongan delante, no bastan a conmoverme? ¿Acaso se cierra también la razón al mismo tiempo que se cierran los ojos para dormir? ¿Acaso ella se duerme juntamente con los sentidos del cuerpo? Además, ¿en qué consiste que muchas veces aun entre sueños resistimos también a semejantes sugerencias, y acordándonos de nuestro propósito en orden a la castidad, perseveramos firmemente en él, y no damos consentimiento alguno a tales deleites halagüeños y engañosos? Con todo, hay en esto tan grande diferencia de nosotros a nosotros mismos, que cuando en el sueño ha sucedido al contrario, en despertando volvemos a tener quieta y sin remordimientos la conciencia; y en esta misma diferencia conocemos, que no hicimos nosotros aquello que entre sueños se ejecutó en nosotros, y fuese como fuese, lo sentimos y desaprobamos.

42. Por ventura, Dios mío todopoderoso, ¿no tiene fuerza y poder vuestra divina mano para curar perfectamente todas las enfermedades de mi alma, y apagar también con

vuestra gracia más especial y activa los movimientos impuros que padezco en sueños? Yo espero, Señor, que aumentaréis más y más en mí vuestras gracias y dones, para que mi alma libre y enteramente desprendida de la pegajosa liga de toda concupiscencia, pueda seguir sin estorbo los movimientos y afectos que me llevan hacia Vos, y no sea rebelde a sí misma; antes bien aun entre sueños, no solamente quede libre de ejecutar aquellas torpezas de corrupción, que en fuerza de las imágenes animales llegan a hacer su propio efecto en la carne; sino que también esté muy lejos de consentirlas. Respecto de un Dios omnipotente, que podéis hacer mucho más de lo que nosotros podemos pedir ni pensar, no sería cosa muy grande ni dificultosa el hacer que atendido no solo este método de vida que sigo, sino también esta edad que tengo, ninguna de aquellas impurezas haga en mi alma entre sueños la más leve impresión contraria a la castidad, que también con la más leve atención pudiera estorbarse o reprimirse.

Pero el estado en que me hallo por ahora en cuanto a este género de mal, ya lo he confesado a Vos, Dios y todo mi bien, alegrándome (aunque con algún temor todavía) por el bien que ya me habéis concedido, llorando por lo que aún me falta, y esperando que Vos perfeccionéis los buenos efectos que han obrado ya en mí vuestras misericordias, hasta concederme aquella paz cumplida y perfecta que ha de haber con todas las potencias y sentidos de mi alma y de mi cuerpo, cuando se verifique que la muerte quede tan cumplidamente vencida, que toda su guerra se muda en victoria.

NOTA

1. Da motivo a esta versión el leer aquí san Agustín: **Cum absorpta fuerit mors in victoriam**; y no en el sexto caso **in victoria**, conforme a la Vulgata.

CAPÍTULO XXXI

Del estado en que se hallaba en orden a las tentaciones de la gula.

43. También el diario nos ocasiona otro mal y daño; y ¡ojalá que este fuera único y solo! Porque todos los días reparamos por la comida y bebida las ruinas que cotidianamente padecen nuestros cuerpos, hasta que llegue el día en que Vos destruyáis no solo las viandas, sino también al estómago que las destruye a ellas; que será cuando matéis mi hambre y necesidad enteramente con aquella soberana hartura, y vistáis a este corruptible cuerpo de una incorruptibilidad perpetua y sempiterna. Pero al presente esta hambre y necesidad me es suave y deliciosa: y tengo que pelear contra este mismo deleite y suavidad, para no dejarme prender y cautivar de ella: esta guerra es cotidiana en los ayunos, pues ayunando con frecuencia para reducir mi cuerpo a la sujeción y servidumbre, sucede que esa misma molestia del ayuno hace después más agradable y deleitoso el alimento.

La hambre y la sed son ciertos dolores que incomodan, abrasan y consumen como una calentura, y causarían la muerte a cualquiera, si no se le socorriese con la medicina de los alimentos: como esta la tenemos tan a mano, por la abundancia de vuestros dones, con los cuales hacéis que la tierra, el mar, el cielo contribuya y sirva a nuestra necesidad y dolencia; esta especie de trabajo y calamidad se llama ya gusto y regalo.

44. Vos, Señor, me habéis enseñado que debo usar de los alimentos, del mismo modo que de los medicamentos; pero cuando he de pasar desde la molestia que ha causado en mí el hambre y necesidad, a la quietud que causa la refacción, en este mismo paso tiene armados contra mí sus lazos el apetito. Porque este mismo pasar desde el hambre al alimento, es deleite y gusto; y no hay otro medio por donde pasar a aquel extremo, al cual nos obliga la necesidad a que pasemos. Y siendo la salud la causa motiva de que comamos y bebamos, se le junta como criada o sierva la delectación peligrosa; y muchas veces quiere ella ir delante como principal, para que se haga por causa de la delectación lo que digo que hago o quiero hacer por conservar mi salud. Pero no tiene la una la moderación que tiene la otra; pues lo que para la salud es bastante, es poco para el deleite. Muchas veces no se sabe con certeza, si es el cuidado necesario de nuestro cuerpo el que pide el manjar para su socorro, o si es el deleitoso engaño de nuestro apetito el que lo solicita, aunque supérfluo: la pobre infeliz alma se alegra con esta incertidumbre, y en ella misma tiene preparada o su defensa o su excusa; alegrándose de no saber con certeza cuánto sea lo bastante para

el régimen y conservación de la salud, para que esta sirva de pretexto, cuando realmente es cumplir el deleite y apetito.

Estas son tentaciones cotidianas que procuro resistir todos los días; e invoco vuestra mano poderosa para que me saque a salvo: os refiero las dudas y congojas de mi alma, porque no sé todavía lo que debo practicar en esta materia.

45. Oigo la voz de mi Dios que me impone este precepto: No se agraven ni entorpezcan vuestros corazones con los manjares ni con la embriaguez. El exceso del vino o la embriaguez está bien lejos de mí; y espero que me concederá vuestra misericordia que no se me acerque nunca. Por lo que toca al exceso en la comida alguna vez, sin advertirlo, se me ha insinuado; Vos, Señor, usaréis conmigo de vuestra misericordia para que se aleje de mí todo lo que fuere exceso: porque ninguno puede tener templanza, si Vos mismo no se la concedéis.

Muchas gracias y beneficios nos concedéis, porque os lo suplicamos: todo el bien que había en nosotros antes que os suplicásemos, de vuestra mano, Señor, lo habíamos recibido: y este mismo conocimiento también es dádiva vuestra. Es cierto que yo nunca fui apasionado por el vino; pero he conocido a algunos, que, siendo antes muy dados al vino, Vos los hicisteis sobrios y templados: luego Vos también hicisteis que no fuesen destemplados en el beber vino los que nunca lo fueron; así como hicisteis que no lo fueran siempre aquellos que antes lo habían sido: Vos también hicisteis que los unos y los otros reconozcan quién fue el autor de aquel bien que se les hizo.

También, Señor, tengo oída aquella palabra vuestra, en que decís: No sigas tus apetitos, y apártate de tu propia voluntad. También oí por gracia vuestra otra palabra que fue muy de mi gusto, en que decís: Ni porque comamos tendremos de sobra, ni porque no comamos tendremos escasez. Que es lo mismo que decir: Ni lo uno me hará rico, ni lo otro me hará pobre. Otra voz oí también vuestra, en que decís: He aprendido a contentarme con cualquier estado en que me halle: sé vivir con abundancia, y sé padecer pobreza. Todo lo puedo en aquel que me conforta.

El que dijo esto es un soldado de la milicia del cielo, que ya no es polvo y ceniza como nosotros. Acordaos, pues, Señor, de que somos polvo, y que del polvo formasteis al hombre: y que habiéndose perdido, Vos le volvisteis a hallar. Ni el mismo que habló aquella sentencia, inspirado de Vos (que porque hablaba así, me aficioné yo a él), podía cosa alguna por sí mismo, porque él también era polvo. Todo lo puedo, dice, pero lo puedo en aquel que me conforta. Confortadme a mí, Señor, para que yo lo pueda todo como él. Dadme lo que me mandáis y mandadme cuanto queráis. El

Apóstol, que decía esto, reconoce y confiesa que cuanto tenía lo había recibido de Vos: y así cuando él se gloria, se gloria en el Señor.

Por otra parte oigo también al Sabio, que deseando conseguir este beneficio, os lo pide a Vos, diciendo: apartad, Señor, de mí los destemplados deseos de comer y de beber. De donde se infiere, santísimo Dios mío, que cuando cumplimos vuestros mandamientos, Vos sois el que nos dais la gracia de cumplirlos.

46. Vos, Padre amabilísimo, me habéis enseñado que, para los que son puros y limpios, todos los manjares son limpios y puros; pero que sería malo para el hombre comer de cualquier cosa con escándalo de otros; que todas vuestras criaturas son buenas; y nada se debe desechar para alimento, siendo cosa que se pueda comer con acción de gracias: que no es la comida la que nos hace recomendables en vuestra presencia: que ninguno debe juzgar a su prójimo por la especie de manjar o de bebida que toma: finalmente, que aquel que come de todo, no haga desprecio del que no come lo que él: y el que no come de todo, no juzgue ni condene al otro que usa de todo manjar indiferentemente.

De Vos, Señor, he aprendido todas estas doctrinas: por lo cual os alabo y doy repetidas gracias a Vos, Dios mío y Maestro mío, que, además de haberos dignado hacer que oyese vuestras palabras, ilustrasteis mi corazón para entenderlas. Libradme también de todas las tentaciones a que me veis expuesto.

Lo que yo temo no es la inmundicia del manjar, sino la del apetito. Sé que Vos disteis licencia a Noé, para que comiese de toda especie de animales que tuviesen carnes saludables y buenas: que Elías también se alimentó de carne: que san Juan Bautista, que practicó una abstinencia admirable, no incurrió en inmundicia, ni manchó su alma por alimentarse de unos animalejos tan viles, como son las langostas. Sé por el contrario, que Esaú fue engañado por el destemplado apetito que tuvo de comer unas lentejas: que David se reprendió a sí mismo, por el deseo que tuvo de beber un poco de agua: y que el demonio, queriendo tentar a nuestro Rey y Señor, no le propuso que comiese carne, sino que comiese pan. Y finalmente, el pueblo de Israel, a quien Vos mismo guiabais por el desierto, si mereció ser sorprendido y reprobado, no fue porque deseó alimentarse de carne, sino porque llevado del deseo de este manjar, se quejó y murmuró de su Dios y Señor.

47. Yo me hallo en medio de estas tentaciones, y todos los días tengo que pelear contra el apetito de comer y beber; esta materia no podía determinarme a dejarla enteramente de una vez, y no volver jamás a usarla, como lo pude hacer con el deleite carnal: así pues, las riendas del apetito de comer y beber se han de gobernar de

modo, que ni se aflojen mucho, ni se tiren demasiado. Pero, Señor, ¿quién será aquel que nunca exceda los precisos límites de la necesidad? Cualquiera que sea, ciertamente es un hombre grande, y os debe dar gracias, y engrandecer por ello vuestro nombre. Yo ciertamente no soy tal, porque solo

soy un hombre pecador, aunque también alabo y engrandezco vuestro nombre; y sé que aquel Señor, que triunfó del mundo, os pide incesantemente el perdón de mis pecados, contándome entre los miembros débiles y flacos de su cuerpo místico; porque vuestros ojos los ven, aunque sean imperfectos, y a todos los tenéis escritos en vuestro Libro.

NOTA

1. Esto es lo que propiamente significa la voz crápula en este pasaje de san Agustín, y en el de san Lucas, cap. xxi, 34, a que alude el Santo. Y debe distinguirse entre lo que es ebrietas y lo que es crápula, como el Santo las distingue, diciendo: que la primera está lejos de él, y pide a Dios que no se le acerque; la segunda está cerca, y pide a Dios que se la retire, aleje y aparte de él.

CAPÍTULO XXXII

Del estado en que se hallaba en orden a las tentaciones de los olores y fragancias tocantes al olfato.

48. Del atractivo de los olores no se me da tanto, ni estoy tan cuidadoso. Cuando no los tengo presentes a mi olfato, no los pretendo ni busco; ni tampoco cuando se me presentan, los desecho; pero me hallo en disposición de carecer de ellos para siempre. Así me lo parece; y puede ser que yo me engañe. También son dignas de llorarse las tinieblas de nuestra ignorancia, en las cuales aún no alcanzo a ver hasta dónde puede o no puede extenderse mi facultad. De modo, que preguntándose mi alma a sí misma para saber sus propias facultades y fuerzas, juzga que no se debe creer con facilidad el informe que ella misma dé sobre este punto; porque aun el poder y fuerzas que verdaderamente tiene, están por lo común tan ocultas, que solo la experiencia puede manifestarlas.

Por eso en esta vida, que la Escritura llama tentación, ninguno debe estar seguro de si aquel que pudo hacerse de malo bueno, podrá o no hacerse también de bueno malo. Nuestra única esperanza, nuestra única seguridad, y la que únicamente podemos prometernos con firmeza, es vuestra misericordia.

CAPÍTULO XXXIII

Del estado en que se hallaba en orden a los deleites tocantes al oído.

49. Más fuertemente me habían aprisionado y sujetado los deleites tocantes al oído; pero Vos, Señor, me desalasteis otra vez y disteis libertad. Pero al presente, cuando oigo en vuestra iglesia aquellos tonos y cánticos animados de vuestras palabras, confieso que si se cantan con suavidad, destreza y melodía, algún poco me aficionan; no tanto que me sujeten y detengan, sino de modo que los pueda dejar fácilmente cuando quiera. No obstante, aquellos tonos acompañados de las sentencias que les sirven de alma y les dan vida, para haber de ser admitidos dentro de mi corazón, solicitan en él algún lugar honroso y distinguido; y apenas yo les doy el que les corresponde. Porque algunas veces me parece que doy más honra a aquellos tonos y voces de la que debía, por cuanto juzgo que aquellas palabras de la sagrada Escritura más religiosa y fervorosamente excitan nuestras almas a piedad y devoción, cantándose con aquella destreza y suavidad, que si se cantaran de otro modo; y que todos los afectos de nuestra alma tienen respectivamente sus correspondencias con el tono de la voz y canto, con cuya oculta especie de familiaridad se excitan y despiertan. Pero me engaña muchas veces el deleite de los sentidos, al cual no debiera entregarse el alma de modo que se debilite y enflaquezca, cuando el sentido no acompaña a la razón, de modo que se contente con irse siguiendo; sino que habiendo sido admitido por amor y causa de ella, ya quiere adelantarse a la razón, y procura ser su guía. Así pego en estas cosas sin conocerlo, pero después lo conozco.

50. También algunas veces cautelándome demasiadamente de este engaño, doy en el extremo contrario, errando en esto por exceso de severidad: algunas veces llega a ser tan grande este exceso de mi severidad, que quisiera apartar de mis oídos, y aun de toda la iglesia, todo género de melodía y suavidad de tonos con que todos los días cantan los salmos de David; pareciéndome entonces más seguro lo que me acuerdo haber oído contar de Atanasio, obispo de Alejandría, que tenía mandado al cantor de los salmos, que los cantase con tan baja y poca voz, que más pareciese rezarlos que cantarlos.

No obstante, cuando me acuerdo de aquellas lágrimas que derramé oyendo los cánticos de vuestra iglesia, muy a los principios de haber recuperado mi fe, y contemplando que ahora mismo siento moverme, no con los tonos y canturía, sino con las palabras y cosas que se cantan, cuando esto se ejecuta con una voz clara, y con el tono que les sea más propio y conveniente; vuelvo a reconocer que esta práctica y

costumbre de la iglesia es muy provechosa y de grande utilidad. Así estoy vacilando entre el daño que del deleite de oír cantar puede seguirse, y la utilidad que por la experiencia sé que puede sacarse; y más me inclino (sin dar en esto sentencia irrevocable ni definitiva) a aprobar la costumbre de cantar, introducida en la iglesia, para que por medio de aquel gusto y placer que reciben los oídos, el ánimo más débil y flaco se excite y aficione a la piedad. Esto no quita que yo conozca y confiese que peco y que merezca castigo, cuando me sucede que el tono y canto me mueve más que las cosas que se cantan; y entonces más quisiera no oír cantar. Vé aquí el estado en que me hallo al presente en cuanto a esto.

Llorad conmigo, y llorad por mí todos los que dentro de vuestros corazones traíais algo de espíritu y de virtud, de donde proceden las obras exteriores; porque a los demás que no traíais de esto, tampoco os moverá la situación y estado en que me hallo.

Pero Vos, Señor y Dios mío, oidme, miradme, vedme, apiadaos de mí y sanadme Vos, a cuyos ojos son patentes las dudas y congojas con que lidio, y esto mismo es la dolencia que padezco.

NOTA

1. Solamente a san Agustín se debe esta noticia que nos da del grande Atanasio, obispo de Alejandría, y que prueba la pureza grande de intención que deseaba aquel Santo que tuviesen los que asistían a los divinos oficios en la iglesia.

CAPÍTULO XXXIV

De cómo se hallaba en cuanto a los deleites de la vista

51. Lo que me falta es hablar del deleite que corresponde a mis ojos corporales: el cual también es materia de estas confesiones, que hago de tal modo, que lleguen a los oídos de mis hermanos piadosos, en que Vos habitáis como en templo vuestro: con lo cual acabaré de referir las tentaciones que pertenecen a la concupiscencia de la carne, y que todavía me incitan mientras gimo en esta cárcel de mi cuerpo, suspirando por la mansión celestial, en que se debe dar al cuerpo y al alma la vestidura de gloria.

Los ojos tienen su deleite en ver objetos hermosos y varios, y colores lustrosos y risueños. Pero nada de esto merece los afectos de mi alma, que debe ocuparla toda y poseerla toda Dios que hizo estas criaturas, y aunque a todas las hizo sumamente buenas, pero no lo son ellas, mi soberano Bien, sino el que las hizo a ellas. Estos objetos visibles en todos los instantes del día se presentan a mis ojos mientras que estoy despierto; sin que cesen nunca de presentarse a la vista, como sucede con las voces respecto del oído que no siempre está oyendo cantar; y hay ocasiones en que cesa toda voz y ruido, como sucede cuando todo está en silencio; pero esto no sucede así respecto de los ojos, porque en cualquier paraje donde esté durante el día, la misma luz, reina de los colores, bañando con sus rayos todas las cosas visibles, sin que yo la atienda, y aunque esté pensando en otra cosa muy diferente, se me comunica y se me insinúa de muchos modos y muy halagüeños a la vista: tanta es la vehemencia con que se insinúa y comunica, que si repentinamente se nos quitase la luz, tendríamos que buscarla con gran deseo de que se nos volviese; y si durase por largo tiempo su ausencia, nuestra misma alma se contristaría.

52. ¡Oh luz, aquella que veía Tobías, cuando cerrados los ojos corporales enseñaba a su hijo el camino de la vida, yendo delante de él en las obras de caridad que hacía, sin errar en tales pasos el camino ni extraviarse nunca! ¡Oh luz, aquella que veía Isaac, cuando ya la vejez le tenía oscurecidos y cerrados los ojos corporales, y sin conocer los hijos a quienes bendecía, mereció conocerlos en las bendiciones que les aplicaba! ¡Oh luz, que veía Jacob, cuando ciego también por la mucha edad, pero ilustrado interiormente, conoció que sus hijos habían de ser cabezas de las doce tribus que formarían en lo venidero el escogido pueblo de Israel: y en atención a este conocimiento, cruzó las manos misteriosamente al tiempo de imponerlas sobre sus dos nietos, hijos de José, gobernándose al trocárlas, no por lo que el padre de ellos le

dictaba, sino por lo que él mismo en su interior conocía! Esta luz sí que es la verdadera: esta es única y sola; y todos los que la ven y aman son una cosa misma.

Pero esta otra luz material de que iba hablando, con una dulzura tan atractiva como peligrosa, hace gustosa y sazónada la vida de este mundo a sus ciegos amadores; pero aquellos que de esa misma luz saben tomar motivo de alabaros, Dios mío y creador de todas las cosas, la hacen servir a vuestros himnos y alabanzas, y no se dejan dominar del letargo que causa en los primeros el atractivo de sus dulzuras.

Yo quiero ser del número de estos últimos: por esto resisto a los engaños que me pueden ocasionar mis ojos, para que mis pies no caigan en algunos lazos que me impidan seguir las sendas de vuestra justicia, por donde he comenzado a caminar; levanto hacia Vos los ojos invisibles de mi alma, para que Vos saquéis libres mis pies de aquellos lazos; y con efecto Vos me los desenredáis, porque efectivamente dan mis pies en ellos. Como me sucede muchas veces caigo en las asechanzas que me están armadas por todas partes; Vos, Señor, no cesáis de desenredarme y libertarme de ellas; porque Vos, que estáis guardando a Israel, no os dormís ni dormís.

53. ¡Cuán innumerables son los alicientes que nuevamente han añadido los hombres, para atraer y captar más bien la atención de nuestros ojos, con una infinidad de artificiosos tejidos, en varias modas de vestidos, de calzados, de vasos y otros utensilios, y de toda suerte de adornos y curiosidades hechas de mil maneras, y también por medio de pinturas y otros diversos modos de hacer figuras y retratos, pasando con unas de estas cosas mucho más allá de lo que pedía la necesidad de usar de ellas; excediendo mucho con otras los límites de la moderación, y abusando notablemente de las últimas; de las cuales había de usarse únicamente para representaciones piadosas! De modo, que aman y siguen las obras exteriores que ellos mismos hacen, y abandonan en su interior al que los hizo a ellos, y deshacen la imagen que hizo en ellos.

Pero yo, Dios mío y gloria mía, aun de estas cosas saco nuevos motivos de cantaros alabanzas, y hago sacrificio de ellas a quien me santifica; porque sé muy bien que todas las hermosas ideas que desde la mente y alma de los artífices han pasado a comunicarse a las obras exteriores que labran y fabrican sus manos artificiosas, dimanar y provienen de aquella soberana hermosura, que es superior a todas las almas, y por la que mi alma continuamente suspira de día y de noche. Los mismos artífices que fabrican y aman estas obras tan delicadas y hermosas, toman y reciben de aquella hermosura suprema el buen gusto, idea y traza de formarlas; pero no aprenden ni toman de allí el modo con que debieran usar de ellas. No le ven, aunque también está allí este modo justo, para que no tengan que ir a buscarle más lejos, y para que

ordenen a Vos todas las fuerzas de su habilidad e ingenio, y no las malgasten y disipen en deleites fatigosos.

Yo mismo, hablando ahora de estas cosas, y mostrando tener conocimiento de ellas, también parece que detengo el paso, como enredado en estas hermosuras; pero Vos, Señor, me desprendéis de estos lazos; Vos me sacáis libre de ellos, porque siempre miro a vuestra misericordia y la tengo delante de mis ojos. Confieso que también caigo en el lazo de estas cosas por mi fragilidad y miseria, pero Vos me sacáis de él con vuestra misericordia; unas veces, sin que yo lo conozca ni lo advierta, porque fue poco a poco y muy leve la caída; y otras veces me libráis de modo que sienta algún dolor, porque ya mi corazón estaba adherido a alguna cosa, y tenía algún apego a ella.

NOTAS

1. Para que Jacob bendijese a sus dos nietos Manasés y Efraim, hijos de José, los puso este de modo, que Manasés, que era el mayor, quedase a la derecha de Jacob, y Efraim, que era el menor, a la izquierda. Pero Jacob, cruzando las manos, puso su derecha sobre Efraim, y la izquierda sobre Manasés: no obstante que José, padre de ambos, le advertía lo contrario. Esto fue, porque Jacob, ilustrado con la luz de profecía, vio que el menor debía ser antepuesto y preferido al mayor, según la voluntad de Dios.
2. Hace alusión al himno de san Ambrosio, que comienza así: **Deus creator omnium**, que se cantaba al acabarse la luz del día y a la entrada de la noche. También cita este verso en el cap. XXVII del libro XI, y refiere las dos primeras estrofas del mismo himno en el cap. XII del libro IX.

CAPÍTULO XXXV

De cómo se hallaba en orden al segundo género de tentación, que es el de la curiosidad.

54. A todas estas es preciso añadir otra especie de tentación, que es mucho más peligrosa. Además de aquella concupiscencia de la carne, que tiene por objeto el regalo de los sentidos y deleites, sirviendo y obedeciendo a la cual, perecen los que se alejan de Vos; hay en el alma otra especie de concupiscencia vana y curiosa, disfrazada con el nombre de conocimiento y ciencia, que se vale y se sirve de los mismos sentidos corporales, no para que ellos perciban sus respectivos deleites, sino para que por medio de ellos consiga satisfacer su curiosidad, y la pasión de saber siempre más y más. Como esta concupiscencia del alma pertenece al apetito de conocer y saber, y los ojos son los principales en el conocimiento de las cosas sensibles, por eso en la sagrada Escritura se llama concupiscencia de los ojos. Y aunque es cierto que el ver, única y propiamente corresponde a los ojos, solemos usar también de esa palabra para explicar la acción de los demás sentidos, cuando los aplicamos a conocer sus propios objetos. Pero no al contrario; pues nunca decimos: oye cómo alumbra, ni huele cómo luce, ni gustad cómo brilla, ni palpad cómo resplandece, siendo así que todo esto lo llamamos ver. Porque no solo decimos mirad cómo luce (lo cual únicamente pertenece a los ojos), sino también mirad cómo suena, mirad cómo huele, mirad cómo sabe, mirad cómo está duro.

Por eso todas las sensaciones de nuestros sentidos se comprenden de una vez, llamándose, como ya dije, concupiscencia de los ojos: porque todos los demás sentidos, cuando conocen o perciben algo de sus objetos, usurpan en algún modo la acción y oficio del ver, que propia y principalmente pertenece a los ojos.

55. De aquí se puede conocer más claramente cuándo es el deleite y cuándo es la curiosidad quien hace obrar a nuestros sentidos: porque el deleite siempre busca lo hermoso, lo sonoro, lo fragante, lo sabroso, lo suave; pero la curiosidad busca aun lo contrario de todo esto, no para mortificarse, sino por el prurito de saberlo y experimentarlo todo. Porque a la verdad, ¿qué deleite puede haber en mirar un cadáver lleno de heridas y despedazado, siendo una cosa que espanta y horroriza? Con todo esto, si en alguna parte hay este lastimoso espectáculo, concurren todos a verle, y conseguido, se entristecen y asustan. Además de esto, temen ver eso mismo entre sueños, como si alguno los hubiera obligado a que lo vieran cuando despiertos, o la fama y noticia de que allí había que ver una grande hermosura, los hubiera

persuadido y llevado a que lo vieran. Lo mismo pudiéramos decir de los demás sentidos; pero sería muy largo ir poniendo ejemplos en todos.

De este achaque y dolencia de la curiosidad ha nacido todo cuanto se ejecuta de extraño y admirable en los espectáculos. Ella es la que nos hace andar investigando los afectos ocultos de la naturaleza, que nos es exterior y está fuera de nosotros; que para nada aprovecha averiguarlos, y los desean saber los hombres no más que por saberlos: con el mismo fin de satisfacer su curiosidad perversa procuran averiguar algunas cosas por arte mágica. Ella es, finalmente, la que en el seno mismo de la Religión ha incitado a los fieles a tentar a Dios, pidiéndole milagros y prodigios, no para conseguir algún bien o salud del cuerpo o alma, sino por espíritu de curiosidad.

56. En este tan inmenso y enmarañado bosque de deseos, y tan lleno de asechanzas y peligros, ya veis, Dios mío y salud mía, cuánta maleza he cortado y arrojado de mi corazón, según Vos me disteis gracia para ejecutarlo, y que efectivamente ejecuté; pero no obstante ¿cuándo yo me atreveré a decir, sabiendo que nuestra vida continuamente y por todas partes está cercada y combatida de tan grande multitud de cosas semejantes; cuándo me atreveré a decir que estoy seguro, y que ninguna de ellas excita mi atención siquiera para mirarla, y que nunca he de caer en lazo alguno de la vana curiosidad?

A la verdad, los teatros ya no me arrastran ni llevan tras de sí: ya no cuido de saber el curso de los astros; ni mi alma consultó jamás las sombras de que se vale la magia para sus respuestas; antes bien detesto y abomino todos sus misterios sacrílegos y supersticiosos. Pero ¿con cuántas máquinas y ardides me combate el enemigo, para obligarme a que os pida un milagro a Vos, Dios y Señor mío, a quien solo debo servir humilde y sencillamente? Pero yo, Señor, por Jesucristo Rey nuestro, y por toda su corte celestial, esa triunfante Jerusalén, que es nuestra patria, inocente y casta esposa vuestra, os ruego y suplico, que así como al presente estoy lejos de consentir a semejante tentación, así lo esté siempre y cada día más.

Pero cuando os ruego por la salud de alguno, es muy diferente y mejor el fin de mi intención, y además de eso, me concedéis entonces, y espero que siempre me lo concedáis, el que gustosamente me conforme con vuestra voluntad.

57. No obstante, ¿quién hay que pueda contar la innumerable multitud de cosas menudísimas y despreciables con que es tentada nuestra curiosidad todos los días, y nuestras caídas? ¿Cuántas veces nos sucede, que comenzamos a oír con gusto algunas conversaciones inútiles y vanas, que al principio aguantamos por no ofender a los que están hablando, y después venimos poco a poco a oírlas con voluntad y gusto? Ya no

voy al circo a ver a un perro correr tras de una liebre; pero si sucede esto en el campo, y casualmente paso por allí al mismo tiempo, acaso me distrae y aparta de algún pensamiento grande y bueno, y me hace mirar y atender a aquella caza, no de modo que me haga extraviar con el caballo, pero sí con la voluntad y afecto. Si Vos, dándome entonces a conocer mi flaqueza, no me excitáis prontamente a que de aquello mismo que estoy viendo, levante mi espíritu y consideración a Vos, o por lo menos a que desprecie todo aquello y prosiga mi camino, me estaría embebecido vanamente. ¿Cuántas veces también, estando en casa, me tiene entretenido ya el animalejo, que llaman alguacil de moscas, parándome a mirar cómo las caza, ya una araña, observando cómo las aprisiona, después que caen en sus redes? ¿Acaso porque sean pequeños los animales, se podrá decir que no ejercitaron mi curiosidad, ni causaron verdadera distracción? Es verdad que de esto mismo paso después a alabaros, por el orden admirable que habéis establecido y guardan entre sí todas las criaturas del universo; pero también es verdad que cuando comencé a atender, no comencé con este fin. Una cosa es levantarse presto, y otra no caer.

De semejantes cosas está llena mi vida: y por eso toda mi esperanza estriba únicamente en vuestra grande e infinita misericordia. Porque si llega a hacerse nuestra alma un depósito y receptáculo de semejantes cosas tan fútiles y vanas, y lleva dentro de sí copiosa multitud de especies a cuál más frívolas; sucederá que nuestras oraciones se interrumpirán y perturbarán no una sino muchas veces. Así aun cuando nos contemplamos delante de vuestra presencia, y queremos que las voces de nuestro corazón lleguen a los oídos de vuestra divina Majestad, no sé cómo, ofreciéndose a nuestro pensamiento una infinidad de bagatelas y fruslerías, se viene a interrumpir una cosa de tanta importancia.

¿Por ventura contaremos también esto entre las cosas de poca monta, y de que no debemos hacer caso? o bien considerado, ¿habrá cosa alguna con que pueda alentar nuestra esperanza, sino el considerar, que habiendo vuestra misericordia comenzado la obra de nuestra conversión y mudanza de vida, la ha de continuar y concluir, para que así sea completa y total la misericordia?

NOTA

1. San Agustín entiende por concupiscencia de los ojos la curiosidad, o el excesivo y desordenado deseo de ver y conocer cualesquier cosas: y claramente explica cómo la concupiscencia de la carne, que comprende todos los deleites de los sentidos, se distingue de esta otra concupiscencia o curiosidad, que no solamente apetece conocer y experimentar las cosas suaves y hermosas, sino también las cosas feas, ásperas y

horrendas. También santo Tomás (1, 2, q. 77, a. 8) dice que se entiende por esta concupiscencia, ya el deseo de un saber y conocer desordenado, ya el deseo de las mismas cosas que exteriormente se proponen a la vista.

CAPÍTULO XXXVI

De cómo se hallaba en orden al tercer género de tentación, que es el de la soberbia

58. Vos, Señor, sabéis cuánto me habéis mudado en algunas cosas, sanándome primeramente del deseo de vengarme, para que perdonando yo, me perdonéis a mí también todas las demás maldades, sanéis todas mis dolencias, redimáis mi alma de la perdición y muerte eterna, me deis la corona ganada con vuestras gracias y misericordias, y sacíeis mis deseos con bienes interminables e infinitos.

Vos me hicisteis temer el rigor de vuestro juicio, y con este temor santo reprimisteis mi soberbia, y me hicisteis que sujetase dócilmente mi cerviz al yugo de vuestra ley. Ahora llevo este yugo, y me parece suave, porque Vos prometisteis que lo sería, y habéis hecho que lo sea: verdaderamente era suave, y no lo sabía yo, cuando tenía miedo de sujetarme a él.

Mas, ¿por ventura, Señor, que sois el único que domina sin fausto ni altivez, porque también sois el único verdadero Señor, que no reconocéis otro; por ventura, vuelvo a decir, podré esperar verme libre enteramente de esta tercera especie de tentación que trae consigo el mandar, o es posible librarse de ella durante todo el curso de esta vida?

59. Desear ser temido y amado de los hombres, no por otra cosa, sino para tener en esto un gozo que no es gozo, es miseria de la vida humana y una jactancia fea. He aquí de dónde principalmente dimana el no amaros los hombres a Vos solo ni temeros con temor filial y santo. Por eso resistís a los soberbios, y dais gracia a los humildes; por eso tronáis sobre los ambiciosos del mundo, haciendo que se estremezcan los cimientos de los montes más altos. Pero como sea necesario para el desempeño y cumplimiento de algunos empleos de la república, el que sean temidos y amados de los hombres los que están destinados a aquellos cargos o empleos; el enemigo de nuestra verdadera felicidad y bienaventuranza nos estrecha más para hacernos caer en esta vana complacencia, y por todas partes tiende los lazos de aplausos y lisonjas, para que reuniéndolas con ansia y afición, caigamos incautamente en aquella vanidad, y dejemos de poner nuestro gozo en vuestra verdad, colocándolo en el engaño y falacia de los hombres, y lleguemos a tener gusto y complacencia de ser amados y temidos de los hombres por nosotros mismos y no por Vos. Así intenta el enemigo, haciéndonos semejantes a él en la soberbia, llevarnos también a su compañía; no para usar con nosotros de caridad y concordia, sino para hacernos compañeros de sus

penas y tormentos; porque él, aspirando soberbiamente a ser semejante a Vos, tiró a imitaros malamente por el torcido rumbo y contrario extremo de la semejanza, queriendo poner su trono en el Aquilón, para que los hombres, desalumbrados y fríos por fallos de fe y caridad, le sirvan y obedezcan a él.

Pero nosotros, Señor, que somos vuestro pequeño rebaño, vuestros somos, poseednos siempre Vos. Extended vuestras alas, para que huyendo de nuestros enemigos, nos refugiemos y acojamos debajo de ellas. Sed Vos nuestra única gloria, y haced que solamente en Vos nos gloriemos, y que si nos aman, seamos amados por Vos; si nos temen, sea vuestra divina palabra la que se tema y se respete en nosotros. El que quiere ser alabado de los hombres, vituperándole Vos, no será defendido de los hombres cuando Vos le juzguéis, ni ellos podrán libertarle si le condenáis.

Pero cuando la alabanza es tal, que ni con ella es alabado el pecador en los malos deseos de su alma, ni bendecido el inicuo; sino que es alabado el hombre por alguna gracia y don que Vos le concedisteis, y él se alegra más de ser alabado, que de tener aquel don por el cual le alaban; se verifica que este es alabado vituperándole Vos; y es mejor el otro que le alabó, que este que fue alabado; porque a aquel le agradó en el hombre el don de Dios, y a este otro le agradó más el don del hombre que el de Dios.

NOTA

1. Alude primeramente al texto de Isaías, que dice de Luzbel, que intentó poner su trono a los lados del Aquilón: y como este es el aire que hay más frío entre todos, porque viene del Septentrión, por donde nunca anda el sol ni puede andar (sino en la fábula de Faetón), allí todo es oscuridad y frío: y así metafóricamente significa el reino de las tinieblas, y a su príncipe el demonio: y por eso dice aquí con hermosa alegoría san Agustín, que los soberbios que siguen al demonio en el Aquilón, están sin luz de fe en el entendimiento, y sin calor de caridad en la voluntad, pues ni hay luz ni calor en el Aquilón o Septentrión.

CAPÍTULO XXXVII

De cómo le movían las alabanzas de los hombres.

60. Todos los días somos tentados, Señor, con estas tentaciones, sin darnos treguas ni cesar de combatirnos. Las lenguas de los hombres que nos alaban, vienen a ser nuestro horno que cotidianamente nos examina y prueba. Vos nos habéis mandado, que también en esta especie de tentación seamos cautelosos y contenidos. Dadme, Señor, lo que mandáis, y mandadme lo que queráis. Vos sabéis los muchos suspiros que esto me cuesta, y los ríos de lágrimas que en vuestra presencia han derramado mis ojos por esta causa. Porque no puedo fácilmente conocer cuánto haya adelantado en preservarme de este contagio; y temo mucho que haya varios defectos ocultos y escondidos en lo interior de mi alma; los cuales claramente los descubren vuestros ojos, pero no los ven los míos. En los otros géneros de tentaciones tengo algún arbitrio y facultad para examinarme a mí mismo, y conocer en qué disposición me hallo; pero en esta materia casi no hay medio alguno por donde conocerlo.

Porque yo bien conozco y veo cuánto es lo que tengo adelantado y adquirido de fuerzas para refrenar mi ánimo, ya sea de los deleites sensuales, ya sea de la vana curiosidad y deseo de saber cosas inútiles, cuando actualmente carezco de aquellos objetos, o porque me privo de ellos por mi voluntad, o porque no los tengo presentes a mi disposición; en tal caso me pregunto yo a mí mismo, cuánta sea la molestia que me causa el carecer de aquellas cosas; y conozco si es mayor o menor que la que otras veces me causaba. Por lo que mira a las riquezas, se desean únicamente para satisfacer a alguna de estas tres suertes de concupiscencias, o dos de ellas, o todas tres: si poseyéndolas actualmente no puede el ánimo conocer bien si las desprecia o no, tiene el arbitrio de renunciarlas enteramente, y entonces lo conocerá.

Para carecer de las alabanzas, y hacer entonces experiencia de si sentimos o no su falta, ¿por ventura hemos de vivir mal y desordenadamente, y ser tan perdidos, crueles y desalmados, que cuantos nos conozcan nos abominen y digan mal de nosotros? ¿Qué mayor locura puede decirse o pensarse? Pues si la alabanza suele y debe ser compañera inseparable de la buena vida y de las buenas obras, así como no debemos dejar la vida y costumbres buenas, tampoco podemos abandonar el acompañamiento que llevan de las alabanzas. Ello es cierto, que solo careciendo de una cosa es cuando puedo conocer y experimentar si siento el que me falte, o no lo siento.

61. Pues, Dios mío, ¿qué confesión es la que puedo hacer de lo que me sucede con este género de tentación, sino que me deleitan las alabanzas, aunque más me deleito con la verdad que con ellas? Si me propusieran cuál de estas cosas quería más, o ser un hombre furioso y desatinado, que no obraba con rectitud y acierto en materia alguna, pero no obstante era muy alabado de todos los hombres; o por el contrario, verme vituperado de todos, siendo yo cuerdo y juicioso, y teniendo verdadera ciencia y sabiduría, que es ciertísimo conocimiento de la verdad; veo claramente lo que en tal caso había de escoger.

Pero yo no quisiera que la aprobación y alabanza ajena me aumentase el gozo que puedo tener de alguna bondad mía; aunque conozco y confieso, que no solo me lo aumenta la alabanza, sino que el vituperio me lo disminuye. Cuando me veo atribulado con semejante flaqueza propia de mi miseria, se me ofrece luego una disculpa, que Vos, Dios mío, sabéis si es buena o mala; pues yo no me atrevo a calificarla con certeza. La razón, con que tiro a disculpar mi alegría y gozo de la alabanza, consiste en que como Vos nos habéis mandado no solo la continencia y templanza, que nos enseña de qué cosas debemos apartar nuestra afición, sino también la justicia, que nos muestra en qué cosas debemos poner nuestro amor y voluntad: y como por otra parte nos habéis mandado, que no solamente os amemos a Vos, sino también al prójimo: fundado yo en todo esto, me parece que muchas veces que me deleito oyendo que me alaban, no nace mi deleite y alegría de aquella alabanza, sino del aprovechamiento que muestra el prójimo, y de las buenas esperanzas que da de su talento, pues alaba lo que merece ser alabado: por el contrario, si me entristezco cuando me vitupera, me parece que solo es de su mal, oyendo que desprecia y vitupera o lo que él no sabe ni entiende, o lo que realmente es bueno.

También cuando me alaban me suelo entristecer algunas veces, o porque alaban en mí algunas cosas que me disgustan a mí mismo, o porque también hacen más estimación y aprecio del que debieran hacer de algunos pequeños y leves bienes que experimentan en mí.

Pero ¿qué sé yo si este sentimiento mío nacerá de que no llevo a bien que el que me alaba piense de mí mismo de diferente modo que yo pienso; no porque a esto me mueva su bien y utilidad, sino el que aquellos mismos bienes que tengo yo y me alegro de tenerlos, se me hacen más gustosos y agradables, cuando también agradan a los otros? Porque en algún modo no soy yo alabado, cuando no lo es también aquel juicio y concepto que tengo formado de mí mismo; supuesto que se alaban en mí las cosas que a mí mismo me disgustan, o se alaban más las que a mí me agradan menos.

¿No es verdad, pues, que acerca de la excusa referida estoy dudoso y no puedo calificarla con certeza?

62. Bien veo en Vos, Verdad eterna, que de las alabanzas que me dieran no debo alegrarme por el bien mío, sino por el bien y utilidad de mi prójimo; mas no sé si lo hago así; porque más bien os conozco a Vos, que a mí mismo en este punto. Yo os suplico, Dios mío, que hagáis que yo me conozca perfectamente, para que a todos mis hermanos que os pedirán por mí, pueda yo descubrirles en esta confesión todo cuanto hubiese en mí de heridas y de llagas: lo cual supuesto, vuelvo a examinar mi interior con más cuidado.

Si el gozo que experimento cuando soy alabado, es nacido del bien y provecho de mi prójimo, ¿por qué el vituperio que injustamente se hace a otro me contrista menos que si se me hiciera a mí? ¿Por qué me duele más la contumelia que me hacen a mí mismo, que la que en mi presencia le hacen a mi prójimo, siendo igual la malicia de una y de otra? ¿Por ventura ignoro también esto? ¿Había de llegar a tanto que me engañase a mí mismo, y que en presencia vuestra fallase a la verdad con el corazón y con la boca? Apartad Vos, Señor, lejos de mí tan gran locura, y no permitáis que mi boca delante de Vos oculte mis defectos, ni sea como el aceite, con que, en frase de David, desfigura el pecador su rostro.

63. Muy pobre y necesitado estoy de vuestra luz y enseñanza: mejor seré desagradándome a mí mismo con gemidos y sollozos ocultos, y buscando sin cesar vuestra misericordia, hasta que os dignéis de reparar mis defectos, y darme tal perfección, que goce aquella tranquilidad y paz que no sabe ni conoce el soberbio y arrogante.

Pero las palabras que uno dice, y las obras que hace, como son públicas y notorias a los hombres, están expuestas a la peligrosísima tentación del amor y deseo de las alabanzas; el cual busca los votos y pareceres ajenos, y los junta y ordena para conseguir con ellos una cierta excelencia y distinción particular. Aun cuando me reprendo a mí mismo por este mal deseo, me alienta también a desear alabanza, por la misma razón con que le he afeado y reprendido.

Muchas veces sucede también que de haber el hombre despreciado la vanagloria, viene a caer en otra gloria más vana; en tal caso tampoco puede decirse que se gloria de haber menospreciado la vanagloria; porque no puede ser verdad que ella esté menospreciada, en un hombre que tan vana e íntimamente se gloria.

CAPÍTULO XXXVIII

Como la virtud tiene también peligro por la vanagloria.

64. En esta misma especie de tentación hay también otro mal, todavía más disimulado y oculto, en que caen aquellos hombres vanos; que están muypreciados de sí mismos, aunque sus cosas no agraden, antes bien desagraden a los otros, ni ellos tampoco intenten agradarles.

Pero estos, Señor, que se agradan a sí mismos, os desagradan mucho a Vos; porque se glorian no solo de las cosas malas, como si fueran buenas, sino también de las que son buenas y dones vuestros, como si solo fuesen bienes suyos; o porque de tal manera los reconocen dones vuestros, que los juzgan debidos a

sus méritos; y cuando los atribuyan únicamente a vuestra gracia, no se alegran amigablemente de que otros también los tengan, antes por eso mismo les tienen envidia.

Ya veis, Señor, cuánto tiembla mi alma a vista de todos estos y otros semejantes peligros y dificultades de que se ve rodeada; y por tanto más bien creo y soy de sentir, que Vos me curáis mis heridas y llagas, que el que entre tantos peligros deje yo de recibirlas y tenerlas.

CAPÍTULO XXXIX

Epílogo de lo que ha tratado en este libro.

65. Mientras que yo, Dios mío y Verdad eterna, me he ocupado en referiros todo cuanto he podido llegar a conocer de estas cosas inferiores, y he consultado con Vos; ¿cuándo ni dónde me dejasteis solo, o no anduvisteis conmigo, enseñándome lo que tengo de evitar y lo que tengo de apetecer? Registré primeramente las cosas exteriores de que consta el universo, según y como pude valirme de mis sentidos: después consideré la vida que mi cuerpo recibe de mi alma, y los sentidos mismos con que obra. De allí entré a contemplar los senos de mi memoria, la vastísima capacidad que tienen, lo llenos que están de innumerable multitud de especies, y los modos admirables con que allí se colocan y conservan. Consideré todo esto, y quedé atónito y espantado; no pude entender sin Vos ninguna cosa de aquellas, pero hallé y conocí que ninguna de ellas era lo que Vos; ni aun yo mismo, que descubrí y conocí todas aquellas cosas, imágenes y especies, y las fui recorriendo todas, y procuré distinguirlas y apreciarlas, según la estimación y dignidad que corresponde a cada una de ellas; ya recibiendo algunas de estas especies por medio de los sentidos, y examinándolas y reconociéndolas después; ya reflexionando algunas otras cosas que están como mezcladas conmigo, y examinando también el número, naturaleza y propiedades de los mismos sentidos, que me daban noticia de ellas, y finalmente aprovechándome de aquel tesoro de mi memoria, y usando diferentemente de sus grandes riquezas, manifestando unas, reservando otras, y descubriendo las que estaban ocultas y guardadas; conocí que ni yo mismo que hacía todas estas operaciones, o por mejor decir, ni la misma virtud y potencia con que las hacía, somos lo que Vos, que tenéis otro ser muy superior; porque Vos sois aquella luz permanente, con quien iba yo a consultar todas aquellas cosas, para saber si verdaderamente existían, qué ser y naturaleza era la suya, y qué aprecio y estimación debía hacerse de ellas, y oía lo que Vos me enseñabais, y lo que me mandabais.

Esto mismo lo hago también ahora muchas veces: y esto es lo que me deleita; y así cuando puedo eximirme de las ocupaciones que me son precisas y necesarias, me refugio a este deleite. Porque en ninguna de estas cosas, que he estado recorriendo y consultando con Vos, hallo un lugar seguro para mi alma, sino en Vos, que sois el único donde caben y pueden reunirse todos los afectos de mi voluntad, que han estado esparcidos por las criaturas, de modo que ninguno de ellos se aparte jamás de Vos.

También algunas veces hacéis que en lo interior de mi alma prorumpa en un afecto de amor muy extraordinario, que me lleva a una incomprensible dulzura; la cual, si enteramente se me comunicara, sería una cosa que no puedo comprenderla, pero sé que sería muy superior a todo lo de esta vida. Con el peso de mis miserias vuelvo a dar en estas cosas terrenas, donde mis ocupaciones acostumbradas por todas partes me rodean, quedando como sumergido en ellas, y como aprisionado; mucho lo siento y lloro, pero también lo que me estorban y detienen es mucho. ¡Tanto es lo que nos agobia la pesada carga de una costumbre! Como en este último estado puedo permanecer, pero no quiero; y en aquel otro quiero perseverar, pero no puedo; vengo a ser infeliz en uno y otro.

NOTA

1. Este es uno de los varios pasajes que en esta misma obra se pueden alegar, en prueba de que favoreció Dios a san Agustín y santa Mónica, comunicándoles algunas veces en esta vida la unión íntima con su Majestad. Así la descripción que en otras partes y aquí hace el Santo de este singular favor, es admirable y le da a conocer por cosa sobrenatural. Lo que el santo Doctor dice, puede servir para enmendar los términos e ideas con que los místicos modernos explican la unión íntima con Dios; pues según la doctrina de san Agustín, no es más que un sentimiento extraordinario de amor de Dios, y un exceso de dulzura, que si llegara a toda su perfección, sería una cosa que infinitamente sobrepujara a todo cuanto hay delicioso en esta vida. San Pablo que lo había experimentado, y que fue arrebatado al tercer cielo, no nos dijo más que san Agustín en este punto, como dice el P. J. M.

CAPÍTULO XL

Como buscó a Dios dentro de sí mismo, y en todas las demás cosas.

66. Por eso consideré todas las dolencias de mis pecados en los tres géneros de concupiscencias que he referido, e invoqué vuestra mano poderosa para que sanase las dolencias de mi alma. Como puse mis ojos en vuestros divinos resplandores, teniendo todavía el corazón herido y llagado, no pude resistir tan grande golpe de luz, y como deslumbrado, dije: ¿Quién será capaz de ver tan excesiva luz? Por lo que a mí toca, yo me veo infelizmente arrojado de vuestra presencia. Vos sois la verdad suma y superior a todas las cosas; mas yo con una especie de avaricia no quería privarme de Vos, sino que juntamente con Vos quería poseer la mentira y falsedad: así como ninguno hay que de tal modo quiera ser mentiroso, que ni él mismo conozca lo que es verdadero. Por eso os perdí yo, Verdad eterna; por no ser Vos poseído de un alma juntamente con la mentira.

CAPÍTULO XLI

Como algunos han recurrido infelizmente a los demonios, para que sirvieran de medianeros para convertirse los hombres a Dios.

67. ¿Quién había yo de hallar que pudiese reconciliarme con Vos? ¿Había de acudir a los Ángeles? ¿Y con qué oraciones, con qué sacrificios había de atraerlos? Muchos pecadores deseando volver a Vos, y no pudiendo lograrlo por sí solos, se valieron (según he oído decir) de semejantes medios; pero vencidos del deseo de tener apariciones o visiones curiosas, se hicieron dignos de engañosas ilusiones. Como os buscaban llenos de orgullo, y presentaban con arrogancia su pecho en lugar de herírsele con humildad; por eso solamente pudieron atraer a sí (por medio de alguna imagen o semejanza) a las rebeldes aéreas potestades; esto es, los demonios compañeros de su soberbia, que los engañaron con la magia, cuando ellos buscaban un medianero que los iluminase y purificase; y entre ellos no había sino el demonio que se transformaba en ángel de luz. Lo que ayudó mucho a que los hombres soberbios y carnales cayesen en semejante desvarío de solicitar al demonio para su medianero, fue, que siendo ellos mortales, y pecadores, y deseando (aunque soberbiamente) reconciliarse con Vos, que sois inmortal e impecable; les pareció que aquel maligno espíritu sería el más oportuno, por la ventaja de no tener cuerpo formado de carne como ellos.

Pero era menester que el mediador entre Dios y los hombres tuviese algo en que fuese semejante a Dios, y algo también en que fuese semejante a los hombres: porque si en todo fuera semejante a los hombres, estaría muy apartado de Dios; y si en todo fuera semejante a Dios, estaría muy lejos de los hombres, y así no podría ser medianero. Aquel, pues, mediador falso, por el cual, conforme a vuestros ocultos juicios, merecen ser engañados los soberbios, tiene una cosa por donde es semejante a los hombres, que es el pecado; y quiere dar a entender que tiene otra cosa por donde sea semejante a Dios, jactándose de ser inmortal, por cuanto no está vestido de la mortalidad de nuestra carne. Pero siendo como es la muerte la paga y estipendio del pecado, en el cual es semejante a los hombres, también lo es en estar juntamente con ellos condenado a muerte.

NOTA

1. Estos tales fueron Pitágoras, Apolonio Tiano, Porfirio, Proclo, Pselo, Máximo el Cínico, Juliano Apóstata y otros muchos, que siguiendo la doctrina de los caldeos y egipcios, creían que todos los entes sublunares habían sido puestos por el Criador del universo al cuidado de las potestades celestiales, que gobernaban a su gusto el principio, la duración y el fin de todas estas cosas de acá abajo; y que por medio de algunos sacrificios que se les ofrecían, se hacían visibles, y servían a los hombres de escala para elevarse y llegar hasta Dios.

CAPÍTULO XLII

Carácter del verdadero mediador entre Dios y los hombres.

68. El verdadero mediador es aquel, que por vuestra inescrutable misericordia os dignasteis manifestar a los humildes, y le enviasteis para que con su ejemplo aprendiesen la verdadera humildad. Este mediador entre Dios y los hombres es el Hombre Jesucristo, que se manifestó mediando entre los pecadores y mortales, y entre el que esencialmente es justo e inmortal; conviniendo en lo mortal con los hombres, y en la justicia y santidad con Dios; para que, supuesto que la vida y la paz eterna es la paga y estipendio de la santidad y justicia, lograrse con la justicia y santidad en que convenía con Dios, que cesase la sentencia de muerte fulminada contra los pecadores e impíos, a quienes justificó, y cuya muerte quiso padecer como ellos. Este mismo mediador fue anunciado y revelado a los Santos y Patriarcas antiguos, para que ellos se salvaran, teniendo fe en la muerte que había de padecer; así como nosotros nos salvamos, teniendo fe en la muerte que efectivamente padeció. Este, pues, en cuanto es hombre, en tanto es mediador; porque, en cuanto es Verbo divino, no media entre Dios y el hombre, sino que es igual a Dios, y tan Dios, que con el Padre y el Espíritu Santo es un mismo Dios.

69. ¡Oh eterno y amantísimo Padre! ¡Qué grande fue el exceso de vuestro amor para con los hombres, pues no perdonasteis a vuestro unigénito Hijo, sino que le entregasteis a que muriese por nosotros pecadores! ¡Qué grande fue el amor que nos mostrasteis, pues llegó a tal extremo, que aquel mismo Señor, que en tenerse por igual a Vos no os usurpa cosa alguna, se sujetase a padecer por nosotros la ignominiosa muerte de cruz! Así él había sido el único libre entre los muertos, que tuvo potestad de morir, y también la tuvo de resucitar. Él mismo fue el vencedor y la víctima, que se ofreció a Vos por nosotros: y por eso fue vencedor, porque fue víctima. Se hizo para con Vos sacerdote y sacrificio por nosotros; y por eso fue él sacerdote, porque él mismo fue el sacrificio. Y finalmente, de siervos que éramos, nos hizo vuestros hijos, el que siendo Hijo vuestro, se hizo nuestro siervo.

Con razón, pues, Dios mío, tengo grande y firmísima esperanza de que sanaréis todas mis dolencias, por este mismo Señor, que está sentado a vuestra diestra, y os ruega incesantemente por nosotros, que si no desesperaría de mi salud. Verdaderamente son muchas y grandes mis dolencias, muchas son y grandes; pero mayor, más copiosa y eficaz es vuestra medicina. Si el divino Verbo no se hubiera hecho hombre, ni habitado

entre nosotros, hubiéramos podido juzgar que estaba muy ajeno de unirse con la humana naturaleza, y desesperar enteramente de nuestra salvación.

70. Confieso que, aterrado de mis culpas y oprimido del peso de mis miserias, había pensado en mi interior muchas veces, y formado intención de dejarlo todo y huir a una soledad; pero Vos me lo estorbasteis, y me animasteis diciéndome: Jesucristo murió por todos, para que los que viven, no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que murió por ellos. Pues, Señor, en Vos pongo todo el cuidado de mi salud, para vivir y emplearme en contemplar las maravillas de vuestra santa ley. Vos sabéis mis ignorancias, y conocéis mis dolencias; pues enseñadme y sanadme. Este vuestro único Hijo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, me redimió con su sangre. Pues no me inquieten los soberbios con sus calumnias, porque me ocupo en meditar el precio de mi rescate, porque le como y bebo, y porque le distribuyo; y porque reconociendo mi pobreza y necesidad, deseo saciarme de él entre aquellos que ya le están comiendo y saciándose de él, y alaban eternamente al Señor los que le buscan.

NOTA

1. En estas palabras vencedor y víctima, alude el Santo a la etimología que tienen algunos del verbo vencer; pero en el latín se conoce mejor la alusión y hermosura que causa la cercanía de las voces victor y victima.

Por esto se entenderá mejor lo que añade san Agustín diciendo, que Cristo Señor nuestro fue sacerdote y sacrificio, porque uno y otro son derivados de *sacrum facere*, que significan consagrar alguna cosa a la Divinidad. Pero en castellano (ni en otro idioma fuera del latín) tampoco se conoce esta y otras alusiones que usa el Santo, porque distan casi tanto entre sí los sonidos de las voces, como los significados.